

Bill Clegg

¿Has tenido familia
alguna vez?



Lectulandia

Una novela literaria adictiva; un oscuro relato sobre secretos familiares con destellos de luz y de esperanza.

La noche antes de la boda de su hija, la vida de June Reid queda devastada cuando una explosión se lleva la vida de su hija, el prometido de ésta, su exmarido y su novio. Toda su familia muere en un segundo, y ella es la única superviviente. Sola y sin dirección, June conduce a través del país, lejos de su pequeño pueblo de Connecticut. Poco a poco, irá tejiendo lazos hermosos y sorprendentes con gente con quien comparte el corazón roto. Elegante y desgarradora, *¿Has tenido familia alguna vez?* es una novela inolvidable que revela lo mejor de la humanidad a través del perdón y la esperanza. Una celebración de la familia, aquella que tenemos al nacer y la que elegimos, y del deseo por encima de todo de seguir viviendo.

Lectulandia

Bill Clegg

¿Has tenido familia alguna vez?

ePub r1.0

Castroponce 18.10.17

Título original: *Did you ever have a family*

Bill Clegg, 2015

Traducción: Daniel Rodríguez Gascón

Diseño de cubierta: Editorial

Ilustración de la portada: Vit Rysavy

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Bill Clegg

¿Has tenido familia alguna vez?

Traducción del inglés por
Daniel Gascón

Para Van, y para nuestras familias

*Deberías haberlo
oído,
su voz era
inolvidable, irresistible, su voz
era un jardín imaginario tejido con fragancia.*

*¿Has tenido familia alguna vez?
Sus ojos están cerrados.
Así es como sé
que estamos ahí
dentro,
está hecho de sonido y vapor
que zigzaguea entre salón
oscuro, cocina brillante.
Estamos ahí porque tengo hambre,
y pronto estaremos todos comiendo
juntos, y el hambre es dulce.*

*«Song and Dance»,
ALAN SHAPIRO*

SILAS

Lo despierta el sonido de las sirenas. Muchas, ruidosas y muy cerca. Luego pitidos: gruñidos breves y airados como los timbres que marcan los tiempos muertos en los partidos que ve pero que no juega en el instituto. Según su móvil son las 6.11, pero la casa está despierta en el piso de abajo y hace ruido y por el tono particular de la áspera voz matinal de su madre, que se alza sobre la de su padre y la de sus hermanas, sabe que algo va mal.

Antes de apartar las sábanas, Silas coge su mochila amarilla de debajo de la cama. Saca el pequeño bong rojo que su amigo Ethan le regaló el mes pasado por su quince cumpleaños, junto a una bolsa de maría que se fumó en menos de una semana, casi toda mientras arrancaba malas hierbas de parterres y patios de ricos de Nueva York. Elige un capullo verde del táper pequeño y gris en el que guarda el alijo, lo divide en dos mitades con cuidado y mete la porción mayor en el cuenco metálico. Coge la botella de agua medio llena que hay sobre la mesilla y echa unos dedos en el bong antes de encenderlo. Mientras inhala, observa el humo que se riza hacia su boca, se espesa en el tubo rojo y ondula, lentamente, como una hoja que se voltea debajo del agua. Una vez que el capullo está prácticamente convertido en ceniza, saca el quemador y suelta el humo hacia sus pulmones. El agua burbujea en la base del bong, y él se esfuerza en inhalar con suavidad para minimizar el ruido. Abre la ventana, aparta la mosquitera y se asoma, exhalando en una espiración plena y despreocupada.

Mira cómo el humo flota ante él, cómo atrapa el viento y desaparece. Nota el aire frío en la cara y el cuello y espera que la maría haga efecto. El cielo es rosa y de un azul pálido, y sigue la larga estela de un avión que desaparece sobre la línea del tejado del garaje. Los bordes son suaves y borrosos, así que piensa que el avión debió de volar hace horas, antes de que fuera de día. ¿Hacia dónde?, se pregunta mientras la droga empieza a afectar a sus ideas.

Cuatro cuervos gordos se posan torpemente en el césped. Los ve saltar y caminar y plegar las alas en sus cuerpos de pecho ancho. Tienen el tamaño de un gato, piensa mientras sigue sus movimientos rápidos y mecánicos. Al cabo de un rato y sin motivo aparente se detienen y se quedan totalmente quietos. No les ve los ojos, pero siente que lo están mirando. Él también los mira. Mueven la cabeza de un lado a otro como si intentasen entender lo que ven. El viento alborota sus plumas desde atrás, y tras unos saltos emprenden el vuelo. En el aire, parecen todavía más grandes, y por primera vez se pregunta si podrían ser halcones o buitres. Luego, como si les

hubieran devuelto el sonido, pájaros de todas clases graznan, pían y trinan desde todas las direcciones. Sobresaltado, Silas se golpea la parte posterior de la cabeza contra lo alto de la ventana. Se frota la zona y se inclina hacia fuera. Otra sirena, distinta de las demás —más aguda, más angustiada— suena a lo lejos. Intenta localizar los cuervos que han desaparecido en el intrincado cielo de la mañana. Lo que encuentra en su lugar son formas familiares en los rayos y las nubes: un montañoso par de pechos que se hinchaban, gafas de sol de ojos de gato, un pájaro fiero con alas enormes. Luego ve lo que no parece sino lo que es: humo, negro y espeso, que se eleva desde detrás de la línea del tejado. Al principio piensa que su casa está ardiendo, pero, cuando se asoma y mira hacia atrás, ve que el humo llega desde los árboles del otro lado de la propiedad. Luego lo huele: el aceitoso olor de un fuego que quema algo más que madera. También lo puede saborear y, mientras inhala, se mezcla con el humo de la maría que sigue en su lengua y en su garganta. Los pájaros hacen más ruido. Graznan y gritan algo que parecen palabras. ¡Vete! ¡Tú! ¡Vete!, piensa que oye, pero sabe que es imposible. Abre y cierra los ojos, intenta procesar cada cosa: el humo, el olor, los pájaros, las sirenas, el cielo magnífico. ¿Está soñando? ¿Es una pesadilla? ¿Es la maría? Se la dio Tess en el puesto que hay en la carretera, y lo que vende suele ser suave, no como los capullos potentes que él y sus amigos van a buscar a Yonkers, a una hora y media de distancia. Le gustaría que fuese una pesadilla o una alucinación, pero sabe que está despierto y que lo que ve es real.

En la línea de árboles del otro lado de la casa, el humo se hincha en el cielo como la humareda de una chimenea de dibujos animados. Se ensancha y se estrecha, se ensancha y se estrecha. Luego una nube terrible, más grande que las demás, crece desde la misma fuente invisible. Es densa, negra como el carbón y levemente plateada en los bordes. Mientras se alza, se extiende en un gris verdoso y luego se disuelve en una voluta larga y retorcida que señala en el cielo como el peor de los dedos.

Silas se aparta de la ventana. Todavía con los pantalones cortos y la camiseta de la noche anterior, se pone sus viejas zapatillas de correr New Balance, grises y blancas, las que lleva cuando hace trabajos de jardinería o amontona leña con su padre. Se mira en el espejo que hay encima de la cómoda y ve que tiene los ojos algo enrojecidos, un poco hinchados, y las pupilas dilatadas. Su pelo de color rubio oscuro, que lleva días sin lavar, está despeinado y aceitoso, pegado a su cabeza en unas zonas y levantado en otras. Se pasa el desodorante por las axilas y se pone su gorro negro de esquí Mohawk Mountain. Bebe de un trago el agua que queda en la botella junto a la cama y se mete unos trozos de chicle Big Red en la boca. Coge la mochila amarilla y guarda dentro el bong, el mechero y el pequeño táper. Se frota los ojos con los puños, respira hondo, exhala y camina hacia la puerta del dormitorio.

Roza el pomo con el pulgar y el índice, y recuerda la noche anterior, dónde estaba y lo que ocurrió. Da un paso atrás, recuerda todo lo que hizo antes de irse a dormir, vuelve a repasarlo todo una y otra vez, para asegurarse de que no está recordando un

sueño. Considera y luego descarta la posibilidad de fumarse otro bong antes de salir de la habitación. Está tranquilo y habla consigo mismo en un susurro. *Estoy bien. Todo va bien. No ha pasado nada.*

Abajo, el iPhone de su madre suena inocentemente, con el tono de un teléfono viejo. Lo coge al tercer timbrado y la casa queda en silencio. Los únicos ruidos son las infatigables sirenas, los cláxones que rugen y el zumbido distante de las hélices de los helicópteros que chocan contra el viento. Desde la cocina, su padre grita su nombre. Silas se aparta de la puerta.

JUNE

Se irá. Se montará en su Subaru y bajará por esas carreteras de campo tortuosas y llenas de baches hasta que encuentre una autopista, irá hacia el oeste, irá muy lejos. Irá lo más lejos que pueda ir sin pasaporte, puesto que el que tenía ya no existe. Su carné de conducir, junto con todo lo demás que había en la casa, también ha desaparecido, pero imagina que no lo necesitará a menos que la paren por exceso de velocidad. No había pensado marcharse precisamente esta mañana, pero, después de levantarse, ducharse y ponerse lentamente los vaqueros y el jersey de algodón de rayas azules y blancas con escote barco que lleva desde hace semanas, sabe que es el momento.

Lava y seca la taza de cerámica desportillada, y una vieja cuchara de plata que utiliza desde que llegó a esta casa prestada; nota el peso de cada objeto que deja con cuidado en el armario o el cajón. No hay nada que recoger, nada que organizar o preparar. Lo único que tiene es la ropa que lleva puesta y la chaqueta de lino que llevaba hace dieciocho noches, cuando salió de la casa. Mientras mete lentamente los brazos en las mangas gastadas, intenta recordar por qué se la puso. ¿Hacía frío en la cocina? ¿La sacó del perchero sobrecargado junto a la puerta del porche antes de salir al campo, con cuidado de no despertar a todo el mundo? No lo recuerda; y mientras empieza a repasar los acontecimientos de esa noche y la mañana siguiente, examinando cada paso con atención forense, se obliga a parar.

Que tenga la tarjeta de crédito y las llaves del coche es cuestión de suerte —estaban en los bolsillos de la chaqueta—, pero no se considera afortunada. Nadie lo hace. Aun así, estos polizones de su vieja vida ahora le permiten abandonar la ciudad, que es lo único que quiere. No es inquietud, o un deseo de estar en otro lugar, sino el reconocimiento directo de que su tiempo en este lugar ha terminado. *Vale*, exhala, como si cediera en un debate largo y sin ganadores. Mira por la ventana de la cocina los lirios de día naranjas y rojos que florecen detrás de esta casa que no es suya. Aprieta las manos contra el borde del fregadero, y en el sótano la secadora que ha llenado hace una hora con sábanas húmedas señala que ha cumplido su tarea con un quejido largo y áspero. La porcelana está fría bajo sus manos. La casa sin sonido está llena de nada, de nadie. Un dolor fundido regresa, se revuelve en su pecho, raspa lentamente. Fuera, los lirios de día se agitan en el viento de la mañana.

No ha llorado. Ni aquel día, ni en el funeral, ni después. Ha hablado poco, ha contado con escasas palabras cuando las necesitaba, y sólo se ve capaz de asentir,

negar con la cabeza y alejar a los preocupados y a los curiosos con un gesto, como si fueran mosquitos merodeadores. El jefe de bomberos y el agente de policía respondían más preguntas de las que hacían: la vieja cocina, el gas que goteaba por la noche llenó, como si fuera un líquido, el primer piso de la casa, un destello que muy probablemente venía de un interruptor eléctrico o un mechero, aunque no se había encontrado ninguno, la explosión, un fuego instantáneo que lo había consumido todo. No le preguntaron por qué era la única que estaba fuera de la casa a las cinco cuarenta y cinco de la mañana. Pero cuando el agente preguntó si su novio, Luke, tenía alguna razón para querer hacerle daño a ella o a su familia, se puso de pie y salió del vestíbulo de la iglesia, donde se había improvisado un centro de atención de crisis. La iglesia en la que su hija, Lolly, se habría casado ese día; al otro lado de la carretera y a pocos pasos de la casa. Los invitados se presentaron poco antes de la una, esperando una boda, y en cambio encontraron un aparcamiento lleno de coches de policía, ambulancias, camiones de bomberos y furgonetas de periodistas. Recuerda que salió de la iglesia y se dirigió hacia su amiga Liz, que esperaba en el coche. Recuerda que dejó de hablar y que la gente caminaba despacio y se apartaba de su camino. Oyó que alguien decía su nombre —con un tono tímido, inseguro—, pero no se detuvo ni se dio la vuelta para responder. Era, tuvo la aguda sensación mientras llegaba al extremo más alejado del aparcamiento, una intocable. No por desprecio o miedo, sino por la obscenidad de la pérdida. Era inconsolable, y la abrumadora completitud —todo el mundo desaparecido— silenciaba incluso a los más acostumbrados a la calamidad. Notaba que todas las miradas se clavaban en ella mientras abría la puerta del coche para entrar. Recuerda que vio con el rabillo del ojo a una mujer que iba hacia ella, levantando la mano. Sentada, veía con claridad a través de la ventanilla del coche a la madre de Luke, Lydia: pechugona, con una blusa brillante y la melena castaña y suelta. Era la segunda vez que la había visto aquel día, y, como antes, a pesar de que sentía un poderoso impulso de ir hacia ella, no había manera de enfrentarse a esa mujer. *Vámonos* fue lo único que le pudo decir a Liz, que estaba sentada en el asiento del conductor fascinada y muda como todo el mundo en el aparcamiento.

La policía no volvió a interrogarla sobre lo que había pasado aquella noche y la mañana siguiente. Los amigos dejaron de hacerle las mismas preguntas fáciles —si estaba bien, si necesitaba algo— cuando dejó de responder. Una sonrisa leve, una mirada vacía y un gesto huido desanimaban incluso a los más persistentes. Una presentadora de televisión era especialmente invasiva. *La gente quiere saber cómo sobrevives*, le dijo delante de la funeraria la mujer, que salía en televisión desde los años setenta pero no tenía una arruga o línea en el rostro. *No sobrevivió nadie*, dijo a modo de respuesta, y luego añadió, en voz baja: *Basta*, y la mujer se calló. Al final, todos los que habían ido a la ciudad por la boda de Lolly se marcharon, las preguntas terminaron y ella estaba, a los cincuenta y dos años y por primera vez en su vida, sola. A lo largo de esa primera semana y después se negó a gemir, desmoronarse o

empezar en modo alguno un proceso que la llevaría más cerca de unirse a un mundo nuevo y ahora vacío, o, como sugería alguien en una bienintencionada pero anónima corona que acompañaba uno de los cientos de ornamentos funerarios, *volver a empezar*.

Se abrocha la chaqueta y empieza a asegurar y cerrar las ventanas de la pequeña casa de campo que le ha prestado una pintora a la que representó. *Todo el tiempo que necesites*, dijo Maxine aquel día al teléfono de Liz, *es tu casa*. Maxine estaba en Minneapolis cuando sucedió todo. June no sabía cómo se enteró tan deprisa y cómo sabía qué hacía falta. Hay gente, decidió, que aparece por arte de magia en esos momentos horribles, sabiendo perfectamente qué hacer y qué espacios llenar. La casa de campo se encontraba al otro lado de Wells, la misma pequeña ciudad del condado de Litchfield, Connecticut, donde había estado su casa, donde había ido los fines de semana durante diecinueve años y había vivido a tiempo completo los últimos tres. La casa pequeña y polvorienta de Maxine está lo bastante lejos y es lo suficientemente poco familiar como para que estas semanas resulten soportables. Que cualquier cosa pudiera ser soportable era una vergonzosa revelación minuto a minuto. ¿Cómo estoy aquí? ¿Por qué? Se permite esas preguntas, pero mantiene las demás a distancia. Es más seguro plantearse aquellas para las que no tiene respuesta.

Ha rechazado que la ingresen en el hospital de la ciudad y se ha negado a tomar cualquiera de los sedantes o estabilizadores anímicos que la poca gente que hay a su lado le ha pedido que acceda a que le prescriba un médico. No hay nada que estabilizar, piensa. Nada por lo que estar estable. En la casa de campo ha dormido hasta después del mediodía y luego ha ido de la cama a la silla y de la mesa de la cocina al sofá y al final a la cama otra vez. Ha ocupado espacio, tolerado cada minuto hasta que llegara el siguiente, y luego el próximo.

Apaga la luz de la cocina, cierra la puerta delantera y deja la llave en la maceta de geranios colocada arbitrariamente hacia el final de la escalera de la entrada. Camina desde la casa hasta su coche a regañadientes, reconociendo que esos pasos pueden ser los últimos que dé en lo que le queda de vida aquí. Intenta escuchar los pájaros, y mientras lo hace, se pregunta qué espera oír. ¿Despedidas? ¿Maldiciones? Los pájaros lo ven todo, piensa y por ahora están callados. Bajo el alto dosel de árboles negros como langostas que se extienden entre la casa de campo y el camino de entrada donde está aparcado su coche hay pocos sonidos salvo el leve murmullo de las cigarras, que hace unas semanas despertaron de su sueño de diecisiete años para emparejarse, llenar el mundo de su zumbido eléctrico y morir. Su repentina aparición había parecido un hermoso presagio la semana anterior a la boda de Lolly, cuando el lento ciclo de noticias de comienzos del verano apenas parecía hablar de otra cosa. Ahora su último suspiro parece tan adecuado como su llegada lo fue entonces.

June apresura sus últimos pasos y abre la puerta del conductor antes de cerrarla con fuerza tras ella. Toquetea las llaves, al principio incapaz de encontrar la correcta. Mira las cuatro que hay en el llavero como si todas la hubieran traicionado: una para

el Subaru, otra para la puerta delantera de su casa, otra para el camión de Luke y una vieja que todavía tiene de la última casa que alquiló en el pueblo. Las saca todas del llavero (salvo la del Subaru) y las tira en el posavasos que hay junto al asiento. Gira la llave en el contacto, y mientras la máquina murmura despertando a la vida se da cuenta de nuevo de que está despierta y en el mundo, no tropezando en una pesadilla extraña. *Esto es el mundo*, se dice a sí misma con un asombro lúgubre, tocando débilmente el volante con los dedos.

Saca el Subaru negro del camino de la entrada, quita la marcha atrás y avanza despacio por la estrecha pista de tierra hasta llegar a la Ruta 4. Llena el depósito en una gasolinera de Cornwall y conduce hacia el sur hasta enlazar con la Ruta 7, con sus pendientes y sus curvas y sus escarpados declives cubiertos de hierba. En un tramo sin tráfico coge las tres llaves del posavasos, abre la ventana del asiento del copiloto y con un movimiento rápido las tira. Cierra la ventana, pisa con fuerza el acelerador y pasa junto a dos cervatillos manchados que corretean a unos metros de su madre. Cada vez que conduce entre Connecticut y Manhattan, docenas de ciervos pastan junto a este tramo de la carretera, indiferentes a los coches que circulan veloces a escasos metros. ¿Cuántas veces se ha metido uno en medio del tráfico, piensa, imaginando los peligros esquivados por poco: los que ella ha vivido e incontables otros a los que todos los que han recorrido esta carretera han sobrevivido, dando gracias a Dios y respirando hondo mientras se alejaban hacia la seguridad? Piensa en los desdichados que no lo lograron y en las asombrosas catástrofes que han debido de causar esas criaturas estúpidas y hermosas. Acelera, supera el límite de velocidad, noventa, cien, ciento diez... y mientras el vehículo tiembla, piensa en cuántas personas han muerto aquí, en sus cuerpos arrastrados en el metal retorcido, quemados hasta convertirse en objetos que ya no se parecen a seres humanos. Las palmas de las manos se le humedecen sobre el volante, y se las seca en los vaqueros. La fina chaqueta le aprieta demasiado, pero no quiere parar el coche para quitársela. Pasa junto a otro grupo de ciervos —una cierva y un macho joven con su cervatillo con patas como husos— y al hacerlo imagina el desastre: cristal roto, neumáticos humeantes, supervivientes identificando cadáveres. Su respiración es rápida y poco profunda, se asa dentro de la ropa. Al sur del pueblo de Kent llega a un trozo abierto de carretera, campos de maíz en filas prietas abanicando ambos lados. El monovolumen se acerca a los ciento veinte y el aire suena en la ranura de las ventanillas. Imagina, con más detalle del que querría, un mar de la cinta amarilla de las escenas del crimen, coches de policía y luces de camión de bomberos, el brillo y el humo de los incendios en la carretera, ambulancias con médicos de urgencia al lado, sin hacer nada.

Se figura a los aturridos supervivientes, tropezando sin rumbo. Rodea a cada uno, están agitados por las preguntas. ¿Quién conducía? ¿Quién apartó la mirada en el peor momento? ¿Quién jugueteó con la radio en vez de prestar atención? ¿Quién se agachó para buscar un caramelo de menta en un bolso, o un mechero, y por hacerlo perdió a todos los que le importaban? ¿Cuántos, se pregunta, escaparon del desastre

sin un moratón o un rasguño? Y de los que tuvieron suerte y sobrevivieron, ¿cuántos habían estado peleándose justo cuando se produjo el choque? ¿Quiénes estaban peleándose con alguien a quien amaban? Durante el tiempo suficiente como para soltar las palabras irrecuperables que sólo decían porque sabían que causarían más dolor. Palabras que cortaban con rapidez y profundidad, que infligieron un daño que sólo el tiempo podía reparar, pero ahora no había nada. *Esa gente*, murmura, a medio camino entre la maldición y el consuelo. Los ve agachados en la cuneta, doblados y solos.

El sudor le empapa la ropa y las manos le tiemblan sobre el volante. Un coche que va en la dirección contraria le hace luces y ella recuerda que una multa por exceso de velocidad terminaría con su huida. No tiene carné de identidad, tarjeta de la seguridad social o partida de nacimiento, que sería lo mínimo que necesitaría para conseguir un carné de conducir nuevo. Reduce la velocidad a ochenta y deja que la adelante una ranchera verde. ¿Su conductor habrá visto las luces? A juzgar por lo rápido que va, duda que lo haya hecho. Nunca prestamos atención a las cosas adecuadas, piensa, mientras observa cómo la ranchera desaparece detrás de la curva, hasta que es demasiado tarde.

Abre la ventanilla de su lado y el aire entra en el coche, refrescando su piel húmeda y moviendo la melena rubia y plateada que lleva recogida en una corta coleta que no se ha lavado en semanas. A la derecha, el río Housatonic serpentea muy cerca junto a la impetuosa carretera, mientras el sol de mediodía brilla en sus corrientes perezosas. Se relaja, menos por la frescura del aire que por su turbulencia. Abre la ventanilla del copiloto y, consciente del caos añadido, abre las otras dos que hay detrás de ella. El viento se desata en el coche. Recuerda el viejo Telesketch de Lolly y lo que la enfadó que una amiga lo sacudiera y que el misterioso interior de arena borrara lo que ella había garabateado con cuidado. Recuerda los gritos de Lolly —penetrantes, salvajes, indignados— y cómo se negaba a que la tocara o consolase. Pasaría un año antes de que Lolly permitiera que esa amiga volviera a casa a jugar. Incluso de joven su hija guardaba rencor.

Mientras el aire áspero la limpia, June cierra los ojos e imagina el coche batido por el viento como un Telesketch que corre hacia delante. Oye el particular sonido de la arena agitada contra el plástico y el metal, y por un momento el truco funciona. Se le vacía la mente. Las calamidades imaginarias en la carretera y los culpables que se compadecen a sí mismos se esfuman. Incluso Lolly —llena de lágrimas y furiosa— desaparece.

June se echa atrás en su asiento y reduce la marcha hasta quedar justo por debajo del límite de velocidad. Pasa ante el puesto de una granja, una farmacia seminueva que está donde antes había un videoclub, kilómetros de muros de piedra que se desmoronan y una polvorienta casa blanca con el mismo cartel pintado de rosa delante, que está ahí desde que ella tiene memoria, CRISTAL, escrito con un azul pálido bajo letras negras que dicen VENTA DE GEMAS. Durante años, eran las

cosas que veía cuando conducía, marcaban la distancia entre las dos vidas que durante mucho tiempo habían pasado como una. Intenta convocar de nuevo el recuerdo del Telesketch: esta vez para borrar la memoria de todas las vertiginosas escapadas de la ciudad el viernes por la tarde y los regresos demasiado temprano el domingo por la noche, con Lolly en el asiento trasero, Adam delante, conduciendo excesivamente deprisa, como siempre, y June entre los dos, hablando de profesores y entrenadores de la escuela, de qué película iban a ver esa noche, qué iban a comer. Esos viajes en coche pasaron y eran la parte menos complicada de sus vidas. Recordarlo le roba el aliento, la sorprende con una añoranza por una época que casi nunca recuerda con afecto. Ojalá hubiera podido ser así de sencillo: los tres en un coche, volviendo hacia casa.

El río desaparece de su vista y reduce la velocidad a treinta mientras se acerca al tramo de ochocientos metros que todos los que recorren esta zona regularmente saben que es una trampa. Cruza desde Kent a New Milford y pasa ante el McDonald's que desde hace tiempo considera la frontera oficiosa entre el campo y los barrios residenciales. En el aparcamiento, unos niños aparecen desde las puertas abiertas de una furgoneta de color verde oscuro como payasos salidos del carromato de un circo y se colocan inquietos frente a una hilera de motocicletas modificadas que están aparcadas delante. Pasa un joven corriendo y un grueso perro labrador de color chocolate mantiene perfectamente el ritmo a su lado. Cruzan por delante de una vieja gasolinera, las ventanas selladas con tablas, vacía, sin surtidores. June recuerda haberse parado aquí dos veces, quizá tres, en los años que ha recorrido esta carretera, pero no recuerda cuándo cerró el negocio. Han brotado hierbajos en el pavimento resquebrajado del aparcamiento y ve que el labrador rodea un descuidado ramillete de dientes de león y césped, sobre el que levanta la pata y mea. Su dueño corre pacientemente en el sitio, a unos metros de distancia.

El semáforo se pone rojo y ella reduce hasta detenerse detrás de otro monovolumen Subaru, de color verde oscuro, más nuevo, y lleno de lo que parecen adolescentes. Evita mirarlos y se centra en la matrícula azul de Connecticut y en las pegatinas del ferry de Nantucket que se despegan en la luna trasera. Una sirena señala el mediodía en un parque de bomberos cercano. Empieza lenta y suave, como un corno francés, y asciende poco a poco hasta alcanzar un gemido alto y amplio tan ruidoso y abrumador que se tapa los oídos con las delgadas mangas de lino de su chaqueta. Al final el semáforo se pone verde, y mientras ocurre ella cierra todas las ventanas. El conductor del autobús que tiene detrás toca el claxon —una vez, educadamente— y ella levanta el pie del freno hasta que el coche empieza a ir hacia delante.

La sirena muere. El aire dentro del coche vuelve a estar quieto. Pasa ante restaurantes y tiendas de ropa y supermercados frente a los que ha pasado durante décadas sin entrar nunca. Carteles de ABIERTO que cuelgan en escaparates, guirnaldas de banderas diminutas y multicolores que se rompen en el viento sobre un

concesionario Cadillac. Por el espejo retrovisor ve cómo todo se hace más pequeño.

EDITH

Querían margaritas en frascos de mermelada. Margaritas de la zona en unos cincuenta frascos de mermelada que habían acumulado después de prometerse. Me parecía infantil, especialmente porque June Reid no estaba pagando lo que se dice cuatro duros por la boda de su hija. Pero ¿quién era yo para dar mi opinión? Meter margaritas en frascos de mermelada no es exactamente un arreglo floral de alto nivel, es algo que podría hacer un mono, si quieres que te diga la verdad. Aun así, trabajo es trabajo, y por aquí el negocio de las plantas es pequeño, así que coges lo que puedes.

Los frascos estaban en casa de June, metidos en cajas en el viejo cobertizo de piedra que había junto a la cocina. Yo tenía que llevar las margaritas esa mañana y montarlas en las mesas de la carpa que había detrás de la casa en cuanto hubieran colocado los manteles y los servicios. Las había recogido el día anterior, en el campo que había detrás de la casa de mi hermana, que está lleno. Nunca me han gustado mucho las margaritas: siempre me han parecido más unas hierbas brillantes que unas flores de verdad. Más allá de que sean baratas, no son adecuadas para una boda. Rosas, lirios y crisantemos, incluso tulipanes y lilas si buscas algo menos pijo, pero margaritas, no.

Me acuerdo de cuando los dos llegaron a la tienda. Dándose la mano, goteando rocío. Ella se parecía a su madre, pero con más curvas. June tiene, por lo que recuerdo, un tipo más de chico. Y él era estupendo, absolutamente apuesto, a la manera de los chicos amables y pulcros que han ido a la universidad.

Eran jóvenes. Fue la impresión más fuerte que me causaron. No pensaba que la gente se casara tan joven ya. Al menos no en familias con dinero. Chicas de la zona sin planes que se quedan preñadas, eso es una cosa, pero una chica de Vassar con un trabajo en una revista de Nueva York y un estudiante de Derecho en Columbia no son el tipo de chavales que ves corriendo de cualquier manera hacia el altar. Pero sin duda eran cariñosos el uno con el otro y estaban envueltos en una nube de amor y suerte que no sólo me dolió un poco, como la vieja y amargada solterona que soy, sino que me sorprendió. Ese tipo de afecto no es algo que veas mucho por aquí. Las parejas de la zona, hasta las jóvenes, están agotadas por dos trabajos, horarios de los colegios, obligaciones familiares y demasiadas deudas. Y las parejas mayores, con sus últimas cuotas de la hipoteca por pagar, los depósitos de propano que deben llenar, y los hijos e hijas que se saltan clases, destrozan coches y se meten en peleas en el Tap, están demasiado cansados, por no decir demasiado ocupados interpretando su papel de

alegre gente de campo para los mimados y exigentes neoyorquinos, gastando la última gota de urbanidad y paciencia con esos desconocidos, de manera que no les queda nada para sus mujeres y maridos. Los domingueros de la ciudad no sólo se llevan las mejores casas, vistas, comida y, sí, flores que nuestra pequeña ciudad puede ofrecer, sino que también se llevan lo mejor de nosotros. Llegan al final de la semana mandando mensajes y llamando por teléfono desde trenes y coches con sus exigencias: segar caminos de entrada, apilar leña, cortar césped, limpiar cunetas, cuidar niños, comprar comida, limpiar casas, rellenar almohadas. Para algunos, hasta ponemos árboles de Navidad después del Día de Acción de Gracias y los quitamos después de Año Nuevo. Nunca se manchan las manos con ninguna de las cosas que los demás tenemos que hacer, ni comparten el peso real de nada. No podemos soportarlos pero son ellos los que nos sostienen. Es un acuerdo difícil que en general funciona. Pero de vez en cuando hay algún patinazo. Como cuando Cindy Showalter, una camarera del Owl Inn, escupió a la cara a una anciana que murmuró algo insultante entre dientes cuando Cindy no entendió el tipo de queso que pedía la mujer. ¿¿¿*Quién sabe qué es un queso Explorer?!?* me preguntó en la iglesia. Negué con la cabeza y luego me metí en internet y encontré un queso que se llama Explorateur, que estoy segura de que jamás se ha servido en ningún restaurante de por aquí. También está el incendio del establo de la granja Holly que mató tres caballos. Nadie lo demostró, pero todos sabemos que fue Mac Ellis, el antiguo guardés, que le prendió fuego después de que Noreen Schiff lo echara por engordar las facturas cada mes. Lo había hecho durante años, al parecer, y al final el contable de la ciudad se dio cuenta. Nunca lo arrestaron, pero el rumor se extendió y perdió algunos trabajos. Hay mucho resentimiento que hierve a fuego lento bajo las sonrisas y los *me alegro de verte y no hay de qué, es un placer* de esta ciudad. Así que cuando alguien se pasa de la raya, la cosa puede resultar incómoda.

Mucha gente, sobre todo las chicas jóvenes, pensaban que June Reid se había pasado de la raya cuando empezó a salir con Luke Morey. Siempre armaban un escándalo cuando él aparecía. Era guapo, lo reconozco. No es una sorpresa, porque el padre de Lydia era guapísimo en su época y Lydia siempre ha tenido eso que les gusta a los hombres. Aun así, gran parte del atractivo de Luke tenía que ver con que no se parecía a nadie de por aquí. Era como una orquídea salvaje que crece en un campo de heno. Nadie sabía quién era su padre, pero sí sabían que no era blanco. No me gusta nada lo que indica sobre este pueblo, pero aquí no hay prácticamente nadie que hubiera podido ser su padre. La anciana pareja de Cornwall, ahora muerta, eran científicos jubilados de Boston, de raza mixta: ella negra, él blanco; y el hijo adoptivo del director del colegio, Seth, es negro, pero sólo tenía seis o siete años cuando nació Luke. Así era el pueblo entonces, y, para ser sincera, a nadie le importaba mucho salvo en momentos reveladores como cuando Lydia Morey tuvo al bebé. Han pasado por lo menos tres décadas desde que nació ese chico, pero las cosas —al menos en este aspecto— no han cambiado mucho. Más domingueros, claro, menos familias

locales, que una a una han vendido sus granjas y su tierra y sus casas a gente que sólo pasa unas semanas al año por aquí. Sábados y domingos y una semana o dos en verano. La verdad es que la mayoría de las casas de este pueblo están vacías. Parpadean con aparatos de seguridad, se barren y se limpian y están llenas hasta el techo de muebles bonitos, pero no hay nadie en casa. Hace unos meses conduje por South Main Street —a mitad de semana, las nueve de la noche después de cenar en casa de mi hermana— y no había una sola luz en ningún sitio. Había salido la luna, así que podía ver las chimeneas y las claraboyas, unas tras otras, hasta el parque, oscuras. Se me ocurrió esa noche y desde entonces lo pienso: ya no vivimos en un pueblo, no en uno de verdad. Vivimos en un museo caro, que solamente abre los fines de semana: somos los bedeles.

Antes, familias de la zona poseían y habitaban las casas más viejas y grandes de Wells. Yo lo sé porque crecí en una de ellas. Claro, era la rectoría de St. David, donde mi padre fue párroco durante más de treinta años, pero entonces el trabajo venía con una casa de seis dormitorios con cuatro chimeneas y un establo en la parte trasera. Ahora hay un párroco —una mujer llamada Jesse, si te lo puedes creer— que se reparte el tiempo entre tres iglesias y vive en un apartamento en Litchfield. La iglesia tiene alquilada la rectoría a una familia joven de la ciudad que viene, sí, lo has adivinado, los fines de semana. Por supuesto que no han entrado nunca, o al menos ante mis ojos, en St. David. Lo que no es de extrañar, porque sólo somos unos quince los que venimos los domingos por la mañana. Como las casas que hay junto al parque, la vieja iglesia está vacía, salvo unas pocas horas el fin de semana. Mi padre se jubiló hace años y murió poco después, pero sigo yendo todos los domingos. Conservo su vieja llave, así que entro temprano y monto las flores del altar con lo que no se haya vendido de la tienda y vaya a ir a la basura. Nadie puede distinguir los pétalos marchitos desde los bancos.

Quizá escandalizara a algunos de los viejos de St. David descubrir que abandoné a Dios hace mucho tiempo, cuando mi madre empezó a desaparecer en el alzheimer, lo que debe de ser la forma más lenta y cruel que existe. Empezó a irse cuando yo iba al instituto y murió una semana después de mi cuarenta cumpleaños. A esas alturas hacía mucho tiempo que era irreconocible. Enfadada, horrible y totalmente dependiente de mí. Mi hermana fue a la universidad y yo me quedé en casa para ayudar con lo que mi padre era demasiado orgulloso y tacaño como para encargarse a nadie más. No es que lo necesitara, pero no es exactamente fácil encontrar un novio, no digamos un marido, cuando vives en casa de tus padres como una enfermera que está disponible veinticuatro horas al día y no cobra. No pierdo el tiempo deseando que las cosas hubieran salido de otro modo, y no finjo que habría sido así si hubiera rezado más. Hace mucho que me las arreglo sola, sin la ayuda de Dios o un marido.

La mayoría de la gente con la que crecí se ha mudado a Torrington o al otro lado de la frontera del estado hacia Millerton o Amenia, e incluso esos pueblos se están poniendo caros. Pero algunos consiguen hurgar en las esquinas del pueblo, se

esconden bajo sus pliegues y se quedan, como he hecho yo. Lydia Morey también, aunque es difícil imaginar por qué. Es la última de su familia que sigue por aquí, y cuando digo familia no quiero decir Morey. Me parece asombroso que haya conservado ese apellido. Es una Hannafin y lo sabe. Nunca se podía adivinar lo que pensaba esa mujer, así que su decisión de conservar ese apellido no es más sorprendente que el hecho de que eligiese quedarse después de tener a ese bebé negro. Cuando Luke nació, a todo el mundo le pareció evidente que el marido de Lydia, Earl Morey, pelirrojo y con la cara llena de pecas, no era el padre. Esa misma noche hizo las maletas de Lydia y le dijo que no volviera. Ella fue directa de la planta de maternidad al sofá de su madre. La madre todavía vivía y los acogió un tiempo, pero no ocultaba su desagrado. Trabajaba como cajera en el banco en aquella época, y en el restaurante de comida para llevar se la oía quejarse de su lunática hija, que —estaba segura— se había enredado con sectas y negros y Dios sabe qué. Todo el mundo se ponía de parte de Earl, que viene de una buena familia que lleva aquí toda la vida, y Lydia Morey estuvo un tiempo tan exiliada como se puede estar en un pueblo de mil quinientos habitantes, la mitad de los cuales apenas vive aquí.

Con el tiempo, la gente se acostumbró, en su mayor parte. Luke caía bien a todo el mundo, especialmente durante una época en el instituto cuando batía los récords estatales de natación e, incluso, cuando se rumoreaba que iría a las olimpiadas; pero Lydia siguió siendo una solitaria, a excepción de unas cuantas decisiones equivocadas en cuestión de hombres. Para ser justa, aquí hay poco donde elegir, y la pobre mujer, por guapa que sea, hizo lo que pudo. Con tan poco donde elegir, alguien como Luke Morey, en cuanto empezó a sentar la cabeza, comenzó a parecer un buen partido en el mercado de mujeres del pueblo. Su piel era sin duda la de su padre, quien fuera que fuese, pero tenía los ojos grandes y verdes y los pómulos altos de su madre. Añade a eso como poco uno ochenta y un próspero negocio de paisajismo y tienes bastante como para que unas cuantas vuelvan la cabeza. La gente se volvía para mirarle durante toda su vida, pero nunca tanto como cuando fue a la cárcel, unos meses después del instituto, y luego, más tarde, cuando se fue a vivir con June Reid, que le llevaba más de veinte años y era de la ciudad. Desde que nació, ese chico era el tema de conversación en el pueblo, y viendo lo que pasó, cómo le fue y cuántos se llevó consigo, siempre lo será.

Cuando fui a casa de June Reid esa mañana con las margaritas y vi la pesadilla que rodeaba su propiedad —todo aquel humo, la vieja casa de piedra destruida por el fuego, la carpa vacía—, no me detuve. Seguí conduciendo. Sin pensarlo, fui directamente a casa de mi hermana, donde nos sentamos y nos bebimos una taza de té de menta recién recogida de su huerto. Ya la habían llamado —no sé quién lo hizo— y me contó lo que había pasado. Todos muertos: la pareja joven, el exmarido de June y el pobre Luke Morey. Durante un buen rato, nos quedamos ahí y vimos cómo el humo subía desde las tazas de nuestra madre, viejas y de un color verde pálido. Luego, salí por la puerta trasera y me dirigí hacia el campo que hay detrás de su casa.

Me quedé allí durante horas, sin saber qué hacer o adónde ir. Vagué entre la hierba alta y todas esas margaritas espantosas, desde donde empezaba el bosque a la carretera, de arriba abajo, de arriba abajo, pasando mis manos viejas y arrugadas sobre esas hierbas brillantes y desdichadas. Al final, entré. Me quedé esa noche. Y también la noche siguiente.

Las margaritas no se echaron a perder. Todas se emplearon. Nunca vieron el interior de un frasco de mermelada, pero acabaron en cien arreglos funerarios o más. Aunque nadie las pidiera —seamos claros, la mayoría no lo hizo—, encontré la manera de aprovecharlas. Nadie me ha acusado de ser blanda, pero, cuando ocurre algo como lo que le pasó a June aquella mañana, te sientes de inmediato la persona más débil y pequeña del mundo. Como si nada de lo que hicieras pudiera importar. Como si nada importase. Y es la razón por la que, cuando tropiezas con algo que puedes hacer, lo haces. Y eso es lo que hice.

LYDIA

Llegan antes de que ella sepa que están allí. No tiene ni idea de cuándo se han sentado junto a la ventana, a dos mesas de distancia de donde ella está agarrando su taza de café frío, pero llevan el tiempo suficiente como para haber pedido sopa y ensaladas y para que les hayan servido unas tazas de té. Están detrás de ella, no puede verlas, pero sabe por su risa educada que beben té y no café; han pedido sopa y ensalada, no hamburguesas y patatas fritas o el pastel de carne. No conoce a esas mujeres concretas, a esas madres e hijas y esposas, pero las conoce. Ha limpiado sus casas, ha llevado a sus hijos a estaciones de tren y a fiestas en casa de amigos, y ha arrancado las hierbas de sus aceras durante la mayor parte de su vida. Las ha oído preocuparse por el calentamiento global, los niveles de mercurio en el atún y los pesticidas que ahogan la vida de la lechuga que pinchan con sus tenedores pero apenas comen. Ha visto de cerca su sorpresa infantil y convincente ante la llegada de cada recurrente ingreso o triunfo. La inesperada gratificación del marido al final del año, el monovolumen nuevo en el camino de entrada lleno de lazos de cumpleaños, de Navidad o en el Día de la Madre. Lo que le resulta más insoportable es oír las presumir de hijos: las admisiones tempranas en universidades imposibles, las ofertas de trabajo de prestigiosos bufetes de abogados, los ascensos y los premios, los compromisos matrimoniales con gente atractiva de familias felices; sus bodas.

Ahora hablan de una boda. La que habla más alto, la que empieza todas sus frases con la palabra *Ahora*. *Ahora, no te lo vas a creer. Ahora, Carol, escucha esto. Ahora, nunca. Ahora, imagínate.* AHORA ESCUCHA ESTO, parece decir cada vez que habla. Como si su voz, dos o tres decibelios por encima del ruido y los parloteos del restaurante, no bastara para llamar tu atención. Tiene una hija que se casa en Nantucket. Por el meneo de su voz, Lydia advierte que es el tema favorito de esa mujer. *Gracias a Dios que tenemos a la organizadora de la boda, es increíble lo mandona que es, pero es genial con los detalles. Incluso ayudó a organizar la luna de miel, un regalo de los padres del novio. Un mes en Asia. Para ser sincera, creo que es demasiado: parece un premio de un concurso gigante junto a lo que esperamos que sea una boda muy bonita pero no exagerada. Son de Nueva Jersey, explica. Una gran familia italiana, añade, y por si alguien no se hubiera dado cuenta: Qué puedes esperar.*

Sigue hablando. *El viaje es infinito.* Su voz es una frente arrugada, presumiendo. *India, Vietnam, Tailandia:* cada palabra rueda por su boca como las marcas de ropa

cara cuyos anuncios Lydia ve en las revistas de belleza que esas mujeres dejan en el suelo del baño como toallas de un solo uso.

Mientras continúa hablando de la familia del novio —la empresa de alquiler de coches que poseen desde los años cincuenta, su acento, su catolicismo—, Lydia mira por la ventana hacia el único motel del pueblo, el Betsy. El cartel es grande, de madera, y está cubierto de una pintura blanca que está agrietada y descascarillándose desde que vive aquí, es decir, desde siempre. El cartel tiene un gran frontón encima, como si anunciara una gran taberna colonial y no el motel de veintiuna habitaciones, una sola planta y ladrillos rojos que está fuera de su vista, más allá de la línea de los árboles, al final del camino. No hay nada majestuoso en el Betsy, salvo quizá los números de las habitaciones, pintados de color azul celeste y los bordes dorados en las pequeñas placas ovaladas que cuelgan de cada puerta. La madre del propietario se creía una artista del pueblo, y fueron un regalo para su hijo Tommy cuando éste abrió el motel a finales de los años setenta. Le contó la historia una noche a Lydia en el Tap, unos años después de vender el negocio. Ella limpiaba las habitaciones seis o siete años antes de que llegaran los nuevos dueños y contratasen a unos mexicanos, que vienen a pie cada mañana desde el otro lado de la frontera del estado, de Armenia o Millerton. Lydia nunca le había dicho gran cosa a Tommy cuando trabajaba para él, y él a ella tampoco, pero como había pasado el tiempo y los dos se emborrachaban en el mismo bar, se puso parlanchín. *Odiaba ese azul*, escupió, con muchas copas y el aire de un adolescente de sesenta y cinco años: pelo canoso, manchas de la edad, voz quebradiza, ojos de un color azul brillante, perdidos. Con la misma camisa blanca desabrochada y los pantalones caquis que recordaba que llevaba en la iglesia cuando ella era niña. *Lo cubrió todo de color azul e insistió en que colgara sus estúpidos cuadros en las habitaciones. Hasta pintó flores en algunas camas. Le puse su nombre al negocio pensando que eso abriría un poco su bolsillo, pero no lo hizo. Pensaba vivir de las ganancias, pero nunca hubo ninguna. Nadie viene a Wells para quedarse en un motel.*

En el pueblo todo el mundo sabía que hacía tiempo Betsy se había casado con el heredero de una fortuna del licor que se había muerto pronto y se lo había dejado todo. Tommy vivió con su madre la mayor parte de su vida, durmiendo en la misma habitación en la que había dormido de niño, en la casa en la que seguía viviendo. Lydia se preguntaba si alguna vez dejó esa habitación, si alguna vez se trasladó a una parte distinta de esa gran casa de ladrillo de South Main Street después de la muerte de su madre. Salvo los cuatro años que pasó en Pensilvania cuando estudió en la universidad, y unos años más que pasó en la ciudad, Tommy Ball nunca dejó el pueblo. Nunca salió con nadie que alguien pudiera recordar y nunca se casó. Betsy Ball veía a Tommy todos los días y él la odiaba, pensaba Lydia. Su hijo la odiaba pero no estaba sola. Cuando la biblioteca del pueblo, a la que legó una buena cantidad de dinero, le organizó una fiesta por su centésimo cumpleaños, su hijo llegó y se marchó con ella. Era viuda y estaba sorda, probablemente llevaba pañales y no

recordaba cómo se llamaba, pero aquella noche no volvió sola a casa.

Sola y en casa es donde Lydia ha estado la mayor parte de los últimos seis meses, desde que murió Luke. Va a la cafetería después de comer casi todos los días para dejar un rato la televisión, que se ha convertido en un trabajo a tiempo completo. Si los magazines matinales empiezan sin ella, le parece que ha metido la pata, que ha fracasado en el único y mísero papel que tiene cada día. No quedan ya muchos de esos programas a lo Phil Donahue, los que presentan a gente corriente con problemas extraordinarios. Ahora los programas son más específicos: médicos, centrados en la comida o exclusivamente dedicados a los famosos, que a veces parecen de la familia, como primos de los que llegan noticias en tarjetas de Navidad que dicen quién hizo esto o aquello, o a los que ves un segundo en una fiesta de graduación, un bautizo o una boda. Para Lydia es un consuelo ver que la misma gente aparece en los mismos sofás y sillas para invitados a lo largo de los años. Ellos envejecen, ella envejece, los presentadores envejecen. Durante un instante parece que todos están juntos en lo mismo.

Ahora, ¿sabes que el del catering no cobró? Al principio, piensa que la que habla alto sigue con la boda de su hija en Nantucket, pero ha cambiado al pasado, otro tema, una boda distinta. Pronto queda claro cuál es.

Lydia busca a la camarera con la mirada, la rubia embarazada que se llama Amy, la que —está bastante segura— trabajaba en el supermercado. La ve cada día y siempre quiere preguntárselo, pero después de pedir el café nunca encuentra las palabras. Últimamente, Amy se limita a llevarle el café, lo que a las dos les evita hablar.

La mayoría de la gente que ha ido a comer se ha marchado. Lydia se da la vuelta, despacio, con cuidado para no volverse totalmente y ser vista por la que habla alto o alguna de las otras mujeres que están con ella. Todavía no sabe bien quiénes son, pero, teniendo en cuenta de lo que hablan, no quiere que la reconozcan. Quiere irse tan rápida y tranquilamente como sea posible. Vuelve a mirar hacia la cocina, espera ver a Amy y hacerle un gesto para pedir la cuenta, pero no hay nadie. Está atrapada y no puede hacer nada que le impida oír a esa mujer, que no parece tomar aliento entre sus palabras.

No creo que se quemara la carpa. Pero el roble grande que había detrás de la casa ardió. Todavía no han cortado lo que queda. Está ahí, negro y horrible, como una espantosa decoración de Halloween. Pero ¿os lo podéis imaginar?

Mi hermano trabajaba para Luke Morey... Habla otra persona, alguien más joven. Estaba en casa el día anterior a que ocurriera, con sus amigos: cortando el césped, recogiendo ramas, quitando hierbas de los parterres... Silas sigue sin hablar del asunto. Sólo tiene quince años. La policía le hizo preguntas, el jefe de bomberos también, pero no sabía nada. Trabajó para Luke tres veranos.

Lydia pensaba que este tipo de conversaciones se habían ido apagando. O aunque no lo hubieran hecho, normalmente no estaba lo bastante cerca como para oírlas. La

mayor parte de la gente, si la veía venir, cambiaba de tema o se quedaba callada. Se ha acostumbrado a conversaciones que terminan abruptamente y a miradas que se apartan cuando pasa ante la gente en la farmacia y en el supermercado, o incluso en la cafetería. Pero esas mujeres no la ven.

Amy debe de estar descansando: parece que ha habido mucho trabajo a la hora de comer, y está de cinco meses como mínimo. Lydia recuerda que limpiaba casas hasta el noveno mes y que volvió al trabajo, con Luke, cuando el bebé sólo tenía dos semanas. Tenía que hacerlo. Earl la había echado de casa sin darle un céntimo, y nadie le culpaba por ello. El padre biológico de Luke no sabía de su existencia, ni lo haría nunca, y su madre apenas se las arreglaba con lo que ganaba en el banco. Lydia y su madre habían estado solas desde que tenía memoria. Su padre murió de un ataque al corazón poco después de que ella naciera y lo único que dejó fueron deudas. Un préstamo espectacular en el banco y letras de la camioneta que utilizaba para limpiar caminos en invierno a fin de ganar algo de dinero. *No hay plan de pensiones si vendes leña y quitas nieve para ganarte la vida*, decía la madre de Lydia cuando pagaba las facturas y fumaba cigarrillos en la mesa de la cocina. *Trabajaba duro* era sólo la mitad del otro comentario que hacía de Patrick Hannafin, que era, según las pocas fotografías que había visto Lydia, la fuente de su pelo moreno y sus pómulos marcados. En todas las fotografías tenía el mismo aspecto: guapo, alto, serio. *Trabajaba duro*, decía Natalie Hannafin de su difunto esposo, *pero sus manos tenían alergia al dinero*. Su familia estaba en Wells desde el siglo XIX, y en una época habían sido tantos como los Morey, pero a lo largo de los años la enfermedad, el espíritu nómada y más nacimientos de niñas que de niños habían reducido el rebaño y ahora Lydia era la última Hannafin que quedaba.

Aun así, la madre de Lydia insistió en conservar el apellido de Earl Morey después del divorcio, y en que Luke también lo conservara. No tenía sentido, y, lo que era todavía peor, parecía adoptar una posición agresiva con una familia que no sólo se tomaba su apellido en serio: tampoco aceptaba mejor un desafío abierto que una infidelidad. Lydia sabía que su madre albergaba una levísima esperanza de que Earl cambiara de idea, perdonara a su hija y acogiera a Lydia y Luke. Conservar ese apellido era su única exigencia en ese momento y, como su apartamento era el único lugar al que Lydia podía ir después del hospital, lo aceptó. Lydia durmió en el sofá de su madre durante seis meses y, como no había dinero para una niñera, se llevaba a Luke consigo al Betsy y a las casas que limpiaba: quieto en el asiento del coche, lo dejaba en encimeras, sillas junto a ventanas y camas mientras trabajaba. Su madre siempre decía que el chico podía dormir aunque hubiera una guerra.

La que habla alto sigue, dando detalles a todo el mundo. El mismo triste suceso que los periódicos y los medios de Nueva York y Connecticut repitieron durante meses. Un escape de gas, una explosión, cuatro muertos, una joven pareja que debía casarse ese día, la madre de la novia en el jardín viendo lo que pasaba, su exmarido dormido en el piso de arriba y su novio en la cocina, un *expresidiario*, se encarga de

subrayar, y *negro, no es que eso importe*, añade en un susurro.

Dios mío, oye que dice una en voz baja. *Qué pesadilla*, oye que murmura otra, y Lydia imagina una cabeza que niega lentamente y unos brazos cruzados.

Finalmente, la cuarta mujer habla. Debe de ser la única que no es de por aquí, piensa Lydia, y debe de ser por ella por quien estas mujeres están reconstruyendo la historia tan meticulosamente. *¿Cómo te recuperas de eso? ¿Cómo empiezas?*

Lydia se lleva las manos al regazo y cierra los ojos mientras la mujer que habla alto continúa.

No se puede, ésa es la cuestión, y ella no lo ha hecho. Ahora, ¿te imaginas que toda la gente que quieres desaparece de pronto? ¿Has oído una cosa así alguna vez?

No puede hacer nada para detenerlas. No puede hacer nada para que se callen o bajen la voz. Son como los tábanos que le rodean la cabeza cuando camina por el parque en verano. Pican, se clavan y zumban y se hincan, y mantienen su paso al margen de que ella se mueva de prisa o despacio.

Parece que se marchó. Al oeste o al sur o algo. Después de los funerales, desapareció.

Durante unos largos segundos hay silencio. El ruido de los vasos del almuerzo que se lavan y amontonan en la cocina. El suave sonido de un camión de reparto que da marcha atrás, en algún sitio.

Hubo una investigación, dice la mujer que no le suena familiar en absoluto pero que debe de ser de Wells o de las cercanías para asumir el papel de narradora. *No hay pruebas, pero parece que fue el chico negro con el que estaba saliendo. Y, perdóname, era un chico y, por un lado, bravo por ella, pero mira lo que pasó.*

¿De verdad crees que fue culpa suya?, pregunta nerviosa la más joven. Desde que habló de su hermano antes, ha estado en silencio. *Silas dice que Luke era un buen jefe. Nuestra madre no está de acuerdo, pero a Silas le caía bien.*

Ahora... Vamos... No creo que nadie dude de que esto fuera cosa suya. Era el que estaba en la cocina. Todo el mundo dormía. Y, además, había estado en la cárcel. Por tomar drogas, y traficar, todo el lío. Cocaína, crack o metanfetaminas o algo. Vaya par. Ella dirigía galerías de arte en la ciudad y creo que se mudó aquí. Para estar con él, sin duda.

¿Cómo pudo terminar una mujer como ella con un matón de por aquí como ése?, pregunta la cuarta, como si le hubieran dado entrada.

¿Tú qué crees?

AHORA ESCUCHAD UNA COSA, ha gritado Lydia, con palabras que no son ni las suyas. Está de pie, su silla raspa como un grito al levantarse, se vuelve para enfrentarse a esas mujeres. **AHORA**, vuelve a gritar, y su voz la asombra, es el sonido más fuerte que ha producido en meses. *¿Cuándo habló por última vez? ¿Ayer? ¿La semana pasada?* Está frente a esas cuatro mujeres, tres de ellas de su edad, cincuenta y tantos, sesenta y pocos, y una mucho más joven, tiene menos de treinta y es la única a la que reconoce. Se llama Holly, y Lydia creció con su madre, que tenía unos años

más que ella y nunca fue amable. Los segundos pasan y ella sigue en esa cafetería casi vacía ante una mesa de mujeres que, aparte de Holly, imagina, no han tenido un día de trabajo físico, que han recibido la atención de padres cariñosos, amigos, compañeros de trabajo, novios, maridos, hijos y nietos en cada minuto mimado y seguro de sus vidas. Son mujeres acomodadas, queridas. Parece como si los tenedores de sus manos les hubieran dicho que se callaran.

Perdone, ¿quién es usted? La que habla más alto intenta imponer orden, rompe el silencio y desinfla la momentánea autoridad de Lydia. ¿Quién soy yo?, piensa Lydia. No soy nada. Nunca he sido nadie salvo la limpiadora, hija, mujer, novia o madre de alguien, y en todos esos papeles he fracasado y ahora no puedo interpretar ninguno. Le tiemblan las rodillas y nota su fuerte olor corporal. Está de pie delante de esas mujeres sin nada que decir aparte de su exigencia de que la escuchen. *Lydia... Quiero decir... señora Morey, lo siento...*

Cuando dice su nombre, la cara de Lydia brilla de calor y un pánico que se registra como unos nudillos físicos de dolor en el pecho. Antes de que se pronuncie otra palabra, se aparta, planta temblorosa un sudoroso billete de cinco dólares en la mesa y murmura: *Ese matón es mi hijo.*

Perdone, ¿qué ha dicho?, pregunta la que habla alto, con una voz aguda, tensa, más cargada de reproche que de curiosidad.

Lydia vuelve la cara hacia ella. *Mi hijo, zorra estúpida. Es... era mi hijo.* Da un paso hacia ella mientras pronuncia esas palabras, y cuando ve que la mujer se encoge, se da cuenta de que tiene el brazo levantado, con la mano abierta. Se detiene abruptamente y huye con tanta rapidez y firmeza como puede hacia la puerta, cruza el aparcamiento del centro comercial y va hacia la acera que lleva a su casa.

Ha oído, por fin, lo que temía que creyese la gente. Han tenido que pasar más de seis meses para que las palabras lleguen a sus oídos, y ahora que lo han hecho, necesita alejarse todo lo que pueda. No tiene a nadie a quien llamar, nadie a quien encontrar al volver a casa. Pero ¿cuándo lo ha tenido? Revisa las pocas posibilidades: Earl; su madre; su padre, que murió antes de que ella lo conociera; el padre de Luke, sólo por un tiempo; Rex, demasiado tiempo, algo que nunca se perdonará; Luke; June. Ninguna de esas personas fue nunca suya. O pertenecían a otro o tenían vidas o mentiras que los situaban fuera de su alcance, o deberían haberlo hecho. No es ninguna noticia, pero lo que la sorprende, después de haber estado sola tanto tiempo, es que únicamente ahora parece insoportable.

La acera que lleva a la ciudad está cubierta de hojas y resbala. Este año han cambiado de color tarde, algunas en Halloween, se aferraron a las ramas hasta que sopló el viento del noreste y las tiró al suelo. Están por todas partes. Quiere correr, pero en vez de eso camina despacio, con cuidado de no resbalarse y provocar otra escena al pasar delante del concesionario, de la tienda de caridad del hospital, de la floristería, de la asociación de historia, de la tienda de telas, de la biblioteca municipal, del colegio.

Cada día, aunque llueva, camina. Su coche, un viejo Chevy Lumina de color azul claro, aparcado detrás del edificio de apartamentos donde vive, no se ha movido desde hace más de un mes. Sólo lo utilizaba cuando iba a limpiar y, si necesitaba ir a algún sitio en el pueblo, siempre caminaba para ahorrar combustible. El supermercado y la cafetería son los únicos lugares que frecuenta y va a pie a los dos.

Pasa por delante de St. David, donde se celebró el funeral de Luke, la misma iglesia a la que la llevaba su madre en Nochebuena y el Domingo de Pascua cuando era joven. *Exista Dios o no, cubrimos las bases*, decía. Y por esa razón insistió en que ella y Earl también se casaran allí. El funeral de Luke fue la primera vez que Lydia ponía los pies en ese lugar desde el día de su boda y le sorprendió que nada hubiera cambiado en más de treinta años. La misma madera oscura, las mismas lúgubres vidrieras. *Dios no existe*, susurró ese día, a sí misma y a su madre muerta. Y si existía, Lydia sabía que hacía tiempo que había pasado de ella.

Camina por delante de la pequeña casa en la que creció junto a la chimenea, el edificio victoriano para dos familias en el que vivió cuando estaba casada, brevemente; el apartamento sobre el garaje de Bart Pitcher, donde su madre había vivido los últimos quince años de su vida; el apartamento a tres calles de distancia, detrás de la licorería, donde fue a vivir tras el divorcio y donde había criado a Luke. Ya debería haber dejado este pueblo, piensa, escondiéndose bajo una rama baja. No hay nadie aquí, pero no hay nadie en ninguna parte. Durante un tiempo lo hubo, cuando Luke era joven y sólo estaban ellos dos. Pero, a medida que crecía, descubrió la natación y los amigos y empezó a ocupar un mundo ajeno al suyo, aunque vivieran bajo el mismo techo. Luego, mucho más tarde, tras la prisión y años de evitarla, volvió, y solamente porque June lo obligó. Eso marcó el principio de un breve momento, tan anómalo y feliz que lo recuerda como si lo hubiera inventado. Como una fábula en la que a un desdichado le ofrecen un atisbo del paraíso para arrebatárselo a continuación. Ella es la desdichada. Luke, que la dejó volver a su vida, y con él, June: mucho más de lo que ella había esperado. Y ahora los dos habían desaparecido en una vaharada de humo negro.

Da una patada a un montón de hojas apartadas con un rastrillo y abandonadas en la acera y piensa en los miles de veces que ha caminado hasta aquí: de niña, de adolescente, como una madre y ahora. No puede imaginar a nadie que haya caminado por esas aceras tanto tiempo como ella. Mis pies son famosos para esta acera, piensa, y la idea casi la divierte, su novedad rompe por un segundo el pánico que la ha sacado de la cafetería. Contiene el aliento mientras pasa ante el cementerio, quizá la única superstición infantil que conserva. Supera la esquina que señala el final de la propiedad y exhala, imaginando todos los fantasmas frustrados —incluyendo a sus padres— que esperan en el cementerio a que se sume a ellos. Luke está enterrado en el pequeño cementerio que hay detrás de la iglesia de St. John, donde Lolly Reid se tenía que haber casado. Está al otro lado de donde estaba la casa de June y a Lydia le parecía el sitio obvio. Además de la parcela de Luke, compró dos más: una para ella

y, aunque nunca había tenido ocasión de decírselo, otra para June.

Mientras cruza la calle y retoma la acera, tiene la clara sensación de que hay alguien detrás de ella. Cree oír los pasos, pero cuando se para y se vuelve no hay nadie, sólo un adolescente en bicicleta por la calle, en dirección opuesta. *Los fantasmas han salido hoy*, recuerda Lydia que decía su madre en días oscuros de invierno como éste. Sigue caminando, ahora más deprisa, y recuerda que Luke la acusó una vez de ser un fantasma. No lo dijo amablemente y fue antes de empezar a perdonarla, antes de June. Estaba en la sección del supermercado donde se exponen los helados y las pizzas congeladas en congeladores de puertas transparentes. Lo había visto entrar en la tienda y lo había seguido hacia el interior, manteniendo la distancia mientras lo veía moverse de pasillo en pasillo y llenar el carro. Llevaba todo el verano fuera de la cárcel y ella todavía no había hablado con él, aunque le había dejado muchas notas y mensajes telefónicos que no habían recibido respuesta. La camisa que Luke llevaba le iba pequeña y subió por su espalda cuando se agachó para levantar una bolsa de hielo. Veía la gruesa cuerda de su espina dorsal y los músculos de ambos lados que se arqueaban como serpientes bajo su piel oscura. ¿Cómo demonios podía haber creado ella algo tan hermoso?, pensó. Cuando la vio, se quedó quieto y la miró fijamente unos segundos, luego empezó a volverse. Pero antes de hacerlo, se detuvo abruptamente y escupió: *Vete, fantasma*.

Cruza el parque hacia el pequeño edificio de apartamentos en cuyo primer piso ha vivido durante más de seis años. Sube los tambaleantes peldaños del porche y ve que se dejó una lámpara encendida en el salón. Imagina que alguna polilla debe de estar chocando con la bombilla, porque la luz baila y proyecta sombras pequeñas y veloces en el sofá, la silla, la pared. Se detiene ante la puerta y durante un instante se permite ver aquello a lo que regresa la mayoría de la gente: habitaciones iluminadas, voces, alguien que espera.

Llueve. En algún lugar de Upper Main Street un buzón se cierra con fuerza. Le parece oír pasos de nuevo, esta vez se alejan, pero pronto sólo oye el ruido de las gotas de lluvia que golpean las hojas caídas, los coches aparcados, las cunetas. Cierra los ojos y escucha. Nadie la llama por su nombre, no hay más pasos tras ella, pero se vuelve antes de abrir y entrar. Echa una última y larga mirada al pueblo en el que ha vivido toda su vida, donde no hay amigos ni familia, pero donde sus pies son famosos para las aceras.

RICK

Mi madre hizo el pastel de boda de Lolly Reid. Sacó la receta de un restaurante brasileño de la ciudad al que fue una noche con sus amigos para ver un espectáculo. Era un pastel de coco con naranjas frescas. Lo preparó durante días. No tenía pilares, plataformas o decoraciones pijas; sólo era un gran pastel liso con una lluvia de esas diminutas bolas comestibles y plateadas y unas pocas orquídeas de color morado que había encargado especialmente en la tienda de Edith Tobin. Estaba orgullosa de ese pastel. Hace y decora pasteles para todos los cumpleaños de la familia e hizo el pastel para la boda de mi hermana y para la mía; así que cuando June Reid nos contrató para hacer el catering de la boda de su hija Lolly, pensé: ¿y por qué no?

Desgraciadamente, nunca cobró. Yo tampoco. Ni un centavo. Y si June Reid hubiera intentado pagarme, yo habría roto el cheque. No podía aceptar dinero de esa mujer después de lo que había vivido. Mi esposa, Sandy, tenía un punto de vista distinto, todavía lo tiene, pero eso es asunto suyo y éste es mío. Los dos somos los dueños del Feast of Reason, y técnicamente tiene derecho a quejarse, pero yo no iba —y no voy— a molestar a June Reid por unos pocos dólares. Veintidós mil dólares para ser exactos, pero ¿acaso cuenta? Debería haber hecho un contrato como siempre me decía Sandy que hiciera —al menos habríamos recibido la mitad del dinero por adelantado—, pero nunca llegué a preparar uno y pasárselo a un abogado para asegurarme de que lo cubría todo. La boda de Lolly Reid sólo era el segundo gran evento para el que nos contrataban, y todavía estábamos poniendo en pie el mercado ecológico y la cafetería, asegurándonos de que todo cumplía la normativa. Si quieres perder el sueño por las noches y suprimir todo tu tiempo de ocio o libertad, no dudes en abrir un pequeño negocio, especialmente uno que sirva comida. Nadie te habla de inspectores sanitarios o accesos para sillas de ruedas cuando piensas por primera vez en abrir un lugar que sirve la sopa de lentejas perfecta, pan recién hecho y capuchino con leche de almendras. Y es bueno que no lo hagan, porque de lo contrario no habría restaurantes, cafés ni cafeterías. No estoy seguro de por qué pensamos que lo del catering sería una buena idea, pero es una forma de que la gente que te cae bien gane algo de dinero. Además, es halagador que te pidan que hagas la comida para el día importante de alguien: una boda, una graduación o un cumpleaños. Y cuando es alguien como June Reid, que podía haberle pedido a cualquiera de la ciudad que viniese e hiciera un trabajo de categoría, bueno, para nosotros era muy importante. Cuando vino con Lolly y me preguntaron si nos interesaría hacer la comida para la

boda, no había manera de que fuéramos a decir que no. En todo caso, no era fácil decirle que no a June Reid; tenía ese aire a lo Glinda la Bruja Buena del Norte, una especie de sensación de no me ha pasado nunca nada malo y no te pasará nada malo si estás cerca de mí. Era guapa de ese modo en que algunas de las mujeres mayores de los culebrones son guapas. Se cuidaba. Y olía bien, no sé a qué pero a algo *agradable*. Imagino que probablemente todavía es así, pero hace tiempo que no la vemos. Se marchó hace unos meses, y ¿quién puede culparla? Mantuvo la compostura en los funerales, guardó distancia con todo el mundo en el pueblo y luego se marchó.

June Reid estuvo viniendo a Wells los fines de semana con su marido y su hija durante años, y fue luego, más tarde, por su cuenta, cuando se mudó aquí definitivamente. Nadie le había hecho mucho caso o había pensado mucho en ella, pero cuando se lio con Luke Morey todo el mundo prestó atención. Eso fue hace más de dos años, cuando ella tendría por lo menos cincuenta, como dos veces la edad de Luke. Sandy y sus amigas nunca se cansaban de hablar del asunto. No podían aceptar que se subiera a ese carro, o como se diga, especialmente porque Luke tenía muchos carros donde elegir. Crecimos juntos, fuimos al mismo colegio y al mismo instituto y jugamos en muchos de los mismos equipos, hasta el instituto, cuando él dedicaba cada segundo que tenía libre a nadar. Y joder que si nadaba. Perry Lynch decía en broma que era porque su familia procedía de Cuba o Puerto Rico y había venido a este país nadando, hasta Florida, pero, como pasaba con la mayoría de las cosas, Perry se equivocaba. La madre de Luke, Lydia, era blanca, pero su padre, fuera quien fuese, debía de ser totalmente negro y no hispano, latino o como se diga. En todo caso, Luke nadaba como un pez y batió los récords del colegio y del estado e incluso le ofrecieron becas en algunas grandes universidades, entre ellas, Stanford. ¡Stanford! Tenía encanto y podía elegir chicas, universidades y futuros. Pero luego todo se desmoronó. De repente —bum— era como el resto de nosotros, incluso peor. Lo pillaron pasando cocaína de Connecticut a Kingston y toda su vida se hundió. Estuvo once meses en una cárcel en Adirondack, Nueva York. Era increíble, y lo más jodido es que fue una trampa. Todo el mundo sabía que Luke no tenía nada que ver con las drogas en el instituto. Siempre estuvo demasiado centrado en la natación y en mantenerse en forma. Bebía como el resto los fines de semana. Incluso una vez perdió el conocimiento en el parque, al volver de una fiesta, en el segundo año. Es raro pensar lo importante que era eso entonces. Todo el mundo se enteró y alguien debió de llamar a Gus, el poli del pueblo, porque fue el que vino, lo despertó y lo llevó a casa.

Luke no era perfecto, pero era absurdo que lo hubieran pillado con un gran alijo de cocaína. Todavía lo es. Oí que su madre, Lydia, tuvo algo que ver de alguna manera, alguno de sus novios turbios. Y más tarde, un tipo que trabaja en el Departamento de Policía de Beacon me dijo que a Luke se la habían jugado, haciendo que se declarara culpable, un abogado y un juez corrupto que protegían a peces más

gordos. Pasara lo que pasase, Luke nunca me lo contó, ni a nadie que yo conozca. Después de salir, volvió a Wells, consiguió trabajos aquí y allá, y al final montó su negocio de paisajismo. Una cosa que tenía Luke es que nunca hablaba mal de otras personas. Podía tener mal genio y a veces perder los nervios, pero no hablaba mal de otras personas. Que hubiera habido tantas habladurías sobre su madre a lo largo de los años podía tener algo que ver con ello. Quién sabe. Incluso cuando empezaba a salir con una chica yo me enteraba por otros. La mayoría de nosotros prácticamente poníamos anuncios en el periódico cuando llegábamos a primera, segunda o tercera base. Y *home run*, joder, todo el mundo tenía que saberlo y normalmente a las pocas horas. Pero Luke no. Se lo tomaba con calma. Como cuando empezó a salir con June Reid. Me lo contó Sandy —tiene a todo el mundo controlado—, y para cuando me enteré él ya vivía en esa vieja casa de piedra de Indian Pond Road. En esa época yo debía de verlo una o dos veces por semana y no lo mencionó ni una vez.

Cuando Luke salió de la cárcel, el entrenador de natación del instituto, el señor Delinsky, le consiguió un trabajo como socorrista en la playa del pueblo. Yo estaba allí todo el tiempo con Sandy y Liam, que era un bebé. Fue antes de que montásemos el Feast of Reason y yo trabajaba por las noches, sobre todo el fin de semana, para una empresa de catering de Cornwall. Tenía el día libre y vivíamos con mi madre, así que podíamos dejar a Liam en una toalla en el lago y relajarnos. Luke estaba allí y joder si había crecido en prisión. Siempre había estado fuerte, pero con la natación los tipos nunca son demasiado musculosos. Debía de levantar pesas cada día, porque parecía que había ganado al menos diez kilos de músculo. Estaba cuadrado. Se sentaba en una silla blanca y miraba a los críos que chapoteaban en el lago cubierto de algas, negro como una mora y macizo como un atleta olímpico. Resulta un poco raro decirlo, pero era como una estrella de cine o un atleta famoso. Demasiado grande, demasiado guapo, demasiado *algo* para gente como nosotros. Nadie de por aquí tenía el aspecto que tenía él, y no lo digo sólo porque fuera negro. Pillé a Sandy mirándolo más de una vez, y pensaba: qué demonios, ¿quién puede reprochárselo?

Trabajó como socorrista durante la mayor parte del verano. En agosto, alguna de las madres que llevaban a sus hijos al lago se quejaban de que el pueblo hubiera elegido a alguien recién salido de la cárcel y tuvo que dejar el trabajo. Después empezó a ayudar en la empresa de mantenimiento de Steve Pitcher. Quitar hojas, limpiar cunetas, podar los arbustos. Lo hizo un par de veranos, y por las tardes y en invierno le conseguí unos cuantos trabajos como camarero en grandes eventos del Harkness. La empresa para la que trabajaba tenía un contrato con el internado para las celebraciones más elegantes con exalumnos y siempre necesitábamos ayuda. Veía a Luke moviéndose por la sala sirviendo café y vino a esos banqueros y abogados canosos y viejos con chaquetas azules y me parecía que había algo profundamente injusto. En ese momento habría estado en su segundo año en Stanford, ganando carreras, planeando un futuro lleno de noches como aquélla, pero donde los camareros le servirían a él y no al revés. No es que crea que una vida es mejor que la

otra —diablos, serviré a neoyorquinos canosos vestidos con chaquetas azules el resto de mi vida—, pero no era la vida que él *tenía* que vivir. Cualquiera que hubiera conocido a Luke en el instituto sabía que no estaría mucho tiempo en el pueblo. Con todos los porreros y borrachos vagos con los que crecimos, que de una manera u otra han conseguido vivir de ayudas a la discapacidad, pagos del seguro o ambas cosas, ¿quién habría pensado que sería Luke quien estaría enterrado aquí a los treinta años? Nadie. Ni siquiera Dirk Morey y su padre, Earl, que estuvo casado con la madre de Luke. A los Morey, locos y pelirrojos, nunca les cayó bien Luke —y no era raro, tenían sus razones—, pero la verdad es que Luke nunca les hizo nada aparte de nacer y llevar el mismo apellido que ellos. Daba igual. Estaba siempre en su punto de mira, y en un sitio tan pequeño como Wells te tienes que cruzar con todo el mundo, incluso con la gente a la que quieres evitar. Y a pesar de que Dirk era pequeño y tenía unos años menos que nosotros, siempre estaba encima, haciendo bromas y metiéndose con Luke. Luke podía cuidarse solo, pero algunas veces algunos de nosotros tuvimos que intervenir. Dirk es la única persona a la que le he dado un puñetazo, y la noche en que lo hice se lo había buscado. Habría sido distinto si aún fuéramos críos, pero fue hace sólo unos años. Salíamos de la cafetería del colegio, donde el cuerpo voluntario de bomberos cena espaguetis una vez al mes. Va todo el mundo. Siempre lo han hecho. June y Luke ya habían salido y Dirk estaba detrás de mí y de Sandy. *Parece que ha encontrado una tía igual que su madre*, dijo, clavándome el dedo en la espalda y mirando hacia Luke y June. No le presté atención, como hace la mayoría de nosotros cuando Dirk ha tomado demasiadas cervezas. Normalmente se calla la puta boca y se va, pero no ese día. *A algunas les gusta la carne negra, supongo. Una cosa rara, ¿no, Rick?* Me volvió a tocar la espalda y noté que apretaba los puños. Luke y June estaban unos metros por delante, pero no creo que pudieran oírnos. Y después, asegurándose de que todos los que estaban en la cafetería podían oírle: *La diferencia es que esta puta rica paga por ello*. Cuando dijo eso, me volví y le partí la cara. La mitad del pueblo ha querido partírle la cara a Dirk Morey en un momento u otro, y la mayoría lo ha hecho. Lo han sacado del Tap casi tantas veces como a su padre. Los Morey son borrachos ruidosos, pero son pequeños, enjutos y, aunque se pueden poner muy agresivos, normalmente evitan las peleas. El problema es que son muchos. Dirk siempre se siente libre de fanfarronear porque normalmente hay dos o tres primos suyos cerca dispuestos a defenderlo si se mete en un lío. Su familia es el cuerpo voluntario de bomberos, así que debía de sentirse más grande de lo normal esa noche. Fue una suerte que me agarrara Luke antes que los Morey, porque, después de pegarle a Dirk la primera vez, lo tiré al suelo y me lancé. He oído a ese tío hacer preguntas impertinentes y fanfarronear desde que éramos críos, y me había guardado algunas a lo largo de los años. Le di dos buenas, antes de que Luke me arrastrara al aparcamiento. June Reid se echó a un lado mientras Luke se aseguraba de que yo no volvía a por más, pero cuando Sandy y yo regresamos caminando hacia el coche, June corrió hasta nosotros y me cogió la mano. No dijo gracias, no dijo nada. Puso mi

mano entre las suyas, la apretó y la soltó. Todo ese tiempo estuvo mirando al suelo, así que no vi si había lágrimas en su cara, pero estaba afectada. Volvió hacia Luke antes de que yo pudiera decir nada.

No sabía mucho de June Reid antes de que empezara a salir con Luke. Conocía la casa: era una de las más viejas de Wells, y recuerdo que iba allí de crío en Halloween para pedir caramelos y me daba miedo porque parecía encantada. Es gracioso imaginar que tendría más o menos mi edad actual cuando fui a llamar a su puerta con un traje de He-Man. La primera vez que oí que estaba con Luke, pensé que era un poco raro, pero cuando los vi juntos sobre todo me alegraba ver que Luke se iluminaba, empezaba a divertirse de nuevo. Estaba bastante deprimido cuando salió de la cárcel. Y no se le veía mucho. Dormía en una casa encima del garaje del señor Delinsky los primeros meses y luego pilló un apartamento cerca del hospital. Lo veía en el lago y luego en el Harkness, pero aparte de eso era muy reservado, iba al gimnasio del instituto y todavía hacía largos en la piscina. Lo vi con June unas cuantas veces, entrenando. Creo que era la primera vez que lo oía reír o lo veía sonreír desde el instituto. Recuerdo que una vez lo vi intentando enseñarle un ejercicio complicado con unas pesas y me sorprendió ver que le frustró muy deprisa lo descoordinada que era ella. A June no parecía importarle y se burlaba de él, imitando su cara seria y exagerando sus cuidadosos movimientos. Luke estaba claramente molesto, pero ella era implacable y al final él no pudo contener la sonrisa. No creo que la mayoría de la gente esperara que June Reid tuviera un lado tontorrón, pero lo tenía, y creo que era una de las cualidades que devolvieron a Luke a la vida.

Cuando mi madre se enteró de lo que había pasado, me pidió que bajara el pastel al parque de bomberos, para los tipos que habían ido a casa de June aquella mañana. Cuando llegué, Dirk Morey estaba allí, con Earl y todos los demás. Por una vez esos tipos no tenían nada que decir. Llevé el pastel a la cocina y le dije a Eddie, el primo de Dirk, que volvería a recoger la bandeja la semana siguiente. Salí tan rápido como pude. No quería oír los detalles sórdidos. Sólo quería volver a casa con Sandy y Liam y cerrar la puerta con cerrojo. Empecé a ir hacia nuestra casa, pero, por primera vez desde que mi padre murió cuando yo estaba en octavo, me eché a llorar. Quizá fue porque ambos casos fueron accidentes: un borracho chocó en la Ruta 22 con el coche de mi padre, que había ido a recoger una pieza del lavavajillas de mi madre. O quizá porque Luke se había convertido en un amigo. Siempre nos llevamos bien cuando éramos críos, luego él puso la vista en otro sitio —las chicas, la natación, la universidad— y para bien o para mal nunca estuvimos muy unidos. Pero cuando salió de la cárcel e iba de un lado a otro con su empresa de jardinería, nos veíamos todo el tiempo. Aparecía con los Waller para tomar un café y una pasta por las mañanas, cuando abríamos. Nunca hablamos con profundidad sobre nada, nunca hablamos de su arresto, del tiempo que pasó en la cárcel o de la vida que había perdido, pero yo sabía que él y su madre estaban arreglando las cosas después de no hablarse durante muchos años. Nunca me dijo nada de eso, pero Sandy sabía que June había logrado

una especie de tregua. Cuando ves a alguien un rato todos los días, entras en un ritmo y cuentas con él aunque sólo sea durante los quince minutos que cada mañana pasa sentado a tu barra, en uno de tus taburetes, hablando del tiempo y mostrando una gran sonrisa y levantando el pulgar cuando hunde los dientes en una magdalena de semillas de amapola. Nunca hablé con Luke de mi padre, de Sandy o de Liam, de nuestros problemas de dinero o del segundo susto que tuvo mi madre con el cáncer de mama el año pasado. De esas cosas sólo hablo con Sandy.

La gente dice que Luke fue responsable de lo que pasó. Que June lo iba a dejar y él quería vengarse o que estaba colocado esa noche y se dejó el gas encendido por accidente. Durante un tiempo corrió el odioso rumor de que uno de los Morey del cuerpo de bomberos había encontrado una pipa de crack en la cocina, cerca del cadáver de Luke. Estaban seguros. Pero los hechos nunca detenían a nadie cuando se trataba de hablar mal de Luke, así que supongo que tampoco debería sorprenderme que lo hicieran con la historia de lo que pasó esa noche. Lo único que podría haber aclarado las cosas habría sido una buena investigación, pero por razones que nadie puede explicar, lo que quedaba de la casa se demolió y destruyó antes de que el estado pudiera examinar las ruinas como es debido y encontrar la causa exacta de la explosión. Cuando llamé para preguntar qué demonios era eso de que habían *despejado el lugar del siniestro*, el jefe de bomberos del condado me dijo que por razones de seguridad, para evitar accidentes, pero como June Reid no tenía otros vecinos que los lunáticos y la iglesia episcopal carretera abajo, creo que el pueblo intentaba protegerse de responsabilidades. Gilipollas inconscientes. Una vez más el sistema falló a Luke Morey y falseó los hechos para servirse a sí mismo. Es curioso que no pareciera importarle a nadie. June Reid se esfumó, Lydia Morey dejó sus trabajos de limpiadora y ahora no sale, y la familia del tipo que iba a casarse con Lolly se marchó justo después de los funerales y volvió a California o al estado de Washington, en algún sitio de la Costa Oeste. No quedaba nadie para buscar la verdad, y a todos los demás les traía sin cuidado. ¿De qué servía la verdad cuando tenían a Luke, el expresidiario, el hijo negro y bastardo de la fulana del pueblo, que había caído en una jarra de miel con una chica mayor de la ciudad? *Tiene lógica*, dijo uno de mis clientes. Es un viejo que viene todas las mañanas a tomar queso gratinado con huevo y café. No es un mal tipo, sólo un viejo que no ha salido del pueblo y nunca lo hará. Le dejé terminar la tostada y tomarse el café y no dije nada.

June Reid no se quedó el tiempo suficiente para limpiar esas historias. Yo antes me enfadaba y creo que todavía puedo hacerlo a veces, pero he aprendido que la gente cree lo que cree y da igual lo que hagas o digas. Lo que sé de Luke es que era amigo mío. Era un buen hombre que había pasado por momentos difíciles y consiguió ser feliz un tiempo. Y ahora está muerto.

No quería que Sandy y Liam me vieran lloriqueando aquel día, así que después de dejar el pastel en el parque de bomberos fui a casa de mi madre. Vive en la casa en la que crecí, el mismo sitio donde Sandy y yo vivíamos cuando intentábamos salir

adelante. Es gracioso cómo en un pueblo pequeño como el nuestro ocurren las cosas, vuelven hacia atrás en círculos, terminan. ¿Quién habría pensado que un día Earl Morey, con su hijo Dirk, y todos sus hermanos y primos, estarían comiendo un pastel de boda brasileño que había hecho mi madre y debía haber sido para la hija de la novia mayor, neoyorquina y rica de Luke Morey? Nadie. Pero el lado loco y azaroso de todo tenía sentido de alguna manera.

Me senté en el camino de entrada de la casa de mi infancia y vi cómo mi madre encendía la luz del porche, algo que siempre hace antes de abrir la puerta delantera, desde que yo era niño e incluso a la luz del día. La vi cerrar la puerta tras ella y echarse una fina bata de andar por casa sobre los hombros huesudos y abrochar los dos botones más altos. Pensé en ella exprimiendo todas esas malditas naranjas y abriendo todos los cocos durante los últimos dos días, esparciendo las pequeñas bolas plateadas que ahora aplastaban los Morey con sus dientes manchados de tabaco en el parque de bomberos. Y entonces me eché a reír. No pude evitarlo. Nada era divertido, nada en absoluto, pero todo era absurdo y retorcido. Las lágrimas y los mocos estaban por todas partes, y ahí estaba mi madre, avanzando desde la escalera al camino de entrada, arrastrando las zapatillas, vieja. Se había dejado las gafas en casa y veía que entornaba los ojos para verme con más claridad. *¿Rick? ¿Estás bien?*, preguntó mientras venía hacia mi lado del coche y tocaba la ventanilla. Era mi madre: las dos manos en el techo del coche, asomada a la ventanilla, medio ciega, preocupada. Es curioso que los desastres pueden hacer que veas lo que podrías perder. No creo que hubiera visto a mi madre tan claramente como hice aquel día: sesenta y seis años, viuda a los cincuenta, secretaria en el colegio durante más de treinta y cinco años; madre soltera que crio a dos hijos, que cuidó a su nieta cuando mi hermana divorciada iba a la escuela de enfermería de Hartford; una superviviente del cáncer de mama que había dejado que su hijo adulto volviera a vivir en su casa con su mujer de diecinueve años y su hijo de uno.

¿Estás bien?, preguntó, volviendo a golpear en la ventanilla. *¿Rick?* Abrí la puerta y salí del coche. Ya era de noche. *Cuéntame*, dijo, me puso las manos en los hombros, estaba de puntillas e intentaba mantener el equilibrio. Me incliné y rodeé con los brazos su cuerpo pequeño. *Era un buen pastel, mamá*, fue lo único que se me ocurrió decir. *Les habría encantado*.

REBECCA

Algunos días no sale. Algunos días no ves más que un destello de luz tras las cortinas. Nos hemos acostumbrado a ella y nos viene bien que pague la habitación en efectivo. Deja una propina de cuarenta dólares cada semana para Cissy, además, y eso debe de ser un récord en el Moonstone. Cissy, como nosotras, tiene cincuenta y pocos, quizá algo más. Va andando al trabajo desde su casa, que está en la misma calle, trae a nuestra misteriosa huésped un termo casi todos los días y a veces también galletas, y pasa casi una hora limpiando su habitación, cuando apenas dedica veinte minutos a las demás. Y también, lo he visto hace poco, saca una pequeña bolsa de ropa sucia cada semana de la habitación 6 y la devuelve al día siguiente, presumiblemente lavada y doblada.

La razón por la que esa mujer quiere estar aquí tanto tiempo no es asunto nuestro, pero claro que me lo pregunto. Cuando se registró, no llevaba documentación. Había perdido el carné de conducir, explicó, y luego preguntó si podía pagar en efectivo, un mes por adelantado. Pedí a Kelly, que tiene más ojo que yo, que viniera antes de aceptar. Preguntó a la mujer cuánto tiempo pensaba quedarse y ella contestó que no lo sabía pero que pagaría cada mes por adelantado en efectivo y que no esperaba un reembolso si se marchaba antes. Kelly le preguntó de dónde era, y aunque ella respondió de forma imprecisa, *Del este*, Kelly se volvió hacia mí, me guiñó el ojo, me apretó el brazo y le dijo a la mujer: *Quédese el tiempo que quiera*. Si tuviera pinta de montar bronca o de ser una yonqui colgada, no la habríamos aceptado, pero esa mujer podía ser la madre o la esposa de cualquiera, y parecía, y todavía parece, sólo triste, no peligrosa. La noche en que llegó, le pregunté cómo debíamos llamarla y respondió que Jane, aunque, claro, ése no puede ser su verdadero nombre. Pero hasta decir esa palabra, el nombre falso, parecía un esfuerzo, e inmediatamente me arrepentí de haber preguntado. Le di la habitación 6 —la que estaba más cerca y que tenía vistas al mar— porque la había pedido especialmente. Debía de conocer a alguien que se había quedado en el Moonstone o igual había estado allí antes de que fuera nuestro. La habitación 6 también tiene el mejor colchón, que tuvimos que comprar el año pasado después de que un viejo que vino de Seattle a pasar el fin de semana se quedara dormido con un cigarrillo encendido y prendiera fuego a la cama. Hizo un agujero que pasaba al otro lado en el poco tiempo que le costó despertarse por el humo, gracias a Dios, y venir corriendo a nuestra puerta, descalzo y en calzoncillos. Y todo esto para decir que, ya que se queda tanto tiempo, me alegro de que al menos

duerma en un colchón decente.

Cuando le enseñé la habitación me ofrecí a darle una vuelta, pero ella lo rechazó educadamente. Simplemente abrió la puerta con la llave, entró sin decir otra palabra y se quedó dentro casi una semana. Fue Cissy la que la sacó por primera vez. *Señora, ¡SEÑORA!*, gritó mientras llamaba a la puerta. *Tiene que salir, señora. Fuera. Sólo unos minutos pero tiene que salir.* Kelly y yo nos quedamos a unas puertas de distancia para ver qué pasaba. Poca gente le planta cara a Cissy. Es alta, delgada y fuerte, con una trenza larga, antes negra y ahora plateada, gorda como una cuerda, que le baja por la espalda. Sus manos son más grandes que las de la mayoría de los hombres y su pecho es plano como una tabla. Parece nativa americana, pero cuando le pregunté no respondió. Su marido descendía de una larga dinastía de pescadores de Aberdeen, en la bahía de Grays Harbor, pero murió de cáncer de pulmón hace quince años y desde entonces ella vive con sus hermanas, que creo que perdieron a sus maridos de una manera u otra y han terminado en la casa donde se criaron. Cissy ha vivido toda la vida en Moclips y trabaja en el Moonstone desde que murió su marido. Según su hermana Pam, el marido de Cissy le legó la casa en la que habían vivido juntos y ella la vendió, así que no creo que necesite dinero, sino un sitio adonde ir cada día. Pam es la única agente inmobiliaria de Moclips y nos vendió el Moonstone, que era de una vieja pareja que lo tenía desde los años sesenta. Fue hace cuatro años. La primera mañana en nuestra pequeña casa cerca del Moonstone, Cissy se presentó con una lata azul de galletas rellenas de naranja y nos dijo lo que cobraba, a qué horas del día trabajaba y la semana de julio que se tomaba libre cada año. En mi recuerdo, más que ofrecerle un trabajo aceptamos sus condiciones. Tardamos meses en enterarnos de que era hermana de Pam.

Cissy no es muy de quedarse y charlar. Al principio pensábamos que se sentía incómoda con nosotras por lo de ser lesbianas, pero, cuando este año se legalizó el matrimonio gay en el estado de Washington, vino a recepción la mañana después de las elecciones y dijo: *Aunque no es asunto mío, si decidís legalizar vuestra unión, se da la casualidad de que soy pastora por internet y me encantaría officiar la ceremonia.* Kelly casi nunca se queda sin palabras, pero le costó unos segundos decir gracias y que no estábamos seguras de si lo haríamos o no y que, si lo hacíamos, nos gustaría recurrir a sus servicios. Es gracioso cómo crees que la gente es de una manera u otra y la mayoría de las veces estás totalmente equivocado. Todavía no estamos seguras de si nos casaremos o no. Hemos hablado del asunto, claro, y celebramos la noche de las elecciones cuando vimos en la televisión que el sí ganó en el referéndum. Pero, más allá de los hermanos y sobrinos de Kelly, a los que vemos una o dos veces al año, ninguna de las dos tenemos mucha familia. Y llevamos tanto tiempo juntas —veinte años, veintiuno, es difícil recordarlo— que parece algo que podemos dejar a los jóvenes. Pero nunca se sabe.

Cissy nunca ha mencionado a su marido, cuyo nombre sabemos que era Ben sólo porque Pam nos lo dijo una noche que la invitamos a cenar. Se había tomado unas

copas de vino y hablaba alto y se había reído hasta que la conversación pasó a Cissy, y su voz bajó a un susurro como si Cissy pudiera oírnos desde su casa de la carretera. *Se conocieron en un bar de Aberdeen cuando eran adolescentes. Ben era el único hombre lo bastante alto para Cissy: eso es lo que pensaba la mayoría de la gente en la época, y, aunque nunca oías que se dijeran mucho el uno al otro, entre ellos había una chispa, siempre, una especie de energía animal. Cissy decía: Tengo a mis hermanas para hablar y a Ben para todo lo demás. No tuvieron hijos. Ninguno fue al médico para ver por qué. Lo aceptaron y siguieron con su vida. Vivieron en una casa a tres puertas de la nuestra durante veinte años, y Cissy me pidió que encontrase un comprador el día que murió Ben, que también fue el día en que vino a vivir con nosotras. Encontré compradores algo más tarde, una pareja de Portland que vino con sus hijos a dar clase en el colegio. Se marcharon después de que el pequeño se fuera a la universidad.* Creo que Pam lamenta haber contado tantos secretos de Cissy esa noche, porque ha rechazado las pocas invitaciones que le hemos hecho desde entonces. Es muy amable cuando nos la encontramos en el supermercado o en la gasolinera de Aberdeen, pero mantiene las distancias.

Cuesta creer que haya pasado más de medio año desde la mañana en que Cissy aporreó la puerta de la habitación 6 como un poli de la tele. *Señora, tengo llave, así que llamar es una formalidad. Señora, voy a sacar la llave y la puerta se abrirá lo quiera o no.* Y justo cuando iba a sacar la llave, la puerta se abrió y Jane salió. *Gracias,* dijo, trazando con la mano una especie de disculpa mientras se ponía su chaqueta de color canela. Se marchó deprisa, bajó la escalera hacia la playa, donde pasó casi todo el día. Desde entonces la hemos visto caminar por la playa durante horas, descalza, con las zapatillas de deporte de cordones en una mano y el otro brazo normalmente envolviendo la cintura. Una mañana de finales del verano pensamos que podía haber pasado la noche allí, porque no salía luz de su habitación, no se oían las tuberías ni la cisterna del váter como ocurre normalmente. Las luces se encendieron al atardecer y vimos que la sombra habitual pasaba tras las cortinas, así que, donde fuera que hubiera estado la noche anterior, regresó de una sola pieza. Creo que vive sobre todo de las galletas de Cissy, porque sólo la he visto pasar dos veces con bolsas del Laird's General Store hacia la habitación. Igual se mete bolsitas de frutos secos o chocolatinas en los bolsillos de la chaqueta cuando va al cajero automático de la gasolinera ATM para sacar dinero cada mes, pero, si eso es lo que hace, nunca lo he visto. Lo que he visto es a Cissy arrastrando un gran termo, como los que se usan para llevar sopa o chocolate. No sé qué hay dentro, pero ni Kelly ni yo habíamos visto nunca ese termo antes de que Jane viniera. También lo hemos visto en la escalera delantera de la habitación de Jane por las mañanas. A Cissy no le gusta mucho cotillear en general, pero, cuando hemos intentado hablar de Jane, sólo dice que tiene la habitación ordenada. Aunque tenemos todo el derecho a querer saber más de nuestra única residente duradera en el Moonstone —especialmente si tenemos en cuenta que se registró bajo un nombre falso y sin documento de identidad—, siempre

nos da vergüenza cuando la nombramos delante de Cissy, así que ya no lo hacemos. La aceptamos como parte de nuestras vidas, una mujer silenciosa llamada Jane que viene del este.

LYDIA

La primera llamada de Winton fue en diciembre. En ese día hay algunas cosas para recordar, y lo ha intentado, pero lo único de lo que no le cuesta acordarse es de que el teléfono no había sonado en semanas. Es un cacharro viejo y beis, con botones gruesos que sueltan pitidos ruidosos cuando los pulsas, colgado en la pared junto a la puerta de la cocina. Ya estaba en la casa alquilada donde vive, y en el marco de la puerta están grabados algunos números. Reconoció unos cuantos cuando se mudó, hace poco más de seis años. El de Gary Beck, para empezar; tenía una extraña relación con la madre de Lydia se pasaba de vez en cuando y llevaba *schnapps* que bebían en la cocina. A los dos les encantaba la música country y escuchaban una emisora de Hartford que ponía canciones de Loretta Lynn y Conway Twitty. Cuando Lydia era adolescente, e incluso más tarde, pensaba que sus noches en la cocina eran lo más deprimente que podía imaginarse. Fumar cigarrillos, beber *schnapps* de menta y subir el volumen cuando sonaba una canción triste. Es raro, piensa ahora, recordando esas noches, cómo cambian las cosas cuando las ves con ojos más viejos.

Se pregunta si Gary Beck sigue vivo. Por lo que puede recordar, nunca tuvo mujer, hijos o parientes. No estaba metido en el cuerpo voluntario de bomberos, en la iglesia o en ninguna de las organizaciones que preparan cenas con espaguetis y albóndigas en el colegio para recaudar fondos. Nunca lo vio fuera de la cocina de su madre. Llevó la oficina de correos del pueblo hasta que le dio una embolia y lo mandaron a una residencia de ancianos estatal en Torrington. Fue hace dieciséis años, un año antes de que muriera su madre. Le contó a Lydia lo de Gary una mañana por teléfono, pero no transmitió ninguna emoción, sólo el interés suficiente como para comunicar los datos. Duda que su madre fuera a visitarlo a Torrington. Nunca supo qué relación tenían exactamente, pero, aunque su madre era muy atractiva y se arreglaba cada mañana antes de ir a trabajar al banco, estaba bastante segura de que cerró la puerta a los hombres después de que el padre de Lydia muriera. Aun así, ella y su madre nunca habían tenido lo que cualquiera llamaría intimidad, y se preguntaba si había habido algo más que compañía con Gary. Era inofensivo y traía alcohol y siempre tenía algo halagador que decir cuando su madre le abría la puerta. *Estás guapa esta noche, Natalie*, era todo lo específico y seductor que había llegado a ser. Todavía iba cuando Lydia se fue a vivir con su madre el año en que nació Luke, pero después de eso no volvió a verlo. Le costaba imaginar quién podría necesitar el número de teléfono de Gary Beck con la frecuencia necesaria para grabarlo en la

pared. Quizá alguien que trabajara en la oficina de correos. Quizá otra mujer madura a la que llevaba *schnapps* y con la que escuchaba canciones country. Cuando miraba los números grabados en el marco de pino, lo esperaba. Esperaba que tuviera una distinta cada noche.

Los otros nombres podían pertenecer a cualquiera: *Lisa, Matthew, Evelyn*. Sólo Gary Beck tenía el honor de que su apellido estuviera inscrito en la madera. Y luego está el número de teléfono que no puede olvidar. El de su exsuegra, Connie Morey. Los Morey debían de tener el mismo número desde que instalaron el teléfono en el condado de Litchfield. La familia vivía en la vieja y desvencijada casa junto a Main Street desde finales del siglo XIX. La construyeron ellos mismos, como decían enseguida, y seguían allí. En la pared sólo pone *Connie* y los mismos dígitos que Lydia marcaba cuando iba al instituto, cuando Earl Morey fue, en un breve periodo, la única persona a la que quería hablar o ver. Era nervioso y travieso, un jugador de fútbol americano con una mata de pelo rojo en la cabeza. Le encantaban los Grateful Dead, pescar en el hielo y fumar porros, y podía imitar a cualquiera en quien hubiera puesto ojos y oídos más de un minuto. Su blanco favorito era su hermano mayor, Mike, que ceceaba y no era muy listo. También hacía una dolorosa imitación de la madre de Lydia: sólo tuvo que oírla una vez desde su dormitorio para echarlo del apartamento. Aun así, lo quería, pero más que a él amaba la idea de su familia, a la que no se podía considerar más próspera por mucha imaginación que le echaras: la mayoría eran electricistas, pintores y guardeses en el Harkness, el internado al final del término municipal de Bishop. Lo que los hacía formidables era su tamaño y su longevidad. *El número da seguridad*, decía la madre de Lydia mientras exhalaba nubes de humo mentolado en la cocina, detrás de la mesa de formica en la que se sentaba cada noche con su *schnapps*, como un general en el puesto de batalla soltando una arenga a las tropas. *Lo sé porque llevo mucho tiempo sola. Incluso antes de que tu padre muriera hace cien años, sólo estábamos nosotros. Él y yo solos contra el mundo.*

La seguridad no era lo que atraía a Lydia de Earl Morey. Lo que le gustaba de él era que la hacía reír. A veces reía tanto que se quedaba sin respiración, y eso lo animaba todavía más. En el instituto, tenía poca paciencia, era un poco abusón y más de una vez lo echaron del campo de juego por buscar pelea con jugadores de los otros equipos. Ese lado malo a veces inquietaba a Lydia, pero se decía a sí misma que eran sólo palabras, que era inofensivo, un bocazas. Y, además, nadie la hacía reír tanto como él. Vivía esa risa como una especie de exorcismo. Acallaba las voces de las chicas que en el colegio susurraban a sus espaldas y ahogaba las broncas achispadas de su madre, y durante un breve instante no había nada más que pulmones que se agitaban, un corazón que martilleaba y lágrimas que le bajaban por las mejillas.

Se rio un tiempo con Earl antes de casarse y no mucho después. Después del instituto, Earl empezó a trabajar con sus hermanos en el equipo de mantenimiento del Harkness y se unió al cuerpo voluntario de bomberos. En unos meses, había dejado

de ir a casa a cenar. Iba directamente del trabajo al cuartel o al Tap, donde comía cecina y patatas de bolsa. Volvía después de las diez, borracho y enfadado por algo o alguien. Le daba a Lydia un pellizco en el culo y le decía que sacara unas tapitas. Y pronto sólo la llamaba Tapitas. Primero en casa y luego delante de su familia. Su padre pensaba que era gracioso. *Sé fuerte, chica*, le dijo en la cena de Navidad ese mismo año, *ya sabes cómo es*. Y luego esas noches, al principio una cada seis semanas o dos meses, y después cada fin de semana, en las que venía totalmente borracho y la despertaba, diciendo cosas ininteligibles. Daba igual que ella respondiera o no, que se incorporase o se acurrucara contra la almohada fingiendo dormir, el resultado era el mismo. Un golpe fuerte en un lado de la cabeza o en el cuerpo. Normalmente sólo era uno. Dos como mucho. Y a veces después la agarraba de los hombros y la sacudía con violencia. Generalmente era de noche, así que no lo veía, pero las pocas veces que encendió la luz o que la luna iluminaba la habitación lo suficiente, Lydia veía una cara tan torturada y lejana como si estuviera poseído, como una especie de demonio zombi. Sabía que lo único que podía echar a un demonio era otro; así que cuando se le ocurrió algo que podía alejar a Earl y probablemente a todo el pueblo, no lo dudó. Que el demonio fuera su hijo fue la horrible consecuencia, pero creía que no tenía elección. Y así no era como lo veía otra gente, sin duda no su madre o Connie Morey, que lleva mucho tiempo muerta y cuyo número sigue, como una amenaza del submundo, grabado en la madera junto al teléfono de Lydia.

Ha bajado el volumen todo lo posible pero aun así salta cada vez que suena. Desde la mañana en que recibió la llamada de Betty Chandler. *Lo ha hecho, Lydia*, es lo que dijo, rígida, fría y distante como si informase de que el equipo de fútbol del instituto llevaba una mala racha. *Tienes que ir a casa de June Reid inmediatamente*, dijo antes de colgar. Betty Chandler y Lydia crecieron juntas, fueron a la misma guardería, colegio e instituto. Hasta fueron mejores amigas un verano y un otoño a los doce años —hacían pasadores con cintas azules y rosas y los vendían por un dólar cada uno—, pero cuando Chipp, el rechoncho hermano mayor de Betty, intentó besar a Lydia, sin éxito, después del baile de octavo y luego dijo que le había dejado llegar hasta la tercera base, Betty se volvió contra ella e hizo correr el rumor de que era ligera de cascos. Así, con tan poco, se convirtió en su enemiga y logró serlo durante más de treinta años. Más tarde, cuando Luke nació y Earl echó a Lydia de casa, su madre le contó que Betty iba diciendo que había aceptado dinero a cambio de tener relaciones sexuales con los trabajadores inmigrantes de la granja Morgan, al otro lado de la frontera del estado, en Armenia, los que venían de México o del Caribe cada temporada para recoger manzanas, y que fue así como se había quedado embarazada. Su madre le preguntó si era verdad. Por doloroso que fuera, Lydia nunca culpó a su madre o a ninguno de ellos. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, sabía que si la piel de su bebé era la mitad de oscura que la de su padre, se convertiría en la fulana del pueblo. Nunca refutó ninguna de las historias, nunca le contó a nadie la verdad, ni siquiera a Luke, y cuando él fue lo bastante mayor no quería tener nada

que ver con Lydia, no digamos con un padre que ella había mantenido en secreto toda la vida. Había buenas razones para mantenerlo en secreto. Y si no eran buenas, al menos eran, creyó mucho tiempo, necesarias. Sólo un matrimonio se rompería por ese bebé y sería el suyo.

Muchas veces estuvo a punto de marcharse, de meter a Luke en el coche y largarse. Pero de alguna manera se acostumbró a los susurros y las risitas en el supermercado, a las miradas desagradables de las mujeres y a las ojeadas lascivas de los hombres. Un año se convirtió en dos, en cinco, tantos que ya no podía contarlos. Después de Earl hubo otros hombres, pero la mayoría no supuso mucho más que unas cuantas noches de alcohol. Sólo Rex, que apareció bastantes años después, se quedó el tiempo suficiente como para parecer un futuro, pero el desastre que dejó tras él curó a Lydia para siempre de la esperanza de tenerlo. Después de Rex, no hubo más visitas a lugares como el Tap los fines de semana, no hubo más hombres, ni más esperanza de que su vida volviera a ser alguna vez distinta a como había sido.

Aparte de una visita a Luke en la cárcel de Adirondack y de un viaje a Atlantic City en su luna de miel con Earl, nunca había salido de Wells. *Algunos árboles aman un hacha*, murmuró un viejo borracho una noche en el Tap, cuando todavía iba por allí, y algo en lo que dijo le sonó a verdad, pero cuando más tarde recordó lo que había dicho no estuvo de acuerdo y pensó que el árbol se acostumbra al hacha, y que eso no tiene nada que ver con el amor. Se hace a que lo vayan cortando, poco a poco, filo a filo, hasta que ya no se nota, y luego, como no puede ocurrir otra cosa, lo que queda se deshace en polvo.

Tras la muerte de Luke, el teléfono sonaba mucho. La funeraria, la compañía de seguros, el banco, la policía. También había llamadas de consuelo, pero sobre todo de gente de la vida de Luke, no de la suya; gente que lo adoraba y trabajaba con él, que estuvo en la cárcel con él, algunas antiguas novias, que ella nunca había conocido, y unos cuantos chicos que nadaban con él en el instituto, sus viejos entrenadores. Oía sus voces como si llegaran del otro lado de un largo túnel. Sus palabras eran como un eco, y a menudo apartaba el teléfono hasta sentir que sus palabras llegaban al final. Hacía cuanto podía por ser educada, pero era duro oír hablar a desconocidos de la vida de su hijo, que ella apenas conocía y en la que apenas había empezado a estar incluida de nuevo.

Llamó toda la gente para la que Lydia había trabajado. Los Moody, los Hammond, Peggy Riley, los Tuck, los Hill y los Massey, que tenían el hostel en Salisbury, donde iba cada día a cambiar las camas, lavar las sábanas y fregar los váteres y las bañeras. Incluso Tommy Ball llamó, aunque no lo había visto en años. Todos ofrecieron sus condolencias y le dijeron que se tomara su tiempo y que por favor les avisara cuándo estuviera lista para volver. Nunca llamó a ninguno de ellos. Pero se tomó su tiempo, *todo*, se murmuró más de una vez. Desde los trece años hasta la mañana en que Betty Chandler la llamó, Lydia había trabajado casi cada día de su vida. Desde ese momento, había terminado. Imaginaba que con el poco dinero que

había ahorrado había suficiente para pagar sus gastos un año o así, y asumir los mínimos pagos de sus dos tarjetas de crédito si necesitaba utilizarlas para pagar la comida. Sin tener que ir a trabajar, casi nunca conducía, así que no debía pagar gasolina. El alquiler, que sólo le costaba cuatrocientos dólares al mes, incluía el propano y la electricidad, y las facturas del teléfono y el cable eran lo más bajas posibles.

Luego resultó que Luke tenía un seguro de vida y que Lydia era, inexplicablemente, la beneficiaria. También tenía un testamento, del tipo de los que te descargas de internet y validas ante un notario, que es lo que hizo. Dejó a Lydia lo que tenía: sus ahorros, su empresa de paisajismo y sus pertenencias, que, como vivía en casa de June, quedaron destruidas. Entre el seguro y los ahorros y los veinte mil que los hermanos Waller le pagaron por el negocio —dos camiones, unas carretillas, una retroexcavadora y un montón de herramientas—, podía vivir sin trabajar durante mucho tiempo. Durante la mayor parte de su vida había soñado con el día en que no tendría que agacharse, frotar, cargar y abrillantar para los demás. Y llegó. Otro demonio que sustituía a otro.

June nunca llamó, ni una vez. Abrazó brevemente a Lydia en el funeral de Luke, pero se marchó del pueblo antes de que pudiera decir nada. A Lydia no le sorprendió, teniendo en cuenta cómo se había comportado la mañana después de que llamara Betty Chandler. Hizo lo que Betty le había dicho y fue directamente a casa de June. Colgó el teléfono y, con las zapatillas de estar por casa y la bata, condujo cinco kilómetros hasta Indian Pond Road. June estaba agachada cerca del buzón, doblada y lejos de la casa, en lo alto de la carretera corta, curva y asfaltada. Lydia salió del coche y fue hacia ella. A su alrededor pululaban lo que parecían cientos de bomberos, agentes de policía y equipos médicos. Cuando se acercó a ella, June volvió la cara como si evitase una llamarada y, al hacerlo, levantó el brazo y agitó la mano en dirección a Lydia, como haces cuando alejas a un animal o a un mendigo. Fue escalofriante, incluso en aquella escena irreal, que la saludara así una mujer que hasta entonces sólo le había mostrado amabilidad. Era el gesto que recordaba con más claridad de aquella mañana. Ni la llamada despiadada de Betty Chandler, ni las brillantes luces rojas, ni el ejército de trabajadores atónitos de urgencias, ni el agente de policía que le dijo que su hijo estaba muerto. La mano de June, alejándola, fue la primera señal de que todo estaba a punto de cambiar, de que ya había cambiado y de que pronto iba a descubrir cómo. Esos dedos que se movían y aleteaban todavía saltan ante sus ojos como una bandera negra que ondea en el viento, conmemorando todo lo que ha terminado. Pero Lydia nunca la culpó. Las pérdidas de June no sólo eran más grandes que las suyas, si las pérdidas se medían en personas, sino que además June fue la que vio cómo pasaba. Lo que hubiera vivido, lo que hubiese visto, significaba que Lydia ya no era soportable.

Asumió que June culpaba a Luke, como tantos otros. Pero la verdad era que no tenía ni idea. Lo que Lydia sabía era que, además del sufrimiento de perder a Luke,

había una dura y recurrente puñalada de dolor porque echaba de menos a June: era muy extraño echar de menos a otra mujer, una mujer con quien nunca pensó que pudiera relacionarse o apreciar, no digamos querer. Y Lydia la seguía queriendo. Le había devuelto a su hijo. Cuando June conoció a Luke, Lydia llevaba más de ocho años sin hablar con él. Ni una palabra desde aquella tarde en la sección de congelados del supermercado. Un año y luego ocho. Y luego June.

Apareció en la puerta de Lydia. Después de que nadie respondiera a sus llamadas, esperó en el porche delantero. Cuando Lydia volvió a casa esa tarde, vio a una mujer, más o menos de su edad, o más, que tenía el aspecto de todas las mujeres para las que había trabajado. Vaqueros descoloridos, en forma, camiseta de algodón sencilla pero a medida, pelo rubio con mechones plateados recogido en una coleta, destellos de metal caro en las muñecas, el cuello y las orejas. Al principio pensó que sería alguna de las mujeres que venían los fines de semana de la ciudad que quería contratar a una limpiadora. Cuando se presentó como la mujer que Luke tenía en su vida —*Llevamos un año viviendo juntos*, dijo—, Lydia le pidió de inmediato que se fuera. Sabía quién era June Reid. Sabía dónde vivía y de dónde era. Una vez había conducido hasta su vieja casa de piedra en Indian Pond Road, entre los huertos de manzanos y los campos que llevaban a la propiedad de la Iglesia de la Unificación. Estaba rodeada de viejos pinos y falsas acacias, y en invierno parecía una postal de Navidad. Había oído decir a la gente que trabajaba para ella, gente que conocía a June Reid de la ciudad, que salía con un tipo del pueblo, mucho más joven. Y luego Bess Tuck, una de sus empleadoras, que vivía en la ciudad durante la semana, le había preguntado a quemarropa si sabía con quién estaba saliendo su hijo. Cuando Lydia contestó que no lo sabía, Bess le dijo que la mujer era alguien que había cenado *en esta misma casa*, subrayó, como si fuera la coincidencia más espectacular e imposible.

Lydia sabía quién era June Reid, pero no la había visto nunca. Y ahí estaba. Aunque se había preguntado muchas veces cómo estaba Luke y qué hacía y con quién, supo enseguida que no podía soportar que esa mujer le hablase de su hijo. Era como si hubiera ocupado su lugar o hubiera tenido éxito donde ella había fracasado. Aunque el tipo de amor que tenían era totalmente distinto al tipo de amor entre una madre y un hijo, no quería que se lo restregara en la cara alguien cuyos motivos para estar con un hombre tan joven no podían ser buenos. *Váyase*, le dijo mientras intentaba abrir la puerta de su apartamento. *No sé quién es usted y no quiero saberlo. Váyase*.

June volvió unas semanas más tarde y Lydia corrió a meterse en casa. Pero la siguiente vez que acudió, Lydia no se escondió en el apartamento ni le dijo que se fuera. Se quedó en el porche y la dejó hablar. Le da vergüenza recordarlo, pero le halagaba que esa mujer elegante estuviera tan decidida a pasar tiempo con ella. Al cabo de un rato, la invitó a entrar. Se quedó y habló y volvió, y volvió. Al final, Luke vino con ella. Las primeras veces apenas habló, y Lydia, aterrorizada por decir algo equivocado y hacer que se marchara, se quedaba en silencio. Lydia recuerda que June

se burlaba de Luke por los chicos que contrataba —*Pervertidos, pringados y porreros*, canturreaba— y cada vez que lo hacía obtenía una reacción. Él intentaba enfadarse, pero cuando lo hacía, ella le daba un golpecito en la barriga o en el costado, y él, contra su voluntad, se fundía. En esas primeras sesiones, las bromas ligeras de June eran lo único que rompía el silencio, y, por difícil que fuera ver a Luke tan cómodo con una mujer de su edad, Lydia se sentía agradecida. Lentamente, después de algunas visitas, Luke empezó a hablar del trabajo, incluso a hacerle a Lydia preguntas sobre la gente para quien limpiaba. Y una mañana, antes de que Lydia se marchara, se presentó solo. Se sentaron en el peldaño más bajo del porche, en silencio, y vieron a dos adolescentes que rascaban la pintura de la valla de una casa de Lower Main Street. Al final, Lydia se volvió hacia él y le puso cautelosamente la mano en el hombro. Empezó a hablar: *Luke, yo...*, pero él la interrumpió, hablando muy deprisa, como si hubiera ensayando lo que iba a decir. *Está bien... No quiero hablar de eso porque no puedes decir nada que cambie lo que pasó. Y no quiero que lo intentes. Nunca lo entenderé. No quiero. Pero está bien.* Antes de que ella pudiera responder, él la abrazó: deprisa, la primera vez en años, su cuello contra su cara, su olor, su piel, todo de repente muy rápido. Luke se puso de pie y, mientras volvía hacia el camión para marcharse, tropezó torpemente y estuvo a punto de caerse. *Tengo que*, dijo, enderezándose, luego se detuvo un momento, *dejar de beber por la mañana*, su sonrisa destellaba, los ojos brillaban. Fue menos de un año antes de morir. Nada, luego tanto, luego nada.

Después de aquellas primeras semanas tras el accidente, Lydia dejó de coger el teléfono. A veces se iba de casa, caminaba hasta el parque y volvía para evitarlo. Otras veces lo dejaba sonar y sonar. Subía el volumen del televisor para ahogar el sonido o, si alguien llamaba mucho, se metía en la ducha y encendía la radio que colgaba de la alcachofa de la ducha. Al final, el teléfono quedó en silencio.

Cuando llegó la primera llamada de Winton, lo cogió. Fue el día que huyó de las mujeres de la cafetería. Cuando volvió a casa esa noche, se sentó a la mesa de la cocina. El primer brote de ira que había sentido al oír cotillear a las mujeres la asustó y el pánico la condujo a casa. Pero, cuanto más tiempo estaba en la cocina y cuanto más se repetía lo que había oído, más regresaba esa ira, y sentía otra vez la violencia caliente de antes. Algo de esas mujeres —no más indiferentes o crueles que cualquier otro con quien se hubiera encontrado anteriormente, y probablemente menos que muchos—, algo de lo que dijeron y de cómo lo dijeron hacía que quisiera hacerle daño a alguien. Esa ira y las feas fantasías que alimentó la tenían temblando en la cocina a oscuras. Estuvo tanto rato y tan quieta que cuando el teléfono sonó se puso de pie de un salto. Incluso con el volumen más bajo la asustaba, y cruzó rápidamente la cocina para cogerlo. La voz al otro lado era la de un hombre, un hombre más joven. La alivió que no fuera nadie conocido. Parecía británico, pero con un deje o un giro en el acento que no lograba ubicar. Preguntó si era Lydia Morey, y cuando respondió que sí, él dijo: *Señorita Lydia Morey, ha ganado la lotería.* Una bobada, lo

sabía. Obviamente, algún tipo de estafa, pero la pilló con la guardia baja. *No gano nada*, dijo sin pensar, luego añadió que debía de haberse equivocado de persona porque no había jugado en ninguna lotería. Como si hubiera previsto su respuesta, él dijo: *A veces jugamos a la lotería y no lo sabemos; por ejemplo, si está suscrita a una revista o pertenece a la Asociación Automovilística Estadounidense, puede haber participado de forma automática en una lotería.* Ella le dijo que no estaba suscrita a ninguna revista y no era miembro de nada, y entonces él se rio. Una risa larga, grande y cálida. Después, dijo su nombre, despacio. *Señorita. Lydia. Morey.* Dijo su nombre, el mismo que, pronunciado en la cafetería un rato antes, la había hecho huir. Cuando lo dijo, el calor avanzó en oleadas por su pecho. Había dado con un nervio que ni siquiera sabía que tenía, y algo parecido a una sonrisa le arrugó los labios. Antes de que dijera otra palabra, Lydia estampó el teléfono contra su base.

JUNE

No hay lago. Ha avanzado poco a poco por este camino pedregoso durante horas y no ha visto ninguna señal de agua, ni coches ni humanos, ninguna prueba de que haya tomado la salida correcta después de Missoula, o que haya puesto el coche en la dirección correcta cada vez que la casi carretera se bifurcaba. Está sola y perdida y no importa. Nada importa, piensa, no por primera vez. Da vueltas a esa idea a menudo: ninguna decisión que tome tendrá efecto alguno sobre ella u otra persona. Antes le habría entusiasmado la idea de existir sin obligación o consecuencia, pero la experiencia no se parece en nada a lo que había imaginado. Ésta es una media vida, un purgatorio dividido donde su cuerpo y su mente coexisten pero ocupan realidades separadas. Sus ojos miran lo que está por delante —la carretera, un árbol caído—, pero su mente explora el pasado, juzga cada decisión, revive cada fracaso, desentierra lo que pasó por alto, tomó por sentado y aquello a lo que no prestó atención. El presente apenas cuenta. La gente que ve no son los que echan gasolina en el Subaru, quienes la adelantan en la autopista o le dan cambio cuando le venden botellas de agua y cacahuètes en tiendas pequeñas y en gasolineras. En cambio, es Luke, que le suplica en una cocina que ya no existe; Lolly, que grita con toda la fuerza de sus pulmones de catorce años al otro lado de la mesa de un restaurante de Tribeca; Adam, que la mira, conmocionado, con la mano de una chica joven entre las suyas; Lydia caminando hacia ella aquella mañana, antes de saber lo que había pasado, y la confusión y el dolor en su rostro cuando June la alejó con un gesto. Vuelve a esos recuerdos y los repasa una y otra vez, escudriña cada palabra rememorada, vuelve a ver cada error. Cuando agota uno, aparece otro. Siempre aparece otro.

Su mente salta a su amiga de la infancia, Annette. Annette vivía a dos calles de distancia en el mismo barrio de Lake Forest, y pasaban las noches de los sábados una en casa de la otra, jugando con la colección que tenía Annette de caballos de porcelana, escuchando discos de Shaun Cassidy y de los Jackson 5, haciendo listas de los lugares donde vivirían cuando fuesen mayores, qué coche conducirían y qué aspecto tendrían sus maridos. Recuerda que convenció a Annette para que fuera con ella a un campamento en New Hampshire el verano entre quinto y sexto. Annette era tímida, una criatura cautelosa, y era reacia a ir al campamento. Sería la primera vez que estaban fuera de casa sin sus padres y Annette enumeró muchas razones para no ir: los chicos del instituto que hacían de socorristas en la piscina del club, un espectáculo de caballos árabes que iba a Chicago. Pero June siguió hablándole

durante las vacaciones de Navidad, e incluso convenció a su madre para que llamara y describiera a la protectora madre de Annette el lugar al que ella misma había ido de niña. June no se acuerda de por qué era tan importante que fuera con ella, pero recuerda claramente el trío de primas de Beverly Hills que de forma natural y sin ceremonia se colocaron el primer día en la cúspide de la jerarquía social. Tenían nombres glamurosos —Kyle, Blaire y Marin— y las tres tenían el mismo pelo ondulado, hasta los hombros y de color castaño claro.

El segundo día del campamento, las Beverly, como las llamaban, le pidieron a June que se cambiara la litera con una niña rechoncha, de voz arenosa, que se llamaba Beth y era de Filadelfia. Beth y las Beverly estaban a cuatro camas de June y Annette, y Beth, explicaron las primas, no sólo olía a ajo, sino que las miraba cuando se cambiaban. A June le pica la cara cuando recuerda cómo llevó su saco de dormir y su bolsa de viaje a su nueva litera mientras Annette almorzaba con las otras en la sala común. Esa noche, una de las supervisoras se presentó en la cabaña de June con Annette e insistió en hablar con ella. No había creído a Beth cuando le había contado que June le había pedido que cambiaran de litera. June recuerda que la cara de Annette se relajó al entrar en la cabaña. Imagina lo que debió de pasar por su cabeza en ese momento: ahí estaba June, su mejor amiga, la chica con la que había viajado por medio país, que lo sabía todo de ella y que llevaba la pulsera de cuerda que Annette le había hecho para su cumpleaños dos años antes. Ahí estaba June y lo aclararía todo. Recuerda cómo intentó mostrarse natural, fingir que no había ocurrido o cambiado nada importante. Pero, mientras ofrecía torpemente una explicación ensayada donde parecía que era buena idea darse espacio la una a la otra y conocer a nuevas personas, la cara de Annette se heló. Miró a June como si estuviera mirando a una total desconocida. No era ira o dolor lo que mostraba su cara pálida, confundida. Era horror. En ese instante, June se había transformado en alguien que no conocía. June veía cómo Annette negaba con la cabeza como si le hubieran dado una pedrada por la espalda. Puede ver cómo se volvió hacia la puerta de la cabaña y se alejó mientras las Beverly cuchicheaban en sus literas. Annette regresó a casa a la mañana siguiente. Tenían doce años y no volvieron a hablarse. Ese otoño, cuando regresaron al Lake Forest Country Day el primer día de sexto, Annette ni la miró.

June se pregunta qué pasó con la vasta colección de caballos de porcelana de Annette. Prestaba meticulosa atención a cada uno, les limpiaba el polvo y pulía sus pelajes de cristal, cepillaba suavemente sus crines y sus colas. Había docenas, quizá cientos. Annette era hija única y tenía el cuarto de juegos lleno de estanterías blancas repletas de esos caballos. Ella y su madre hacían viajes ex profeso para ver a tratantes de antigüedades en Springfield, Bloomington y Chicago para ampliar su colección. Tenía también un caballo de verdad, uno de carreras castrado de color marrón oscuro al que ella llamaba *Tilly* y que tenía en un establo en Winnetka, pero a June nunca la invitaban después del colegio o las mañanas del fin de semana cuando Annette montaba a caballo. June no recuerda con claridad a su padre, sólo que fumaba en

pipa, siempre llevaba corbata y casi nunca estaba.

Después de octavo, Annette y Tilly fueron al este a un internado con caballos, en Virginia, y June le perdió el rastro. Más de dos décadas más tarde, después de que se divorciara de Adam y de que se trasladara a Londres, June almorzó con una cliente, la esposa estadounidense de un banquero británico, y cuando surgió su infancia en el Lake Forest, la mujer preguntó si recordaba a una chica llamada Annette Porter. Había pertenecido a una hermandad de la Universidad Butler, en Indiana. *Una chica estupenda*, dijo la mujer, y aunque a June le dolió oír el nombre de Annette incluso tantos años después, fue un alivio saber que le habían dado la bienvenida en una hermandad en algún sitio, y que en ese círculo la consideraban estupenda.

A June nunca se le había ocurrido hasta ahora qué le podría haber pasado a la madre de Annette cuando su hija se fue de casa. Imagina que la pobre mujer asumió las tareas de Annette y quitaba el polvo, limpiaba y cepillaba las crines de cada figura. June la ve ahora, todos esos años más tarde, murmurándoles, poniéndolos al día acerca de la pequeña traidora del barrio que venía por casa, la que atrajo a Annette a un campamento, y que al final recibió su merecido.

Haces de luz azul brillan entre los pinos, y durante un momento June lucha por recordar dónde está. Traza un mapa imaginario mientras reduce la velocidad hasta parar. Montana. El Parque Nacional de los Glaciares. Lago Bowman. Apaga el motor y observa cómo el lago aparece entre los espacios de los árboles. Se acuerda de cuando Lolly veía una luz que saltaba al otro lado de la casa de Connecticut y estaba convencida de que era un ovni. No descansaba hasta que habían salido a verlo y por supuesto siempre era una estrella sobre los árboles, más allá de la casa, parpadeando. Aun así insistía en que había visto algo extraordinario.

June sale del coche y busca un sendero. El bosque de pinos es denso, y, aunque es el comienzo de la tarde y principio del verano, bajo las ramas hace fresco. Coge el abrigo del coche y se lo echa sobre los hombros antes de salir de la calzada. Las agujas de los pinos crujen quedas bajo sus zapatillas de deporte y los pájaros pían mientras avanza hacia un claro que da a una estrecha franja de playa rocosa. Desde allí puede ver todo el lago, que es mucho más largo que ancho y gira suavemente a la izquierda en un extremo más alejado. Pinos imposiblemente rectos cubren las colinas bajas que se hinchaban desde la línea del agua, y tras ellas se alzan enormes montañas de piedra. El paisaje le recuerda al norte de Escocia, aunque estas colinas son más jóvenes, decide, menos gastadas.

El sol cae sobre la superficie cortada por el viento del agua y el efecto es cegador. Durante un breve instante no hay otra cosa que luz. Entorna los ojos a causa del reflejo, pero el resto de ella se rinde, quiere ser borrada. Es un olvido fugaz, que se apaga tan rápido como llega. Una nube irrumpe en el cielo y devuelve color y forma a los árboles, las colinas, la playa pedregosa. Espera que el sol brille de nuevo, y pronto lo hace. Siente el calor —inmenso, perfecto— y tiembla mientras retrocede. Se pone en pie y espera que la nada radiante regrese, y cuando lo hace recuerda una ducha en

un motel hace cinco o seis días en Gary, Indiana, con una presión del agua tan poderosa que veía estrellas mientras dejaba que la golpeará en la nuca y el cuello. Se quedó ahí hasta que el agua empezó a salir fría. Piensa en la mañana de hace unos días, en el coche, justo en la frontera de Dakota del Norte, cuando la despertaron el ruido de ociosos buses escolares y gritos. Entumecida tras dormir en el asiento delantero y sólo medio despierta, pestañeó hacia los niños en camiseta y pantalón corto que llevaban mochilas y bolsas del almuerzo. No tenía ni idea de dónde estaba o lo que veía. Miró el pequeño edificio de ladrillo, los autobuses, la bandera de Estados Unidos que colgaba de un mástil blanco. Nada era familiar. Estaba vacía de recuerdos y, en vez de asustada o consternada, se sintió, de forma tenue y sin saber por qué, aliviada. El encantamiento se rompió cuando se fijó en la chaqueta de lino metida entre el asiento del conductor y la puerta. No necesitó nada más que ver esa tela arrugada para que regresara hasta el último recuerdo: eso incluía salir de la interestatal la noche anterior, buscando un motel, y encontrar un sitio tranquilo en el aparcamiento junto al colegio.

Llegan más nubes y la superficie del agua se oscurece. Ahora ve con más claridad la forma larga y rectangular del lago. Es como lo describió Lolly en una postal. *Perfecto*. Ésa fue la palabra que eligió. Había encontrado un lugar perfecto, el primero en su viaje por el país después del primer año en la universidad, quizá el primero de su vida. Llevaba más de un mes fuera cuando llegó la postal, la primera y la última que mandaría a June en ese viaje. Era una de las cuatro misivas que Lolly le había mandado en su vida y la única que June había guardado. La postal estaba en la casa, metida en una de sus agendas, pero June recuerda claramente la imagen del lago, el Kalispell, Montana, el sello de correos, el cierre rígido, las frases entrecortadas, como en un telegrama, metidas entre el borde de la postal y su dirección de Londres.

M., un sitio perfecto. El primero hasta ahora. Estaré en NY a principios de agosto. Hasta pronto,
L.

La foto de la postal mostraba nieve en las cimas de alrededor, pero ahora, bajo el sol de verano, eran roca desnuda. Aparte de eso, el lago está exactamente igual. Nada cambia aquí, piensa June, pero luego recuerda un artículo que leyó por encima hace años sobre el calentamiento global y la desaparición gradual de los glaciares de este parque nacional. Cuando mira el lago y las montañas, se pregunta cuándo desapareció el glaciar que construyó este lugar, cuánto tiempo duró. ¿Todavía quedaba algún rastro cuando Lolly estuvo aquí?

Lolly tenía dieciocho años cuando visitó este lago. Tenía dieciocho años, estaba enfadada y era libre por primera vez. Había vivido con su padre en Nueva York durante los tres últimos años del instituto. Su decisión de vivir con él tras el divorcio nunca se cuestionó o desafió, aunque June se quedó sin respiración cuando Adam, y no Lolly, se lo dijo. Nunca se le ocurrió que Lolly se querría quedar en Nueva York.

Pero cuando June habló con ella al día siguiente, Lolly dejó claro que, del mismo modo que June había tomado la decisión de irse a Londres, su hija había tomado la suya. Pasaron las Navidades juntos en la casa de Connecticut el primer año tras el divorcio, pero todo terminó abruptamente cuando Adam volvió a la ciudad el día de Navidad después de que Lolly abriera los regalos. No había habido una pelea o un estallido dramático, sólo la intranquilidad de Adam y el silencio hostil de Lolly. Rogó a su padre que la llevara de regreso a la ciudad, pero él insistió en que se quedara porque June sólo estaría en Estados Unidos un par de semanas y debían pasar tiempo juntas. Lolly volvió a su cuarto en el piso de arriba, y ella y June convivieron los días siguientes en silencio y en pisos distintos. Lolly se negaba a comer con June y se alimentaba a base de tazones de cereales y tazas y tazas de café que se llevaba al piso de arriba. June se quedó en Londres las Navidades siguientes, y, en los años que Lolly pasó en Vassar, June y Adam decidieron alternar la custodia en Nochebuena y Navidad.

Lolly nunca fue a Londres. En cinco años nunca vio la galería de June abierta. Nunca vio la pequeña antigua cochera donde vivía en Islington. Nunca aceptó las invitaciones de June de ir a Londres y viajar por Europa, o ir a Escocia o Irlanda. Sólo devolvía una de cada siete u ocho llamadas telefónicas, lo justo para evitar una crisis e instigar una discusión seria. Casi nunca escribía correos electrónicos antes de que hubiera mensajes, e incluso entonces los mensajes explicaban su silencio o indicaban que habría más. *Llamaré el fin de semana. Hasta arriba. No puedo ir a NY la semana que viene cuando vayas. Lo siento.* Había muchos *lo siento*.

El sol vuelve, el lago brilla de nuevo. Los pájaros han dejado de cantar y June oye que la voz de Lolly se alza sobre los ruidos del restaurante la noche en que ella y Adam explicaron lo que iba a pasar. June acababa de contar con calma que ella y Adam se iban a divorciar, que seguirían siendo amigos y que iba a abrir una galería en Londres para su jefe. Lolly, explicó June, podía ir con ella o quedarse en Nueva York para terminar el instituto. *¡Mentirosa!*, gritó Lolly desde el otro lado de la mesa en el restaurante de Church Street donde cenaban la mayoría de los domingos por la noche después de volver de Connecticut. El local entero en silencio. *¡Nos has mentido! ¡Nos has mentido! Prometiste que serías una esposa y una madre y ahora no vas a ser ninguna de las dos cosas.* Lolly la fulmina en silencio antes de correr hacia el baño. June puede verla, con la mesa entre las dos, Adam a su lado, mudo, los ojos de Lolly sin lágrimas, escrutando desesperada la cara de su madre en busca de algo familiar, algo que pueda reconocer. June conoce esos ojos. Son los de Annette, los de Luke, los de Lydia. La gente que la última vez que la miró vio a una desconocida.

June nunca discutió con Adam por la custodia. Nunca le contó a Lolly que Adam había sido acusado de acoso sexual en la Universidad de Nueva York, que habían tenido que llegar a un acuerdo que les había costado todos los ahorros y casi la mitad de la herencia que su padre le había dejado cuando tenía veinte años. Lo único que se

quedó June fue la casa de Connecticut, que ella y Adam habían terminado de pagar el año anterior. Fue el inesperado revés financiero, se decía June entonces, que la empujaba a vender cada vez más en la galería, a fichar a artistas más lucrativos y a tener que volar por todo el mundo para las dos cosas. Pero ahora sabe que no podía afrontar lo que estaba pasando en casa, lo que ocurría con Adam. Sabía que había fuego tras el humo de la acusación, aunque quería creerle cuando insistía en que la alumna que había presentado la denuncia era emocionalmente inestable. Lolly era una cría y June decidió creer a Adam. Para que esa creencia se mantuviera, Lolly no podía descubrirlo nunca, y nunca lo hizo. O, si lo hizo, nunca lo comentó. June se pregunta si todos los secretos que se mantenían explicaban por qué, años más tarde, volvió a cubrir a Adam. ¿Se había convertido en parte de su naturaleza? Lolly tampoco sabía nada de la llamada que June recibió de su amiga Peg, que estaba, susurró, viendo cómo Adam le cogía la mano a una chica joven en un restaurante de Long Island City. *Que no te vean*, le dijo June a Peg antes de garabatear la dirección y marcharse de la galería para parar un taxi en la calle Cincuenta y siete.

El restaurante estaba en el piso más alto de un viejo edificio de Jackson Avenue, cerca del MoMA PS1. Al entrar en el ascensor, June intentó imaginar cómo había llegado Adam hasta allí. Debía de pensar que era otro planeta, el terreno de jóvenes hípsteres y músicos. El territorio fronterizo de la gente creativa y de los que no tenían dinero, pero sobre todo era un lugar donde nadie lo conocía y donde nunca lo pillarían. June vio a Adam inmediatamente y se sintió aliviada al comprobar que Peg no había cometido un error. El alivio era, al menos, la ausencia de una duda que había tenido durante años, incluso antes de la denuncia. El alivio era que lo iba a pillar de una manera que no dejaría lugar para una explicación o un doble discurso. Antes de acercarse a la mesa, June vio los meses que le quedaban por delante. Un divorcio cuyos términos dictaría ella misma, y aceptaría la vieja oferta de su jefe, Patrick, para abrir una galería en Londres que no se había permitido tomar en serio hasta entonces. Vio cómo Adam miraba a la chica mientras ella tocaba su PalmPilot con la mano libre, y por primera vez June lo vio en su estado natural. No el que adoptaba para mantener la armonía familiar. Parecía viejo, rodeado de franela, tatuajes y barbas, encorvado sobre esa chica distraída que sólo le llevaba unos años a su hija. Ése era su marido. El hombre al que había amado y con el que había querido construir una vida. El hombre al que todavía amaba, pese a años de ofensas. Esto, admitía, era su libertad. Podía verlo todo mientras caminaba hacia la pequeña mesa, junto a la pared. La chica con esa cara ancha y el pelo negro, los dedos de Adam en el interior de su muñeca, la mesa cubierta de pan de maíz.

Veía el futuro ese día, pero no veía a Lolly. No meditó con cuidado sobre los pasos que debía dar a continuación. No logró resistir el ruego desesperado de Adam para que no le contara el *affaire* y no se dio cuenta de que no contarle la verdad daría forma a todo lo que ocurriera después. Avanzó demasiado rápido hacia esa mesa y se marchó demasiado deprisa después: hacia el tribunal, hacia el acuerdo con Adam, a

Londres. Sabe que si pudiera rehacer sus pasos tras la llamada telefónica de Peg, si pudiera volver a pensar cada decisión posterior, no estaría en la orilla de un lago en medio de ninguna parte. Y todo el mundo estaría vivo.

June se aleja de la orilla y se apoya en el pino más cercano. Junto al tronco, manchas de un musgo denso y gris cubren el suelo como almohadas usadas. Intenta imaginar a Lolly en este lugar, hace cinco años. ¿Estaría aquí mismo? ¿Se detendría nada más ver el agua, como ella, y se abriría paso hasta llegar a este claro? ¿Se tendería sobre el musgo? ¿Miraría el lago y vería a su madre como ella ve ahora a Lolly? ¿Es aquí donde empezó a olvidarla? Y si estuviera viva, ¿podría olvidarla ahora?

June se sienta en el musgo húmedo y se lleva las rodillas al pecho. No hay sitio para ella aquí. Recuerda la mañana de Dakota del Norte, dos días antes de la decisión de buscar este lugar. Lago Bowman. Esas dos palabras volvieron a ella mientras veía lo que debían de ser unos alumnos de la escuela de verano que cruzaban ruidosamente el aparcamiento hacia el colegio. *Lago Bowman, Parque Nacional de los Glaciares, Montana*. Volvió a ver las pequeñas letras mayúsculas en la parte baja de la postal, con la ubicación, y mientras los autobuses escolares cerraban las puertas y se dirigían a la carretera, vio el lago prístino, con una superficie cristalina que reflejaba un cielo sin nubes. Recordó la cuidadosa caligrafía de Lolly al otro lado y, mientras leía una y otra vez las breves frases, comprendió dónde debía estar. Un lugar en el que su hija no había encontrado ninguna imperfección.

REBECCA

Su coche está ahí fuera. Un monovolumen Subaru seminuevo con matrícula de Connecticut. Negro, como todos los coches de por aquí que recuerdo. Imagino que podríamos preguntar por la matrícula si de verdad quisiéramos saber quién es, pero resulta demasiado furtivo, y en cierto modo creo que todas nosotras —Kelly, Cissy y yo— tenemos la sensación de que, aunque apenas habla, nos ha nombrado sus protectoras. No sé de qué o de quién, pero de algo. Así que rastrear su matrícula —no tengo ni idea de cómo se hace— o husmear parece romper el trato que hicimos cuando la dejamos quedarse de forma anónima. Si hubiéramos tenido un problema entonces, podríamos haberle dicho que no, pero decidimos no hacerlo y se queda aquí, sea quien sea.

En Navidad, uno de los hermanos de Kelly bajó desde Seattle con su mujer y sus hijos, abrimos los regalos la mañana del 25 y preparamos una gran cena por la tarde. Kelly dejó una nota bajo la puerta de la habitación 6 invitándola a unirse a nuestra comida de las cuatro de la tarde, pero nunca contestó o vino, aunque tampoco es que esperásemos que lo hiciera. Cissy dejó una lata de sus galletas de Navidad con chocolate y caramelo, además de lo que parecía una hogaza del mismo pan de plátano y arándanos que hizo para nosotros. *Al menos come fruta*, bromeó Kelly, pero por primera vez parecía preocupada de verdad.

Estoy preocupada desde el día en que llegó. Algo en la manera en que se arrastra al caminar, su agotamiento y el límite de cuánto puede relacionarse con los demás, la forma en que sus ojos se abren físicamente pero permanecen cerrados en todos los demás sentidos. Es una mirada que reconocí. *¿Y si ha venido a morir? Entonces, ¿qué?*, le pregunté a Kelly después de Año Nuevo. *Entonces ha venido a morir aquí y no hay nada que podamos o debamos hacer*, contestó con naturalidad, como de costumbre. *Pero, si se muere y se descubre que la aceptamos sin documentación o tarjeta de crédito, ¿no tendremos problemas? ¿No hay alguna ley?* Kelly me miró de esa manera en que suele hacerlo, esa manera que hace que me sienta una niña ridícula que ha pedido quedarse despierta después de la hora de irse a dormir. Me miró del mismo modo cuando comenté por primera vez lo de dejar Seattle y mudarnos aquí. Y siguió mirándome así hasta que al final cambió de idea. Una cosa que tiene Kelly es que, aunque es de ideas fijas —se despierta a las seis y cuarto cada mañana, se mete un café solo y un huevo duro mientras lee el periódico a las siete, pantalones Levi's y camisas de franela L. L. Bean y nada más—, también es valiente. Si tiene una razón

lo bastante buena para cambiar de rumbo, lo hace. En este caso la razón lo bastante buena era yo.

Quería irme de Seattle por mi amiga Penny. Era mi amiga más íntima y la conocía desde que éramos niñas. Nos criamos a cuatro casas de distancia en Worcester, Massachusetts, en grandes familias católicas, y fuimos juntas a la Universidad de Massachusetts después del instituto. Nunca nos enrollamos porque entonces ninguna de las dos podía admitir ante sí misma o ante la otra que éramos lesbianas. Ni en el instituto, ni en la universidad y tampoco más tarde. Recuerda, eran los setenta y principios de los ochenta, y aunque no hace tanto, para los gais es otro milenio. Sobre todo en Worcester, Massachusetts, y especialmente en nuestro barrio, que era católico y hetero al cien por cien, al menos en la superficie. Después de licenciarnos, Penny y yo fuimos a Nueva York. Ella quería trabajar en publicidad, y ninguna de las dos podía afrontar el regreso a Worcester. Yo siempre había querido ir a Boston, pero Penny podía ser avasalladora si quería y tuvo que ser Nueva York. Al principio vivíamos en el Upper East Side, y, en muchos sentidos, y no de los buenos, se parecía a los sitios en los que habíamos estado. Sobre todo familias, parejas hetero y licenciados universitarios que se iban de fiesta y compartían apartamento con otros cuatro. Nos llevó un tiempo pero nos abrimos paso a otros lugares de la ciudad, y al final a otras mujeres como nosotras. Pero, bueno, ¡éramos lentas! O al menos yo lo era. En cuanto llegó, Penny se adaptó al ambiente rápidamente y en unos meses tenía una novia, un trabajo como camarera en el Henrietta Hudson y estaba en un equipo de *softball*. A mí no me gustaban tanto los bares, la bebida y las drogas. Esas chicas eran salvajes. La mayoría, como nosotras, era de otro sitio y toda su vida había sido soledad e ira acumulada. En cuanto llegaban a la ciudad y se encontraban unas a otras, lo soltaban todo y a menudo era un caos. Penny empezó a caer en el caos, y después de que se mudara con su novia, una chica joven llamada Chloe, nos fuimos distanciando. Yo trabajaba en la recepción del hotel Lowell, en la calle Sesenta y tres Este en esa época. Es una joya preciosa de estilo *art déco*, y muchas habitaciones son en realidad apartamentos donde la gente vive todo el año o cuando vienen a la ciudad para comprar, ir a espectáculos o hacer negocios. Me encantaban el orden, las flores frescas, los impecables uniformes, la historia. Parecía que nada malo pudiera ocurrir allí. Me ascendieron dos veces ese mismo año y al cumplir los veintiséis era asistente de dirección. Nunca me había salido nada tan bien, ni la infancia, ni los estudios, ni la familia o el ambiente gay de Nueva York. En todos esos lugares había sido siempre un bicho raro. Pero en el Lowell encajaba. Sabía dónde era útil y dónde no, y así pasaba la mayor parte de mi tiempo allí, en horas de trabajo y fuera de ellas. Entretanto, Penny trabajaba de camarera y se emborrachaba y renunciaba a su sueño de trabajar en publicidad. Había hecho algunas entrevistas y había mandado su currículum por ahí cuando llegamos a Nueva York, pero en cuanto se mudó con Chloe todo eso terminó. A Chloe la habían criado en Brooklyn dos padres hippies, era una lesbiana declarada y orgullosa de serlo desde el instituto. Tenía diecinueve años y

ya había dejado el Barnard College cuando conoció a Penny.

No empecé a entender lo que ocurría hasta que Penny tuvo su primera sobredosis de heroína. Aunque había pasado más de un mes desde la última vez que nos habíamos visto, yo todavía era su contacto para emergencias en el bar, así que después de que faltara dos días seguidos recibí la llamada. Encontré a Chloe, que al principio intentó encubrirlo. Trastabilló con una historia de que Penny estaba en casa porque tenía la gripe, pero sólo me contó la verdad cuando me planté en el Lower East Side y aporreé su puerta. Penny estaba en la planta psiquiátrica de Bellevue, donde la habían mandado después de estabilizarla en urgencias. El hospital no le daría el alta hasta al cabo de unos días. Chloe me contó esa noche, más tarde, que quería que Penny se fuera, que era un desastre y que no la podía manejar. Daba igual que fuera Chloe quien la había metido en la heroína, cogimos sus cosas y las llevamos a mi estudio de Murray Hill. Chloe me entregó una carta para que se la diera, rompiendo, imagino, porque nunca la leí. Lo que escribiera convenció a Penny de que no debía intentar hacerle cambiar de idea.

Penny vivió conmigo el resto del año. Hubo dos sobredosis más, cientos de dólares robados de mi cartera y un intento de suicidio antes de que aceptara por fin ir a una clínica de desintoxicación que encontré cerca de Seattle. Volé con ella y me quedé unos días, pero luego volví a Nueva York a trabajar. Se quedó en la clínica ocho meses y luego estuvo un año y medio en un centro de rehabilitación donde se recuperaban otras mujeres. Para entonces, yo había ido a Seattle una docena de veces. La familia de Penny, como la mía conmigo, no quiso saber nada de ella cuando fue para pasar las Navidades posteriores a nuestro primer año en Nueva York. No es una historia original, salvo que decidimos contárselo a nuestros padres la misma noche. Lo sincronizamos para la hora de la cena, las seis de la tarde en las dos casas. En mi caso, mi padre abandonó la mesa y mi madre lloró en su servilleta. En el suyo, le pidieron que se fuera de casa y sólo volviera cuando, le dijo su padre, hubiera *sentado la cabeza*. Llamó a mi puerta esa noche, durmió en un saco de dormir en el suelo de mi habitación y volvimos juntas a Nueva York a la mañana siguiente a primera hora. Al final mi madre lo aceptó, pero sólo después de que mi padre muriera, e incluso entonces me pidió que no se lo pasara por los morros hablándole de novias. Conocerlas, y por supuesto sólo hubo una, estaba fuera de discusión. Así que murió haciendo las cosas lo mejor que pudo, pero al final apenas nos conocíamos la una a la otra.

Después de esa Navidad, Penny y yo éramos, para cada una, claramente la única persona con la que podíamos contar. Además de mi trabajo en el Lowell y la gente con la que trabajaba allí, Penny era todo mi mundo. Cada fin de semana libre que tenía o en vacaciones iba a Seattle para verla. En uno de esos viajes conocí a Kelly. Era la gerente del Holiday Inn que había cerca del centro donde estaba Penny, y una noche, después de volar desde Nueva York, ella me hizo el registro. Estaba agitada, lo noté, pero profesional. Más tarde me enteré de que estaba en el mostrador de

recepción porque uno de los empleados había dicho que estaba enfermo en el último minuto, y ella se había tenido que perder el partido de baloncesto de su sobrino. Ahí estaba, con su pantalón gris y su americana verde del Holiday Inn, arrugando la nariz como siempre hace cuando está molesta. Recuerdo que la observé mucho tiempo, con la cabeza gacha, la melena roja recogida en una coleta con mechones sueltos que flotaban en torno a su cabeza como hilos de oro, procesando mi tarjeta de crédito y murmurando todo el rato por lo bajo. Al final, levantó la cabeza y por primera vez le vi los ojos: verdes y dorados, brillaban como árboles de Navidad en su cara manchada de pecas. No sé cómo alguien como yo, que nunca había tenido novia, pudo reconocer el amor cuando llegó, pero lo hice. Había salido un poco en Nueva York, pero las mujeres me asustaban. Eran demasiado atrevidas o masculinas o bebían demasiado. Entonces la gente tampoco era tan abierta, así que, si me atraía alguien, la mayoría de las veces no sabía si era lesbiana. Y nunca he sido agresiva, nunca he sido la que toma la iniciativa o da su número. Así que trabajaba a todas horas y en mi tiempo libre hablaba con Penny por teléfono y escuchaba lo que me contaba de las reuniones a las que iba y de las mujeres en desintoxicación con las que vivía. E iba a verla. Eso se prolongó un par de años antes de aquella noche en el Holiday Inn. Vi esos ojos de árbol de Navidad y mi vida cambió.

¿*Tres noches?*?, preguntó mientras miraba mi reserva. No creo que llegara a algo más que un gesto de asentimiento a manera de respuesta. ¿*No estarás libre para tomar una copa o algo de comer una de esas noches?* Así de sencillo. Después de dos palabras y un gesto de asentimiento me pidió salir. Kelly nunca ha sido tímida, y gracias a Dios. Volví a asentir, y la noche siguiente me llevó a un asador junto al puerto, y a la siguiente me hizo una sopa de espárragos y una gran ensalada con pera, nueces y trozos de aguacate. Era la mejor ensalada que yo había comido nunca. Sé que parece una locura, pero la noche siguiente volaba en un avión hacia Nueva York y escribía mi carta de dimisión. Tenía veintiocho años y llevaba mucho tiempo sola. Veía a gente de mi edad del Lowell que encontraba pareja y hacía planes, organizaba cenas y se iba de vacaciones, se prometía. Yo sabía que ya no quería estar sola. Me mudé con Kelly dos meses más tarde y empecé a trabajar en el hotel Westin como gerente de noche. Estaba muy por debajo del Lowell, pero no me importaba. Estaba con Kelly y cerca de Penny, que estaba limpia y vivía en un centro de desintoxicación y trabajaba en la sección de anuncios del periódico local. Durante mucho tiempo fui lo que la mayoría de la gente describiría como feliz. No sentía ese dolor bajo y solitario que había sentido en el vientre toda la vida: cuando crecía en Worcester, en la universidad en Amherst y en Nueva York, sobre todo los fines de semana después de que Penny se hubiera ido. Por primera vez en mi vida, era feliz. No teníamos muchos amigos: Kelly tenía a sus hermanos y sobrinos, y yo tenía a Penny. Fuera de ese círculo había mucha gente que nos caía bien, compañeros de trabajo, vecinos y conocidos, pero solíamos hacernos compañía la una a la otra. Nunca entramos en el ambiente gay: era para jóvenes y nosotras ya no éramos jóvenes. Teníamos nuestra

pequeña tribu y eso era suficiente.

Kelly y Penny se peleaban a veces, como hermanas, y de vez en cuando la cena terminaba de forma abrupta. Penny se ofendía por algo que Kelly había dicho, normalmente político, y se marchaba enfadada. Pero Kelly adoraba a Penny y siempre era la primera en ir a su casa si se reventaba una tubería o si necesitaba ayuda para pintar una habitación. Siempre estaba en nuestra casa con una novia u otra —ninguna duraba—, viendo películas, cocinando, presumiendo de sus victorias en el equipo de *softball*, quejándose del trabajo. No tenía que ir lejos porque su casa estaba a un par de puertas a la derecha en cuanto salías de nuestra calle. Kelly siempre decía que con el viento adecuado podía tirar un *frisbee* desde nuestro porche y darle a la casa de Penny.

Y entonces, sin venir a cuento, dos chicos entraron por la ventana de la casa de Penny y la violaron y la estrangularon. Estaba sola, la chica con la que salía —siempre le gustaron jóvenes— estudiaba en la universidad y aquella noche dormía en la residencia. Fue tarde, a las tres o las cuatro de la mañana, y nadie la oyó gritar. Todavía tengo pesadillas sobre lo que debió de vivir, sobre lo aterrorizada que debía de estar. Durante mucho tiempo fui incapaz de hablar, sólo farfullaba. Kelly tampoco. Coexistimos en un silencio casi total varios meses. Íbamos al trabajo, volvíamos, nos íbamos a la cama después de comer algo. El mundo había cambiado y nosotras con él. La familia de Penny no vino a su funeral. Vino una amiga de Nueva York y también una chica que conocíamos de la universidad, el personal del periódico donde Penny se había convertido en editora asociada, su equipo de *softball*, sus amigas de la desintoxicación. Y nosotras. Yo estaba hecha polvo, así que habló Kelly, y el jefe de Penny también. Y luego todo pasó. No hay palabras lo bastante precisas para describir lo amplio y vacío que es el mundo cuando pierdes a alguien que te importa tanto como Penny me importaba a mí. De repente, todos los esfuerzos parecen inútiles. Logré seguir adelante en el funeral y unos meses después. Pero las mañanas se hicieron más duras con el tiempo, y cada vez me resultaba más difícil salir de la cama. Empecé a llamar al trabajo para decir que estaba enferma y al final dije que me iba a tomar unas vacaciones. Una semana se transformó en tres, y el gerente del hotel llamó y dijo que teníamos que hablar. Por teléfono, sin reunirme con él siquiera, le anuncié que lo dejaba. Dije esas dos breves palabras, colgué y volví a mi almohada. Él llamó a Kelly al trabajo y le contó lo que había pasado antes de que yo pudiera hacerlo. Le dijo que entendía que lo estaba pasando mal y que el hotel estaba dispuesto a darme la baja y ayudarme como pudiera, pero no iba a aceptar mi dimisión. Kelly vino a casa directamente, metió un puñado de jerséis, calcetines y cosas de aseo en una bolsa, me sacó de la cama —con mis pantalones de chándal y mi camiseta— y me llevó hasta la puerta y me subió al asiento del copiloto de su CRX. *Cambio de aires* es todo lo que dijo cuando arrancó, y creo que se lo dijo a ella misma tanto como a mí. Cogió la 101 y fue hacia el sur, por la costa. Cuando llegamos a Astoria, al otro lado de la frontera de Oregón, el sol se ponía sobre el

Pacífico. Pasamos la noche en un pequeño hostel, pero la ciudad era siniestra: abruptas colinas sobre las que se amontonaban de forma inverosímil casas destartalladas, y todo inclinado sobre un muelle fantasmal. Nos fuimos esa mañana y volvimos por la 101 hacia el litoral de Grays Harbor. Al norte de Aberdeen, por la 109, todo es playa. Casas pequeñas, unos cuantos moteles y playa. Y encima el cielo más limpio que yo hubiera visto nunca. Era mayo y aún hacía fresco, pero aparcamos en el arcén y caminamos sobre las dunas hacia el agua. Aunque la arena estaba helada, Kelly me dijo que me quitara los zapatos. Hacía mucho viento, y al caminar nos inclinábamos para poder seguir hacia delante. Era el primer esfuerzo real que hacía en meses: echarme hacia delante, para no dejar que me tirase hacia atrás o hacia abajo. La arena dura y fría bajo mis pies era agradable, y recordé que tenía un cuerpo y que podía sentir. Caminamos por la orilla veinte minutos o así y al final vimos el Moonstone. Desde la playa parecía abandonado, pero cuando nos acercamos vimos unas luces en recepción y a un ama de llaves que arrastraba una aspiradora entre habitaciones. La pintura vieja se desconchaba y estaba en su mayor parte vacío, pero me sorprendió cómo se acucillaba al borde de la playa, bajo el cielo enorme y azul y ante el vasto Pacífico. Ahí estaba: feo e inmóvil, el viento arenoso golpeaba sus canalones oxidados. Pensé en Penny.

Esa noche nos quedamos en la habitación 6, donde ahora está Jane, pero mucho antes de que hubiera un buen colchón. Y luego pasé unas semanas convenciendo a Kelly y vendimos nuestra casa, dejamos el trabajo y liquidamos nuestros planes de pensiones. En ese tiempo volvimos a Moclips dos veces y regateamos con los Hillworth: llevaban años intentando deshacerse del sitio, pero ahora les costaba. Al final, compramos el Moonstone y la casa de los Hillworth al lado y todo el mobiliario rayado y roto de los dos. Kelly y yo habíamos trabajado en hoteles toda nuestra vida adulta y ahora teníamos uno que nos necesitaba tanto como nosotras lo necesitábamos a él. Los hermanos de Kelly pensaban que estábamos locas, pero sabían que cuando nos decidíamos no había manera de volver atrás.

Eso fue hace más de cuatro años y todavía pienso en Penny cada día. Le hablo cuando camino por la playa y le pregunto qué haría sobre una cosa u otra. Le he preguntado por Jane y si debería preocuparme, y en el rumor del océano la oigo decir estate atenta pero déjala tranquila. Cada vez que vuelvo de la playa al hotel, recuerdo la primera vez que lo vi y la cara de Kelly sonriéndome en el viento terrible. Aquella noche dormimos en la cama de esa habitación que está tan cerca del mar. Después de apagar la luz, me acurruqué bajo las mantas y di gracias a Dios. Por Kelly, por esta vida. Y por Penny, que me ayudó a sobrevivir en Worcester, a salir adelante en la universidad y que me convenció de ir a Nueva York. Y en la oscuridad di las gracias directamente a Penny, por ser mi mejor amiga, por aceptar ir a Seattle para desintoxicarse, por dejar las drogas, y por quedarse el tiempo suficiente como para que yo me alojase esa noche en el Holiday Inn. Me estremecí al imaginar todos los resultados posibles si cualquier cosa hubiera ocurrido de otro modo en el camino. Si

mis padres nos hubieran llevado a otro barrio de Worcester cuando yo era niña. Si Penny nunca hubiera conocido a Chloe y nunca hubiese probado la heroína. Si yo hubiera elegido el Econo Lodge o el Days Inn aquella noche en Seattle. Si me hubiera ido de Nueva York un día antes, o después. Si el empleado de Kelly no hubiera estado enfermo. Si la novia de Penny hubiera dormido en su casa en vez de en la residencia la noche en que aparecieron esos chicos. Si Penny hubiera cerrado las ventanas. Me apreté contra Kelly y me abracé a su espalda todo lo que pude. Recuerdo la finísima camiseta que llevaba, de color amarillo pálido, apoyar mi cara contra ella y sentir su piel tibia al otro lado. Y recuerdo pensar: así es como te sientes cuando estás en casa. Aquí. En el espacio alrededor y entre nosotras. Esta tela, esta piel, este olor, esta mujer.

Durante la mayor parte de la noche estuve despierta, preguntándome por todo, el patrón que parecía emerger cuando exponía cada coincidencia y encuentro casual, asombrada por todos los posibles signos y significados posibles; pero cualquier rastro de un diseño se desintegraba cuando recordaba el caos y la brutalidad del mundo, el genocidio y los desastres naturales, el dolor. Nunca me había sentido tan pequeña, tan humillada, por la vastedad del universo y la fragilidad de la vida. Estudié el techo manchado de agua de la habitación e imaginé las cosas que habría visto, la gente. ¿Quién más habría estado allí, acurrucado contra alguien a quien amaba como si fuera lo único que importaba en el mundo? ¿Quién más había rezado por que no llegase nunca la mañana? Rezar por no tener que dejar nunca esa cama y salir de allí.

Aquella noche la luna brillaba a través de las cortinas de la ventana cerrada, su luz de cuento bailaba y trazaba un sendero hasta el horizonte, hacia el otro lado del mundo. Dos puertas de coche se cerraron en el aparcamiento: una y un momento después la otra. Presté atención para oír pasos o el giro de llaves en cerrojos, pero no oí nada más que el oleaje del exterior. Desde la cama, veía las estrellas. Al principio, sólo las grandes: brillantes y gordas y solas, saltando con urgencia; y luego las demás: diminutas y fieras, un millón de granos de arena derramándose por el cielo nocturno, brillando como la costa del cielo. El cuerpo dormido de Kelly subía y bajaba con cada respiración. Me acerqué, la abracé con más fuerza. Apreté la nariz contra su espalda y a través del algodón delgado olí el jabón del motel en su piel. Las olas golpeaban y explotaban en la playa, una tras otra, una y otra vez. Estaba en casa.

GEORGE

Mi hijo Robert se ha casado este año. Él y su mujer, Joy, me llamaron desde Big Sur, California, en su luna de miel, para decirme que habían celebrado la ceremonia en el ayuntamiento de Oakland. ¿Me habría gustado estar allí? Por supuesto. Pero así es como quisieron hacerlo y es asunto suyo. Me alegró la llamada de teléfono. Joy es una mujer fuerte y creo que los dos encajarán bien. No son lo que llamarías una pareja cariñosa o terriblemente expresiva, o al menos por lo que he notado las pocas veces que los he visto juntos. Pero, teniendo en cuenta lo que Robert ha tenido que pasar, encajar es más que adecuado. Los dos son periodistas, están ocupados, son negros, son serios, y ninguno de los dos quiere tener hijos. Robert escribe sobre abusos de los derechos humanos en las prisiones del gobierno y Joy está obsesionada con el impacto de los oleoductos en las tierras indígenas. Pasa mucho tiempo en Canadá. Cuando hablan de su trabajo, los dos tienden a gritar, así que cuando hablamos por teléfono o nos vemos, lo que no sucede a menudo, intento llevar la conversación a asuntos neutros como el clima y las mascotas. Quiero a Robert y sé que él me quiere, pero desde que murió su madre hace más de diez años ha estado lejos de Atlanta, de sus hermanas y de mí. Por ejemplo, sus hermanas no conocen a Joy y ya llevan más de cuatro años juntos. No le dan más importancia. Para ellas, Robert siempre ha sido menos un hermano que un primo o un tío joven que viene de visita de vez en cuando. Internado en Connecticut, cinco meses en hospitales, dos años de rehabilitación y terapia en Minnesota, y luego la universidad en Portland lo han mantenido a distancia, a veces hasta en Navidad. Sabían mucho de él —con frecuencia era el tema de conversación durante las cenas en casa—, pero no creo que tuvieran nunca la oportunidad de conocerlo.

Robert fue un bebé inquieto. Se enfadaba fácilmente, lloraba enseguida. Después de la guardería se calmó y se volvió tranquilo. Listo como un demonio, se saltó cuarto, pero nunca parecía cómodo en su piel. No hacía amigos fácilmente. Tenía un amigo del vecindario, Tim, un chico rechoncho y pelirrojo con el que jugaba a Dragones y Mazmorras y para el que escribía historias de aventuras, que Tim ilustraba con enmarañadas imágenes de soldados de cuatro brazos cargados de espadas y hadas sin ojos. A Robert nunca le gustó compartir con nosotros los pequeños libros que hacían. Kay y yo les echábamos un vistazo cuando Robert estaba en la bañera, para ver qué pasaba. La mayor parte de los cuentos y las imágenes eran pura fantasía. De vez en cuando veías algo perturbador que sugería lo que nuestro

antiguo terapeuta familiar llamaría «ira desplazada». Pienso ahora en los monos gemelos a los que les arrancaba la cabeza un grifo con un pico gigante en pleno vuelo. Si el simbolismo visual no era lo bastante obvio, el relato de Robert describía la muerte de los dos monos gemelos como algo necesario para la supervivencia de la raza humana. De lo contrario se comerían todo el Tiempo, y, si no los mataba, el mundo se quedaría sin horas. Impresionante por un lado para un chico de diez años, pero especialmente perturbador, ya que su habitación estaba al otro lado del pasillo del cuarto de sus hermanas gemelas, que desde su nacimiento prematuro necesitaron mucha terapia de desarrollo y motricidad y que, bueno, comían mucho tiempo. No obstante, aunque estábamos inquietos por esa historia en concreto, no recuerdo hablar con Robert de ella, en esa época al menos; o que comentáramos los libros que hacía con Tim. Estoy seguro de que deberíamos haberlo hecho, al igual que estoy seguro de que deberíamos haber hecho muchas otras cosas de otro modo. Pero creo que estábamos agradecidos de que tuviera a Tim como amigo, por inquietante y arrogante que fuera. Juntos, tenían un aire furtivo, y pasaban horas en sus cuartos garabateando y hablando en un código que Kay y yo nunca logramos descifrar. Quizá todo ese aire furtivo y ese escapismo eran señales de lo que ocurriría más tarde con Robert, pero como padre no tienes ni idea de lo que significa nada. De algún modo, todo lo que tus hijos dicen y hacen está en código. Estoy seguro de que algunos padres son expertos en la decodificación, pero con Robert no sabíamos por dónde empezar. Además, teníamos muchas otras cosas en las que centrarnos en ese momento. Las chicas necesitaban atención y, cuando tenían tres años, a Kay le diagnosticaron un cáncer de mama en fase tres. Robert tenía diez años y a menudo debía arreglárselas solo. Entre las chicas y las citas para la quimioterapia e intentar mantener a flote el negocio inmobiliario que yo llevaba con mi hermano no había mucho tiempo para jugar al baloncesto o repasar los deberes. Lo gracioso es que Robert era la única persona, la única área de nuestra vida, por la que no nos preocupábamos. Era tan ordenado y brillante, tan contenido y tranquilo, que asumí que no me necesitaba tanto como todos los demás. Por supuesto, tenía un lado inquietante, pero nunca se metió en líos. Yo estaba apagando muchos fuegos entonces, y como con él no había humo, llamas ni alarmas no prestaba mucha atención. Nada que no estuviera ardiendo se llevaba mucho de mi tiempo, algo que él tuvo que comprender desde muy joven. En general, yo no me preocupaba mucho por él. Que se duchase y se lavara los dientes por la mañana, se vistiera y se preparara un tazón de cereales. Uno pensaría que debía estar agradecido por tener un hijo autosuficiente. Creo que en general así era. Pero algunas veces me volvía loco. Recuerdo que una mañana estaba colocando a las niñas en sus asientos del coche y Kay estaba sentada de copiloto, sollozando por la migraña que le producía la quimioterapia. Las niñas jugueteaban y gimoteaban y era imposible atarles los cinturones de seguridad. Llegábamos tarde al colegio, a la cita con el médico de Kay, y en esa época mi hermano amenazaba con vender su mitad del negocio si yo no *me metía en el partido*, según sus palabras. En medio de todo esto

estaba Robert, sentado con las piernas cruzadas en el escalón delantero de la casa, garabateando en su cuaderno blanco y negro, escribiendo uno de esos cuentos locos con tortugas que echaban fuego por la boca y brujas polvorientas, totalmente indiferente a lo que ocurría. Me acuerdo de que lo miré y me sentí furioso por que estuviera exento de responsabilidad, intacto por la lucha. Esto, por supuesto, es lo que se supone que quieres para tus hijos, pero en ese momento me pareció injusto. Quería pegarle, sacudirlo, agitar su calma e infligirle algo de lo que yo estaba experimentando. Suena disparatado, pero una parte de mí sentía que si me acercaba a él en ese momento podía matarlo. Así de enfadado estaba. No podía soportar que nada pareciera afectarle, y no podía estar más equivocado.

Enviamos a Robert al internado cuanto cumplió quince años, que fue cuando regresó el cáncer de Kay, esta vez extendido a los ganglios linfáticos. Era fase cuatro y estábamos aterrorizados. Las chicas tenían ocho años y pensamos que si Robert podía centrarse en el instituto lejos del caos sería mejor para él. Tenía pocos amigos y Tim se había ido al Harkness un año antes. Robert quería ir, pero en esa época no nos tomamos la idea en serio. Era caro y estaba en las colinas de Connecticut, donde ninguno de nosotros había estado nunca. Pero un año más tarde nos sentíamos sitiados. Nos decíamos que era lo que él quería, y en algún sentido creo que confiábamos en su instinto acerca de cómo había que criarlo más que en el nuestro, así que dijimos que sí. Lo que no sabíamos es que para entonces Tim se había convertido en un pequeño príncipe de la droga en el Harkness. No culpo a Tim, aunque durante mucho tiempo lo hice. Más tarde descubrí que los adictos nacen, no se hacen, y que si no hubieran sido la coca y la heroína en el Harkness, habría sido el alcohol y las pastillas en Atlanta. Quién sabe. Lo que ahora sé es que cuando recibí la llamada telefónica del director del Harkness, diciéndome que Robert había tenido una sobredosis y estaba en coma en el hospital, pensé que era una broma. No había visto a mi hijo fumar un cigarrillo o dar un sorbo a una cerveza. Era un estudiante de matrícula y tocaba la trompeta en la orquesta del colegio. Era casero y casi nunca salía. El director me contó las anteriores veinticuatro horas: una excursión de la que Tim, Robert y otro alumno no volvieron, un equipo de búsqueda, una mujer que llamó a la policía porque oyó voces en su establo y el hallazgo de Robert inconsciente cuando llegaron y los otros dos chicos huyendo por el campo de atrás. *Tiene que venir inmediatamente*, dijo el director, y eso hice.

Después de aterrizar en Hartford, registrarme en el motel de Wells y visitar a Robert en el hospital, vi claramente que la situación podía cambiar en cualquier momento. Mi hermana y mi madre se mudaron con Kay y las chicas y acordamos que yo debía quedarme hasta que, con suerte, se pudiera trasladar a Robert, a casa o a algún centro de desintoxicación. Yo estaba desquiciado. Recuerdo ese extraño motel —con nombre de chica, el Betsy—, con cuadros en las paredes y jabón naranja Dial en la ducha y en el lavamanos. No los pequeños jabones de los moteles, sino los grandes y gordos que compras en el supermercado. Había algo improvisado en el

sitio; definitivamente, no era el hotel de una cadena. Era limpio y tranquilo, y pasé dos semanas regresando por la noche del hospital y preguntándome cómo demonios había terminado en esa habitación con flores en la cabecera de la cama y mi hijo en coma al otro lado de aquel pueblo blanco de Connecticut sacado de un cuadro de Norman Rockwell. No vi el motel a la luz del día hasta que Robert salió del coma y lo llevaron de la UCI a la Unidad de Desintoxicación.

Fue entonces cuando conocí a Lydia.

DALE

Siempre hay uno que se va. Eso es lo que dijo Mimi la primera vez cuando Will dijo en su penúltimo año de instituto que quería ir a la universidad en la Costa Este. Su hermana fue a Reed, que parecía estar en la otra punta del mundo, y su hermano a la Universidad de Puget Sound, en Tacoma. A ambos sitios se podía ir en coche desde Moclips, donde vivíamos y criábamos a nuestra familia: uno al norte, otro al sur. Fue egoísta por nuestra parte, pero esperábamos que Will hiciera lo mismo. No me entiendas mal: queríamos que fueran donde quisieran, pero nuestros hijos son nuestra vida desde hace dos décadas —hemos sido un equipo— y cambiar es duro. Mimi y yo somos hijos únicos y nuestros padres murieron jóvenes, así que nuestros hijos lo son todo. Quizá sólo es que tuvimos suerte. Nuestros hijos siempre fueron estupendos, incluso de adolescentes eran mejor compañía que la mayoría de los adultos que conocemos. Quizá parece poco sano, o codependiente, pero es cierto. La hermana de Will, Pru, empezó a interesarse por la jardinería a los nueve años y nos convenció de que quitásemos durante el invierno las semillas de verduras y hierbas para plantarlas en primavera. Organizó un sistema de abono que Mimi y yo todavía seguimos al pie de la letra. Cuando Pru se marchó a la universidad, cada uno de nosotros podía haber ido a una granja orgánica en cualquier sitio y habría encontrado trabajo. Y Mike, el hermano mayor de Will, nos ha puesto al día en todo tipo de música desde que estaba en tercero. Por Mike empezamos a escuchar a cantautores *indie* como Ray LaMontagne y Cat Power. Por Mike escuchamos por primera vez a Moby, y luego a Phoenix y Daft Punk. También nos enseñó música de nuestra generación, que en buena parte nos habíamos perdido: Sex Pistols, Kate Bush, Joy Division, Blondie. Últimamente se ha centrado en bandas de metal de los ochenta como AC/DC y Def Leppard, y ahí es donde nos separamos. Y Will estaba más atento a la actualidad política y social que ninguno de nosotros. Desde pequeño estuvo comprometido con el medio ambiente y los sin techo. Más tarde, se obsesionó con Rachel Corrie, la activista de Olympia a la que un *bulldozer* del ejército israelí mató cuando protestaba contra la demolición de casas palestinas. Siguió cada detalle de la historia: después de su asesinato, la censura en Nueva York de la obra basada en sus textos, las trabas del Congreso de Estados Unidos para obstaculizar la investigación de su muerte. Will tenía catorce años y escribía cartas a nuestro congresista, mensajes de apoyo a la familia Corrie, insistía a la familia entera para que asistiéramos a concentraciones y homenajes. Era un chico comprometido. Iba a

manifestaciones, a sentadas, cantaba, organizaba. Y nosotros nos uníamos. Ni Mimi ni yo habíamos sido muy políticos, pero Will daba vida a esos asuntos, y su sentido de urgencia, injusticia y responsabilidad era contagioso. Su hermano y su hermana se burlaban un poco, pero antes de que se fueran a la universidad, e incluso después, se apuntaban a casi todo lo que él les pedía. Hasta los arrestaron junto a Will cuando se encadenaron en un albergue para los sin techo de Olympia que se iba a demoler por recortes en el presupuesto y un proyecto de construcción en la zona. Mimi y yo recibimos la llamada de Mike y lo dejamos todo inmediatamente para pagar la fianza. No estábamos enfadados ni decepcionados. Al contrario. Que los tres se encadenaran para defender algo en lo que creían era para nosotros una prueba de que, como padres, habíamos hecho algo bien.

Así que cuando Will nos dijo que quería ir al Amherst College, nos quedamos sin palabras. Encerrada en las colinas de Massachusetts, para nosotros esa universidad podía haber estado en Marte. Aun así, Will nos lo dijo con dulzura, y los tres lloramos y decidimos llamar juntos a su hermana y a su hermano para darles la noticia. Fue el último año que vivimos en la casa de Moclips. Cuando Will se fue, la vendimos a una pareja que daba clase en la universidad, en Aberdeen. Se acababan de casar y querían formar una familia, y qué mejor opción podíamos haber encontrado. Como profesores, de primaria en nuestro caso y no de universidad, pensamos que era un buen presagio. Se la habíamos comprado a una viuda; no había tenido hijos con su marido pero, por lo que supimos a lo largo de los años, habían sido una pareja unida, buena gente. La veíamos muy a menudo, caminando por la carretera entre Moonstone, donde trabajaba, y la casa de su hermana, pero Cissy era poco dada a la conversación superficial. La primera vez que la vimos pensamos que era más bien arisca. Imaginábamos que quizá le guardaba rencor a la joven familia que había irrumpido en su casa y se había apoderado de ella, pero cuando la conocimos empezamos a entender que era su forma de ser. No tenía mucho que decir. Cuando nos mudamos, todavía se pasaba, cambiaba los fusibles si saltaban los plomos, desatascaba el retrete cuando no tragaba, incluso traía leña que le sobraba de su casa a nuestro porche en invierno. La única vez que intenté pagarle por limpiar los desagües me dio la espalda y se alejó.

De niño, Will estaba fascinado con Cissy. Es comprensible: medía más de uno ochenta y tenía una trenza larga y negra con mechones plateados del tamaño de una anaconda. Para un crío era una giganta. El verano en que nos mudamos, Will se ofreció a limpiar las habitaciones del Moonstone, y ella aceptó. Will nos había pedido permiso y esperábamos que ella dijera que no, pero cuando volvió del otro lado de la carretera y dijo que regresaría en unas horas, no podíamos romper nuestra palabra.

Le pagaba un dólar al día. Tenía diez años, y fregaba retretes, hacía camas y sacaba la basura. Por supuesto, pronto empezó a darnos lecciones de limpieza. Entre otras cosas nos enseñó el secreto de las esquinas de hospital al hacer la cama, y a doblar y colgar bien las toallas. Le preguntamos de qué hablaban él y Cissy. *De nada,*

decía. *Cissy no habla*. Es curioso que un chico inquieto como Will nunca se impacientara con ese silencio. Era precoz, un chaval hablador, lleno de preguntas y opiniones. Para ser sincero, me resulta imposible imaginar a los dos en las habitaciones del Moonstone: él vaciando papeleras y poniendo nuevos rollos de papel higiénico y Cissy fregando las bañeras y pasando la aspiradora. Pero hacían una buena pareja y la cosa duró de forma intermitente hasta el verano en que Will cumplió trece años y empezó a interesarse por los quinault, la tribu nativa americana que tenía una reserva grande y activa en la playa. Después de ese verano, empleó la mayor parte de su tiempo integrándose de todas las maneras posibles en la reserva. Hacía todo lo que le pedían. Raspó y pintó garajes, cobertizos de canoas, casas. Un tipo llamado Joe Chenois, uno de los notables de la tribu, se encariñó con Will y le dijo que, por cada semana que trabajase en la reserva, él dedicaría una hora a enseñarle a tallar una canoa. Joe fue el responsable de que Will se interesara por el derecho. En los ochenta, Joe encabezó la lucha para reclamar miles de acres de tierra quinault. No era abogado, sino un organizador y un activista, un líder, y se volvió un experto en las leyes de los nativos americanos y en la Constitución y su relación con la soberanía tribal. Joe era el héroe de Will, y cuando murió de cáncer de pulmón en el otoño del primer año de Will en la universidad, éste cogió un avión a Seattle y condujo por la costa hasta llegar al funeral. Ya habíamos vendido la casa y fue la primera vez que Will se quedó en el Moonstone como huésped. La playa de Moonstone, Moclips y la historia de la zona siempre fueron más importantes para Will que para los demás. Leía libros sobre las masacres y los robos de tierras que había perpetuado el gobierno y nos contaba las historias con lágrimas en los ojos. En la reserva lo llamaban Pequeño Cedro, el nombre que le dio Joe el año que Will talló su primera y única canoa.

Lolly Reid no era el tipo de chica de la que esperábamos que Will se enamorase. Siempre pensábamos que se juntaría con el tipo de chicas con las que salía en el instituto. Chicas deportistas interesadas por la política. Chicas serias que a menudo eran guapas pero no refinadas. Por desorganizada y atolondrada que Lolly fuera, era refinada. Más hermosa que guapa. Tenía el pelo largo y rubio y era estilosa a la manera de Nueva York. Leía libros, pero no sobre masacres indias o fracturación hidráulica en las montañas de Catskill. Leía novelas, libros modernos sobre familias, secretos y amor. Hablaba francés e italiano y sabía mucho de arte contemporáneo por su madre, que dirigía galerías en Nueva York y Londres. Después de la universidad, Lolly trabajó en el departamento fotográfico de una revista de moda de Nueva York. Era sofisticada culturalmente pero no políticamente, el tipo de chica que, pensábamos, resultaba invisible para Will. Se conocieron en un programa de estudios en el extranjero, en México, patrocinado por Vassar, el semestre de primavera de su penúltimo año en la universidad. Will fue a México porque le fascinaba la administración gubernamental de la cultura tribal maya, y también quería perfeccionar su español para ser un abogado de oficio bilingüe. Lolly, por otro lado,

decidió en el último minuto seguir a su novio de entonces, pero rompió con él unos días después de llegar, tras conocer a nuestro hijo. Nos lo contó la noche que la conocimos, en un pequeño restaurante al que a ella y a Will les gustaba ir, cerca de su campus en Ciudad de México.

¿Quién sabe lo que atrae a la gente entre sí? Lolly no nos parecía formada. Era joven. Era pintoresca y parlanchina, llena de historias, pero tenía pocas preguntas. Te atraía pero, en cuanto estabas con ella, notabas que podía desaparecer sin previo aviso. Tenía la costumbre de contar dos historias a la vez, y miraba detrás de ti cuando hablaba. Parecía alguien que cubría sus bases, que tenía varias pelotas en el aire al mismo tiempo, de manera que siempre sabía que al final tendría por lo menos una en la mano. Era lista, pero no era atenta. Era, nos dimos cuenta inmediatamente, alguien que podía hacer daño a nuestro hijo. Con Lolly se mostraba paternal, paciente, fascinado. Lo vimos recoger migas de torta de maíz que se habían caído delante de ella durante la comida. No lo hizo una sino tres veces, y mientras tanto ella seguía hablando, animaba lo que decía con ojos expresivos, tonos apasionados y gestos enérgicos con las manos, mientras desparramaba migas distraída y daba mordiscos a la comida entre palabras. Cinco meses después de esa cena, desde el Moonstone en Moclips, Will llamó para decirnos que le había propuesto matrimonio.

Lolly era la nueva Cissy, la nueva Joe Chenois, la nueva causa, la nueva Amherst. Era algún sitio en el que Mimi y Pru y Mike y yo no habíamos estado y no podíamos ir. Will siempre había tenido esa facilidad con las fronteras, aunque estuvieran en nuestro jardín trasero. Pero casarse con Lolly parecía distinto, arriesgado y definitivo al mismo tiempo.

Los dos debían terminar el último año y me avergüenza decir que Mimi y yo esperábamos que la distancia entre Amherst y Vassar fuera suficiente como para hacer que su compromiso pareciera una locura de verano. Es cierto que nunca llegamos a conocerla bien. Pru pasó una semana con ella antes de la boda. Le preguntó a Will si estaba de acuerdo. Sólo había visto a Lolly dos veces y dijo que quería estar con ellos, ayudarlos como pudiera. Pru nos llamaba todos los días antes de que voláramos al este para la boda. Dijo que empezaba a entender la conexión de Will con Lolly. Metimos a Mike dos veces en esas llamadas. Era como si hubiéramos enviado un explorador al nuevo mundo y nos aferrásemos a cada nueva palabra que utilizara para describir lo que veía y oía y cómo se sentía. Describió la vieja granja de piedra en la que vivían June y su novio, los campos abiertos de detrás de la casa y los acres de senderos en los terrenos de la Iglesia de la Unificación, que lindaban con la propiedad. Describió a todo el mundo: el novio de June, Luke, que era mucho más joven y, dijo ella, guapo. Su madre, Lydia, que era reservada, un poco distante pero no arrogante, más bien como un animal herido. Y June, que le recordaba a Will: fuerte, competente, organizada, pero como Will un poco indefensa junto a Lolly, deferente, admirada.

Recuerdo la última llamada que hizo Pru desde esa casa. Fue la noche antes de

que fuéramos al este. Se reuniría con nosotros en el motel Betsy cuando llegásemos. El padre de Lolly llegaba por la mañana, nos dijo, y había habido un problema sobre el lugar donde se quedaba. Lolly había insistido en que durmiera con ellos en la casa, y June, esa tarde, le pidió que lo reconsiderase. Eso llevó a una fuerte pelea y por supuesto Lolly ganó. Pero antes de que terminara, cuando la cosa se calentó, Pru fue a dar un paseo para aclararse las ideas y alejarse un poco de la tensión. Dijo que más tarde, de camino a la casa, encontró a June sentada en un árbol caído en el bosque, abrazándose a sí misma y meciéndose suavemente. Pru no quería asustarla pero era demasiado tarde para ir hacia otro lado. Cuando June la vio, la saludó con la mano y se secó las lágrimas de la cara. Pru le preguntó si estaba bien, y June respondió con una pregunta que a Pru le pareció más un comentario sobre las discusiones de June con Lolly: *¿Has tenido familia alguna vez?* Pru dijo que parecía totalmente agotada, desesperada. Le preguntó si quería volver con ella a casa, pero la rechazó educadamente, dijo que necesitaba estar sola un rato más.

Pru nos dijo esa noche que nunca se había sentido tan agradecida. Que su respuesta a la pregunta de June había sido sí, pero no por conmiseración o una explicación del cansancio, como parecía ser para June, sino como reconocimiento de su enorme suerte y una oración de agradecimiento. Con Mike al teléfono desde Tacoma, y Mimi y yo amontonados sobre su iPhone, con el altavoz puesto en la cocina, Pru nos susurró: *Gracias*.

KELLY

Es un alivio encontrar por fin el lugar donde tienes que estar. Siempre pensé que era Seattle. Nací allí. Crecí allí. Conocí a Rebecca y viví allí con ella más de quince años. Nunca me pregunté dónde debía estar, pero de vez en cuando sentía curiosidad. O quizá sólo estaba impaciente por algo nuevo. Recuerdo que leí algo sobre Provincetown, Massachusetts, más o menos el mismo año que conocí a Rebecca. Nunca fui, pero parecía un buen sitio para vivir. Hasta hice unas llamadas preguntando por trabajos en hoteles, pero excepto en la temporada de verano no hay mucha cosa en el sector. Me sentía bien en el Holiday Inn, y entonces me parecía inimaginable irme de Seattle para un trabajo que no fuera con ellos. Lo más cerca que tenían en el cabo estaba a casi una hora de Provincetown, más cerca de Boston, que no era un sitio que me interesara. Siempre me pareció un Seattle de la Costa Este pero con más universidades. Hay montones de irlandeses en ambos lugares, que es lo que soy y de donde vengo.

Poca gente es de este lugar. Moclips tiene menos de doscientos habitantes permanentes, y de un modo u otro la familia de Cissy tiene parentesco con la mayoría. No es que Cissy nos haya dicho nunca nada de ellos, o de sí misma. Lo que sabemos de ella lo hemos compuesto a partir de cosas que han contado sus hermanas, que se cerraron en banda rápidamente, o gente de Aberdeen, que no es exactamente lo que dirías parlanchina, sobre todo acerca de una de los suyos y con una pareja de bolleras de la ciudad que —da igual el tiempo que estemos aquí— siempre seremos de fuera. Cissy es un misterio o lo contrario. Todo sombra o todo luz. En todo caso, deja que sepamos lo que quiere que se sepa, y el resto no es asunto nuestro. Va a su aire, nosotras al nuestro y coexistimos como empleada y empleadoras.

Aun así, de vez en cuando te sorprende. Como hace unos meses, cuando un equipo de la televisión por cable se puso a grabar justo debajo del Moonstone. Era una producción bastante grande. Pasaron los cables de los generadores por nuestro aparcamiento hasta la playa y aparcaron un camión de comida junto a la carretera para dar de comer a los actores y al equipo. Durante días filmaron a buceadores que entraban y salían de las olas y grabaron a actrices vestidas de sirenas que abanicaban sus colas de goma en el mar. Había cinco chicas, todas jóvenes. Diecimuchos, veintipocos, todas temblando en albornoces entre tomas, fumando sin parar. Una de las noches se montó un lío en la habitación 5. Los tipos del equipo y las actrices estaban de juerga, y no sólo nos llamaron los clientes de una de las dos habitaciones

que no ocupaba la gente del programa de televisión, sino también los Sweeney, la pareja de jubilados que vive en la puerta de al lado, que nunca se queja. Eran poco más de las diez cuando llamaron. Rebecca y yo estábamos viendo un episodio de una serie británica en DVD, así que le di a la pausa, me puse las botas y el abrigo, cogí mi linterna y fui al lugar de donde venía el ruido. Noté el olor a marihuana mucho antes de llegar a la puerta y oí la música reggae muy alta, interrumpida por estallidos ocasionales de risa chillona. Cuando me acerqué a la puerta, vi que la de la habitación 6 estaba abierta. Esperé que apareciese Jane, pero era Cissy, con su chaqueta Carhartt de lona abotonada hasta arriba y su larga trenza plateada metida por dentro. Alguien que no la conociera podría haber visto a un hombre alto de aspecto severo que salía por la puerta de la habitación de un hotel y entraba rápidamente en la puerta de otra. Cissy no se molestó en llamar, sino que sacó su llave maestra y abrió directamente. La oí gritar ¡FUERA! una sola vez. La música se apagó de inmediato. Retrocedí a un lateral del edificio para observar. No sé por qué, pero no quería que Cissy me viera. Una a una las chicas empezaron a salir entre tropezones, algunas solas, otras con miembros del equipo. Al final, todo el mundo estaba en su habitación. En cuanto Cissy quedó satisfecha, recorrió el camino hasta la recepción y giró a la izquierda por Pacific Avenue hacia la casa de su hermana. ¿Había llamado Jane a Cissy? ¿O Cissy estaba en la habitación de Jane cuando empezó el lío? Me quedé entre las sombras del edificio del motel preguntándome si debería ir a ver a Jane o llamar a Cissy. Ninguna de las dos cosas parecía oportuna, de modo que fui hacia la playa y observé durante un rato cómo rompían las olas. Esa noche no había luna, la única luz venía del motel, las pocas casas que hay junto a la playa, y más allá, donde la 109 pasa junto a la arena, el parpadeo tenue e infrecuente de las luces de los coches. Intenté imaginar cómo habría sido doscientos años antes, cuando sólo la tribu quinault caminaba por la playa. Pam, la hermana de Cissy, nos contó que esa tierra era donde la tribu llevaba a sus hijas adolescentes para que estuvieran seguras después de que hubieran llegado a la pubertad y antes de que se casaran. ¿Quién las vigilaba?, me pregunté. Seguro que hombres no, eso era justo de lo que las protegían. Me pregunté, también, cuántas de ellas no se habrían casado, por mala suerte o por decisión propia. ¿Tenían elección? Lo dudaba. ¿Esas mujeres se quedaron y ayudaron a proteger a las chicas más jóvenes? ¿O las devolvieron a la tribu a una edad en la que ya no podían casarse, para vivir el resto de su vida como solteras?

La leyenda local dice que una noche el mar se tragó a todas las chicas mientras dormían. Rebecca y yo hemos oído al menos una docena de variaciones de la historia: una que presenta una bruja del mar que lanzó una maldición; otra con una estrella que cae en el océano y provoca un maremoto gigantesco y otra que empieza con un fuego terrible que conduce a los animales al océano y se lleva a las chicas con ellos. Pero en todas las versiones de la historia las chicas durmientes terminan debajo del agua, donde se transforman en sirenas, protectoras encantadas cuya magia resguarda a las vírgenes quinault. Sin duda, algún fragmento de la historia debió de llegar hasta los

productores que hacían ese bobo programa televisivo.

Caminé hasta el agua para distinguir la forma de las olas en la noche negra. El viento soplaba con fuerza y me subí el cuello del abrigo hasta los ojos. Me quedé a unos pasos de las olas e imaginé a las actrices fumadoras como sirenas de verdad, hermosas y fieras, con las escamas brillando. ¿Quién no querría que le protegieran esas criaturas? Pensé en Penny y en Rebecca, que se cuidaban una a otra de niñas y también de adultas. Durante la mayor parte de su vida, sólo se tuvieron la una a la otra. Yo siempre tuve hermanos mayores y primos y tíos, y pese a que el hecho de que fuese lesbiana no era la primera elección de nadie (ni la mía, inicialmente), después de que saliera del armario en el instituto mi familia se encargaba rápidamente de cualquiera que se burlara de mí o algo peor. Al cabo de un tiempo, como tenían que hacerlo, los chicos del instituto me aceptaron. No fui reina de la promoción ni nada de eso, pero era cocapitana del equipo de hockey sobre hielo, subdelegada de clase el último año y organicé las cenas de caridad los fines de semana de los dos últimos años en el centro. Lo que digo es que no estaba sola. Me sentía distinta, indecisa sobre cómo desarrollarme en cuestiones románticas, pero me sentía segura. Mi familia me dio eso, y a medida que me hacía mayor era más consciente de la suerte que tenía. Todos mis hermanos menos uno se han ido al este, mis padres ya no viven y tengo un tío en una residencia de Olympia. Rebecca es mi familia ahora. Ella me tiene y yo la tengo y eso es a lo que pertenecemos.

Penny no tenía a nadie la noche que murió. Ni sirenas ni Rebecca. Antes de esa noche en la playa, nunca había pensado en lo sola que debía de sentirse Penny. Lo totalmente sola que se encontró ante ese peligro. Me volví hacia el Moonstone y empecé a caminar en dirección a casa. Las únicas luces encendidas eran las de la habitación 6. Jane. Probablemente la persona más sola que había conocido. Había visto a muchos viajeros solitarios en el Holiday Inn en Seattle e incluso allí, pero a nadie como Jane, que parecía medio en el mundo y medio fuera. Está, las pocas veces que la he visto y he hablado con ella de verdad, casi sin vida. Aun así, tiene a Cissy. Cómo, no lo sabemos, pero está claro que tiene en ella a una aliada formidable. Me pregunto si lo ve así, si es consciente de hasta qué punto esta desconocida la ha tomado bajo su protección.

Unas semanas después de que Jane llegara, Rebecca y yo advertimos que Cissy entraba y salía de la habitación 6 un poquito más de lo habitual. Entonces empezamos a ver que llevaba un enorme termo verde, como los que ves cuando vas de camping, con una tapa plateada de rosca que hace de cuenco o taza según lo que hay dentro. Nunca la habíamos visto con eso, pero no mucho después de que llegase Jane veíamos el termo casi todos los días en las manos de Cissy. Al final Rebecca y yo nos dimos cuenta de que lo dejaba en la habitación 6 por la mañana cuando empezaba a limpiar las habitaciones y lo recogía al final del día. Al principio, Jane lo colocaba ante la puerta, en el peldaño de cemento, pero al cabo de un tiempo vimos que Cissy entraba para recogerlo, normalmente un minuto o dos pero a veces más.

El asunto del termo es así desde hace más de siete meses. No puedo imaginar de qué pueden hablar o qué pueden tener en común esas dos, y admito que al principio me molestó quedar excluida del vínculo que habían forjado, pero ahora, cuando veo a Cissy yendo hacia la habitación 6 con ese gigantesco termo verde, pienso: gracias a Dios que esa mujer paró en nuestro motel, y no en cualquier otro lugar dejado de la mano de Dios. Gracias a Dios que tiene a alguien que la cuide. Gracias a Dios que alguno de nosotros lo hace.

LYDIA

Él se lo ha explicado todo antes y aun así no tiene sentido. Con esa voz suya que sube y baja y se modula como una canción. *Es una señora con suerte, Lydia Morey. Con suerte de verdad. La lotería que ha ganado son tres millones de dólares y sólo se da una vez cada dos años.* A veces no oye una palabra, sólo su voz. Se ha quedado dormida, con el teléfono encajado entre la oreja y el hombro, la voz de él es una nana, cuenta historias de millones. El premio, dice, nunca ha sido entregado a un estadounidense, y técnicamente no es posible, pero Winton se ofrece a ayudarla, la llama para conducirla por las normas legales para que pueda recibir el dinero. *Esto, dice con un océano de calor en la voz, es lo que haré por usted.*

A veces cuelga, deja el receptor descolgado y apaga la luz. Pero él siempre llama al día siguiente. A menudo entre las nueve y las diez de la mañana y luego otra vez después de las seis, después de que haya enviado sus facturas, comprado alguna cosa en el supermercado —papel higiénico, latas de sopa Progresso, magdalenas inglesas— y se haya tomado un café en la cafetería. A menudo, cuando abre la puerta del apartamento, oye como suena el teléfono. Las pocas ocasiones que no ha sonado, se siente decepcionada. Es una estafa y lo sabe. Él tiene un tono coqueto y personal, cálido y acosador, y ella entiende que está atrayéndola, manipulándola, volviéndola dependiente. Lo sabe pero aun así coge el teléfono. De vez en cuando, como una adolescente que le dice a su madre que le diga al chico que le gusta que no está en casa cuando llama, deja que suene. Pero lo cogerá al día siguiente y lo sabe. Winton también lo sabe, porque siempre vuelve a llamar. *Lydia Morey, ayer te eché de menos. Debías de estar bailando o rompiéndole el corazón a algún pobre chaval.* Al cabo de un mes de llamadas y de palabras sobre el dinero del premio, la regulación legal y los riesgos, Winton empieza a aplicar un poco de presión, a poner tiempo a los procedimientos. Los tres millones de dólares irán a otra persona si no paga las tasas internacionales del premio. La primera tasa es de setecientos cincuenta dólares, calderilla en comparación con lo que recibirá, y es una suma que el comité del premio reembolsa. Lo pagarían directamente por ella pero no está permitido. Debe pagar primero y luego el comité le mandará la cantidad inmediatamente. Pagar la tasa, dice Winton sin música, es necesario para continuar.

Paga. Va al Walmart de Torrington, mete setecientos cincuenta dólares en una tarjeta monedero como sugirió Winton y la envía a un apartamento en Astoria, Queens, donde reside un supuesto representante de la lotería. Walmart, Queens,

tarjeta monedero, reembolso: le asombra que Winton piense que creará algo de eso. Y aun así no está lista para alejarse. No está preparada para volver a casa cada tarde sabiendo que no habrá llamada de teléfono. Además, también hay una leve y remota esperanza de que de alguna manera el ridículo escenario que ha descrito Winton sea cierto. Incluso se ha permitido la fantasía de mandarle dinero en cuanto gane para pagarle los estudios, para ayudarle a mantener a la familia. Es una farsa y sabe que concluirá o que ella misma lo terminará pronto, pero no justo ahora. Se permite pensar en los setecientos cincuenta dólares como un examen. Un examen que ella sabe que él suspenderá, y, puesto que lo hará, la farsa terminará y todo volverá a ser como antes. De manera deliberada, no lo piensa con cuidado, se protege activamente de reconocer que es tirar el dinero. Verá cómo termina y no se pregunta por qué.

Y así mete la tarjeta monedero en un sobre dirigido a Theodore Bennett de Astoria, Queens, el encargado del premio que mencionó Winton. Winton también le dijo que no debería haber ninguna nota ni remitente en el sobre. Y aunque la idea de setecientos cincuenta dólares flotando por ahí sin remitente es intolerable, le hace caso y deja el sobre imposible de rastrear en el buzón que hay delante del ayuntamiento.

En los días siguientes, las llamadas de Winton continúan y ella se instala en su rutina establecida. Una llamada matinal que en general evita, una llamada vespertina que coge. Lo oye hablar de su última novia, que lo engañó y lo dejó destrozado, del hijo que nunca le deja ver, de su madre enferma, de su hermana en la cárcel. El mundo parpadea de vuelta a la vida con esas llamadas. Es un novio que han dejado plantado, un hijo diligente y solícito. Va a clases nocturnas para sacarse un título de contabilidad que le permita dejar su trabajo en la lotería, porque le pagan poco y es sólo a tiempo parcial. Lo habría dejado hace meses, pero le gustaría darle el premio de este año a Lydia antes de marcharse. Lo hace por última vez porque le gustaría ver que una buena mujer como Lydia se lleva el dinero. No algún gilipollas europeo, como los que normalmente reciben el premio.

Con el tiempo, su hermana de la cárcel se convierte en su prima, su tía, su sobrina. La clase nocturna es de ingeniería, gestión hotelera, diseño gráfico. El nombre de la novia es Carla, Nancy, Tess, Gloria. Tiene veintiocho años, veinticuatro, treinta. Al principio las incoherencias alarman a Lydia y luego la divierten. Pruebas adicionales de que tiene razón, de que todo es una estafa. Pero luego Winton empieza a preguntarle de nuevo por su vida. Preguntas que hizo al principio, pero que ella evitaba. ¿Está casada, en qué trabaja, tiene hijos? Y ahora, como algo más debe empezar para que sigan esas llamadas, empieza a hablarle de Earl Morey, su exmarido. El pelirrojo que era todo diversión y luego nada en absoluto. Que la llamaba Tapitas y le pellizcaba la pierna y el culo y le dejaba señales moradas y amarillas. Que una noche la golpeó en la cabeza con la guía de teléfonos con tanta fuerza que perdió el equilibrio durante todo el día siguiente. Que quedaba en el Tap con sus hermanos y sus primos y tíos y la mayoría de las noches volvía a casa

borracho y, si ella tenía suerte, dormía en el sofá de su pequeño apartamento. Ella tenía diecinueve años y estaba casada, y en un año lo odiaba a él y a toda su familia y no podía hacer nada. Cuando por fin le confesó a su madre lo que estaba pasando, ella le dijo a su hija que cerrase la boca y diera gracias por haber encontrado a un hombre de buena familia. Se lo cuenta a Winton, y, mientras habla de ello, es como si leyera un cuento para dormir a su hijo cuando era pequeño sobre una chica que tomó un mal desvío en el bosque y no tenía forma de salir. Habla y habla, como Winton al principio, y lo oye respirando al otro lado de la línea. Él hace una pregunta o un comentario de vez en cuando sobre cualquier cosa que ella haya dicho, pero, si lo hace, es puntualización y nada más. *Qué idiota, qué estúpido*, ha dicho. *Un idiota borracho*. Ella no habla de otros hombres, los que la persiguieron hasta acostarse con ella y luego dejaron de llamar. Tampoco habla de Rex. Y no dice nada de Luke.

Diez días después de enviar la carta, llega un sobre marrón acolchado con matasellos de Newark, Nueva Jersey, y setecientos cincuenta dólares dentro. No hay una nota ni papel de ningún tipo. Sólo el dinero. Más tarde mete el dinero en el bolsillo de su forro polar y va a la cafetería. Estamos a comienzos de febrero, pero los adornos de Navidad siguen pegados a las ventanas. Son del tipo de los que comprarías en una droguería o en el supermercado: delgados Santa Claus de cartón, copos de nieve del tamaño de un plato, Rudolph el reno de la nariz roja. En el techo y en lo alto de las ventanas hay pequeñas luces blancas y sobre la barra hay un árbol de Navidad en miniatura, envuelto en una guirnalda y con un ángel de plástico en lo alto. El dinero que lleva en el bolsillo le da a Lydia una sensación poco familiar, la eleva. Sabe que es suyo, que no le han dado nada, que no ha ganado nada, pero aun así los billetes grandes y cómo han llegado la alegran. Se toma el café rápidamente, y cuando llega la cuenta paga con un billete de cincuenta. La camarera, Amy, que ahora parece haber superado el octavo mes, coge el billete y devuelve el cambio sin un comentario o un gesto de interés. Lydia deja una propina de cinco dólares, se pone su forro polar y se va a casa.

Antes de llegar a la acera, ve que un chico con una sudadera verde da vueltas por el aparcamiento en su bicicleta y cruza delante de ella. Lo ha visto antes. En el parque con sus amigos, fumando. Trabajaba para Luke, pero docenas de chicos de Wells entre los trece y los veintidós trabajaron para Luke en un momento u otro. ¿Cómo los llamaba June? ¿Pringados y porreros? El recuerdo de la burla de June la estremece y observa al chico que baja en círculos cerrados con la bicicleta.

¿Podría ser el hijo de Kathleen Riley?, se pregunta, e imagina lo que habrá oído escupir a su madre sobre ella. Lydia recuerda que el apellido de Kathleen ya no es Riley, que es Moore desde hace muchos años. Kathleen se casó con un contratista de Kent que le construyó una gran casa en Wildey Road y era enfermera en el hospital antes de empezar a tener hijos. Es raro imaginar a Kathleen Riley como enfermera y madre, piensa. Su recuerdo más doloso de Kathleen se remonta al instituto, de cuando acusó a Lydia de ponerse relleno en el sujetador. Lydia era la primera de la clase de

séptimo que necesitaba claramente un sujetador, y cuando entró en el instituto estaba más desarrollada que ninguna de las demás chicas de su edad. El segundo día de instituto le pusieron el sobrenombre de Lactadia. Nadie se atribuyó la idea del nombre pero se quedó, y pronto los chicos mayores le escribían notas lascivas y las metían en su taquilla, le pedían un paseo tras las gradas del instituto, se burlaban de ella en el autobús. *Tengo sed*, le gritaban desde el asiento trasero por las mañanas, y por la tarde desde las ventanas abiertas en cuanto se había bajado en la parada que había al final del parque. La segunda semana de clase muchas de las chicas mayores, entre las que estaba Kathleen Riley, habían desarrollado un desagrado feroz por Lydia. Dos años más joven que Kathleen, Lydia había sido invisible para ella en el colegio. Ahora que estaba en el instituto, Kathleen no sólo la veía sino que le declaró la guerra. *Lactadia no tiene leche*, era su canturreo favorito, y una vez, entre clases, ella y sus amigas la arrinconaron. Kathleen le dijo que se levantara la camisa para demostrar que no se rellenaba el sujetador con pañuelos. Lydia estaba tan asustada que en vez de marcharse o quitársela de encima, se levantó la blusa despacio por encima de la cabeza y mostró sus muy reales pechos. Lydia recuerda que estaba ahí, con la camisa cubriendo su cara, oyendo a chicos que pasaban a su lado en la escalera y que uno le agarró el pecho derecho y lo apretó con fuerza. No vio de quién era la mano y estaba demasiado sorprendida como para responder. Cuando se bajó la blusa, Kathleen y sus amigas se habían ido y bajaban rápidamente la escalera. Lydia oyó *bicho raro* mientras bajaban en una tormenta de carcajadas. Hubo otras humillaciones, y miles de susurros semioídos, pero el recuerdo de ser expuesta y atacada ante los ojos acusadores de Kathleen Riley y sus amigas es el que más la mortifica. Hasta que las chicas mayores no se graduaron y Lydia empezó a salir con Earl, que era popular y temido y tenía un campo de fuerza de protección, no empezó a levantarse el miedo que sentía cuando se acercaban las clases. Ahora, cada pocas semanas, Lydia ve a Kathleen en los pasillos del supermercado o en la cola de la farmacia, y cuando lo hace siempre tiene cuidado de bajar la cabeza y evitar el contacto visual. Como si estuvieran todavía en el instituto, se aparta, se vuelve invisible.

Lydia entorna los ojos para ver mejor al chico en bicicleta, aunque no está segura de que sea el hijo de Kathleen. Siempre ha conocido a la mayor parte del pueblo, pero cuando Luke dejó la escuela y más tarde, después de que Rex se marchara y ella dejara de ir al Tap y a sitios así, fue a la suya y apenas se relacionó con nadie aparte de la gente para la que trabajaba. Despacio, sin darse cuenta, empezó a perder la cuenta de las bodas y los matrimonios, las rupturas y la gente nueva. Pero se ha fijado en este chico. Y, últimamente, demasiado. Recuerda uno de los dichos de sobremesa de su madre, que normalmente usaba cada vez que había un cotilleo sobre alguien caído en desgracia: *Las buenas manzanas se cogen, las podridas son las que caen cerca del árbol*. A Lydia nunca le pareció que tuviera sentido. Todavía no lo tiene, pero empieza a hacerlo cuando mira hacia arriba, donde el chico que es

probablemente el hijo de Kathleen Riley gira por Main Street hacia Low Road y desaparece. Lydia camina más deprisa y, con la mano en el bolsillo del forro polar, aprieta el dinero en el puño.

SILAS

Deja la bici detrás de una caseta para la basura que hay en Low Road y cruza el campo de detrás del colegio hacia Herrick Road. Al principio, está a siete u ocho calles y no puede verla, pero pronto se encuentra lo bastante cerca para ver los brazos que se balancean a los lados, los bolsillos de sus vaqueros cabalgando sobre el movimiento salvaje de su culo. Es así desde hace meses. Ella camina, él la sigue, cada vez más cerca, estrechando la distancia entre los dos cada vez más. Últimamente, ha estado lo bastante cerca como para ver la leve marca de sus bragas y las tiras del sujetador por debajo de su ropa. Había oído decir a alguien que la madre de Luke tenía más de cincuenta años, pero cuando mira cómo mueve el culo adelante y atrás y cómo se menea arriba y abajo en sus vaqueros ceñidos, piensa: ni de coña. Lo ha visto en pantalones cortos, de chándal, faldas ceñidas, faldas sueltas y sobre todo en vaqueros parecidos a los que lleva ahora. Lydia Morey camina mucho. Sobre todo a la cafetería, el banco y el supermercado, y camina como si estuviera fumada o en un trance de algún tipo. Nunca se da la vuelta, casi nunca mira a los lados. Está bastante seguro de que nunca lo ha visto, ni una sola vez, en las semanas y meses que han pasado desde que empezó a seguirla.

Aumenta la velocidad para acercarse. ¡Qué culo! Está fascinado por la perfección metronómica de su movimiento —arriba abajo, arriba abajo— y piensa: éste no es el culo de una madre. Se encoge, avergonzado por su mente acelerada, lamentando esta idea concreta. Su mirada vuelve al resto de ella. Ve sus manos, sus dedos sin anillo, sus muñecas, sus zapatillas gastadas, el pelo castaño oscuro amontonado en la cabeza que cae en mechones largos por sus hombros. Por primera vez, ve unas pocas canas. Con ellas se vuelve de nuevo una persona entera, no sólo unas partes excitantes. Vuelve a ser la razón por la que deja la bicicleta a cuatro puertas de su apartamento en Upper Main Street las mañanas antes de ir a trabajar en verano y los sábados ahora que las clases han vuelto a empezar. Se convierte, de nuevo, en la madre de su jefe muerto. Lydia Morey. La mujer de la que habla la gente del pueblo. La mujer que ha oído describir como la madre del drogadicto cuya negligencia destruyó una casa y mató a tres personas y a sí mismo; el putón sediento de sexo que le fue infiel a Earl Morey con un trabajador inmigrante, un traficante de droga, un autoestopista, un zulú; la madre del estafador que timó a June Reid para que fuera su novia vieja y forrada hasta que lo dejó y él volvió con una misión suicida; el monstruo que parió a una mala semilla que finalmente recibió su merecido. Lo ha oído todo y siempre se

ha quedado callado. Lo único remotamente amable que ha oído de Lydia Morey es que tenía *el mejor par de tetas del condado de Litchfield*. Su padre hizo esa observación este verano, cuando esperaban en un stop y ella cruzó con una camiseta de tirantes. *Ni las chicas jóvenes del Tap pueden competir con eso*, añadió. La madre de Silas, que siempre ha detestado a Lydia Morey, no estaba en el coche. Cuando se mencionaba su nombre en casa, siempre comentaba rápidamente que Lydia era alguien que *no le interesaba*. También dijo, después de colgar el teléfono tras hablar con una de sus amigas unos días después de que pasara todo: *Supongo que nadie le contó a Lydia que cuando te acuestas con perros no sólo pillas pulgas, sino que te quedas embarazada de más perros. Nunca sabré cómo se enredó June Reid con ese chucho de hijo que tiene*. Incluso cuando dijo esas palabras, Silas permaneció en silencio.

La única vez que dijo algo fue cuando lo interrogaron la policía y el jefe de bomberos sobre su trabajo en casa de June Reid el día antes de la boda. Fueron a su casa esa noche, y se sentó en la cocina y les dijo lo mismo que les habían dicho Ethan y Charlie. Que Luke les mandó hacer lo que normalmente les mandaba hacer para neoyorquinos como June Reid: recoger ramas y palos, arrancar las hierbas de la acera y delinear los parterres. La única diferencia fue que ese día Luke pagó a todo el mundo por adelantado y el doble de los doce dólares por hora habituales. Mientras les entregaba el dinero, les pidió que aquel día hicieran un trabajo el doble de bueno. *Sois buenos, pero hoy necesito que seáis muy buenos*. Silas les dijo a los agentes de policía que Luke había dicho eso, pero no parecían interesados. Preguntaron por el estado de ánimo de Luke, si parecía borracho, colocado o molesto la última vez que lo vieron. Silas dijo que estaba igual que siempre. Un poco estresado, atareado, pero bien. Les dijo que él y los demás fueron a casa de June Reid a las dos, y que Luke trabajó con ellos las dos primeras horas. Llevaba el John Deere, cortó el césped en el campo de delante y en el de detrás, mientras Ethan, Charlie y Silas hacían todo lo demás. Más o menos a las cuatro, Luke dijo que tenía que hacer recados, así que los dejó para que terminaran el trabajo a las seis y media, después de lo cual Charlie y Ethan se subieron al viejo Saab de Ethan y Silas se fue en bicicleta por Indian Pond Road a su casa, que estaba a menos de dos kilómetros.

Lo que ninguno de los tres contó a los policías es que, no mucho después de que se fuera Luke, cruzaron el campo de detrás de la casa hasta el camino que llevaba a la propiedad de la Iglesia de la Unificación, que los chicos del pueblo llamaban la Luna, porque, como todo el mundo sabía, Iglesia de la Unificación sólo era otro nombre para los lunáticos. No contaron que habían esprintado hasta la Luna y que habían fumado en el bong de Silas. Tampoco dijeron que resultó que los tres tenían marihuana, así que mezclaron un poco de cada uno y fumaron lo que Charlie llamó, sarcásticamente, *una ensalada de boda*. Perdieron la noción del tiempo en la Luna y cuando volvieron eran casi las seis. Después de que Silas metiera su mochila amarilla en el cobertizo de piedra que había en el exterior de la cocina, los tres terminaron a

toda prisa el resto del trabajo y se fueron antes de que se hiciera de noche. Para entonces, el camino de entrada estaba abarrotado de coches y la casa llena para el ensayo del banquete, de modo que se marcharon sin decirle nada a Luke, que, supusieron, estaría enfadado por no encontrarlos a su regreso. Tampoco querían que se diera cuenta de que estaban colocados. Antes de irse, recuerda Silas, vio a Lydia al otro lado del porche, tras la celosía. Estaba sentada con June en el sofá de mimbre, riendo, con pequeñas velas a su alrededor parpadeando en mesas con flores y comida. No recuerda nada más que ver a esas dos mujeres, pero recuerda claramente el olor dulce del césped recién cortado, el sonido de la tela de la carpa en el aire y las primeras luces del atardecer que pintaban el cielo de color rosa. Fueron los últimos segundos antes de marcharse a casa, y ha repasado cada uno en su cabeza un millón de veces.

Es difícil creer que la mujer que vio en el porche esa noche de mayo sea la misma que camina con triste determinación delante de él, envuelta en una forro polar morado, caminando por Herrick Road hacia Upper Main Street. Desde esa noche no la ha visto sonreír ni la ha oído reír ni una vez.

Silas reduce la velocidad para dejar que crezca la distancia entre los dos. Se pregunta si Lydia sabe quién es. Trabajó para Luke de forma intermitente tres veranos y los fines de semana de otoño y primavera. Se pregunta si lo vio aquel día en casa de June Reid. Recuerda que estaba junto al cobertizo de piedra y se alejó corriendo cuando oyó la voz de Luke, que venía de la cocina. Recuerda que corrió hacia el camino de entrada y voló en su bici por los campos verdes de maíz que se extienden desde el límite de la propiedad de June Reid y por delante de la iglesia donde se iba a casar su hija el día siguiente. Redujo cuando llegó a Indian Pond, que reflejaba la puesta de sol roja y violeta que se extendía sobre él. Recuerda las luciérnagas que parpadeaban en los matorrales y los árboles a ambos lados de la carretera mientras pedaleaba. Recuerda que se detuvo para reptar por la pendiente rocosa hasta el borde del agua para mear; el cielo salvaje y la superficie del lago estaban quietos como el cristal hasta que su meada empezó a provocar ondas. El efecto era alucinante, sobre todo si seguías colocado. En cierto momento, las nubes cambiaron y por encima de él se extendió lo que parecía un gran dragón con alas tan amplias como el mundo. Silas volvió tropezando del lago mientras la criatura se hacía visible: las mandíbulas abiertas con dientes y fuego, un humo que flameaba de su hocico, alas enormes que se expandían en escamas de nubes, una cola gigantesca que se retorció más allá del horizonte. Era una bestia espectacular, sus ojos eran el único azul visible, largas ranuras que parecían estirarse mientras su cabeza se volvía lentamente hacia Silas, sentado de espaldas a la orilla, deslumbrado y asustado.

Todos estos meses después, se había olvidado del dragón y de cómo, tras unos segundos aterradores, creyó que era real. Había olvidado que era de noche cuando se abrió paso desde la orilla hasta la carretera, y cómo al principio no encontraba su bici. Piensa en los momentos en que tropezó en la oscuridad antes de encontrarla, que

había caído junto a un árbol contra el que se había apoyado antes. Desearía volver a esos tropiezos. Al minuto totalmente ciego antes de saber nada. No saber dónde estaba su bici. No saber lo que pasó esa noche o a la mañana siguiente. No saber que una luna llena se levantaría e iluminaría todo el valle. O que más tarde, después de que toda su familia se hubiera ido a dormir, volvería a subirse a la bici para pedalear furiosamente por la misma carretera, contando con que la luz de la luna le guiaría hasta la casa de June Reid.

Sin darse cuenta, ha acelerado el paso y ha acortado la distancia entre él y Lydia. Tras cruzar Herrik hacia la acera de Upper Main Street, olvida que debe permanecer oculto. Lo que hace unos minutos eran por lo menos tres o cuatro coches ahora son sólo unos metros. Cuando se da cuenta de lo cerca que está, sabe que debería reducir la velocidad hasta detenerse y girar a la izquierda hacia algún camino de entrada de alguna casa para desaparecer. Pero nunca ha estado tan cerca. Cree que puede oír su respiración. El aire es frío, pero ve la transpiración que brilla en su nuca. Se ha quitado el forro polar y ve trozos de piel a través de la tela húmeda por el sudor de su camiseta blanca. Sus ojos se mueven de un trozo de piel casi expuesta a otro. Se acerca. Su pie roza el suelo, raspa ruidosamente sobre la arena suelta y por primera vez ve que ella advierte su presencia. Su otro pie pisa por accidente una rama, que golpea la parte trasera del tobillo de ella, que se detiene bruscamente y se da la vuelta. Él se queda helado. Ella está a unos centímetros de distancia.

JUNE

Después del laberinto de caminos de tierra pedregosos y destruidos por la erosión que la aleja del lago Bowman, el asfalto suave de la Ruta 93 al sur de Kalispell es un alivio. Cuando ve el cartel de Butte, toma la salida de la interestatal 90 y luego otra al ver el cartel de Salt Lake City. Después de recorrer sólo unos kilómetros en Idaho nota que el coche se va hacia la izquierda. Empeora, toma la salida siguiente y cuando encuentra una Texaco apenas consigue que el coche avance en línea recta. Los chicos de la caja no tienen ni idea de cómo cambiar una rueda. El sitio se parece más a un supermercado que vende gasolina que a una gasolinera donde alguien sepa algo de coches. Espera que aparezca alguien que sepa lo que hace. Pronto, un tipo mayor con un montón de pelo blanco y una barba bien cortada, que lleva una camisa de franela roja, da marcha atrás al camión para llegar al surtidor. Cuando June le pregunta si sabe cambiar una rueda, la expresión divertida de su rostro le hace saber que ha elegido al tipo correcto. Levanta la mano y dice: *Brody Cook a su servicio*. Ella se la estrecha, pero no dice nada. *De acuerdo entonces*, dice él, todavía alegre. Sonríe y termina de echar la gasolina y paga. Tras apartar el camión de los surtidores y aparcarlo junto al Subaru, le pregunta dónde tiene la rueda de repuesto y ella responde que no está segura de tener una. *Una de dos: ¿cabeza o cola?* La mira expectante y ella no tiene ni idea de cómo contestar. *Vale, probemos cabeza*. Abre el capó y después de una rápida mirada en torno al motor dice: *Es cola*. Cuando regresa a la parte trasera del monovolumen y abre el maletero, oye que le pregunta dónde quiere que ponga las maletas. Vuelve a preguntar. Ella no responde, así que da la vuelta al coche con una maleta en una mano y una bolsa de lona en la otra y las deja en el asfalto. *La dejo a cargo de esto*, dice antes de sacar la rueda de repuesto del panel que hay bajo la manta.

Las ha llevado todo el tiempo. Metidas en la parte trasera del Subaru, preparadas, listas y olvidadas. ¿Es posible, se pregunta, que no haya abierto el maletero desde que empezó su viaje? No ha habido razón para hacerlo. No ha traído nada con ella, no ha adquirido nada en el camino aparte del cepillo y la pasta de dientes que compró en una gasolinera de Pensilvania el primer día. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una semana? ¿Dos? Perdió la noción del tiempo casi en cuanto salió de Connecticut. Ni siquiera ahora recuerda cuántas noches durmió en el coche junto al lago Bowman. ¿Tres? ¿Cuatro? Se quedó hasta que se le acabaron las botellas de agua y las bolsas de cacahuetes y pasas que había comprado en Ohio. Por mucho que haya estado en la

carretera, las maletas la han acompañado todo el tiempo.

Es obvio cuál pertenecía a cada uno. La de Will es un brillante artefacto con cremalleras y bolsillos, con ruedas y un asa retráctil; la de Lolly, una bolsa de color oliva desvaído con las tiras de cuero pegadas con celo y manchas de tinta. Lolly nunca habría sido lo bastante organizada como para hacer la maleta la noche de antes y tener las bolsas esperando en el coche. Eso era cosa de Will. Will era el yerno que Adam siempre soñó: la clase de tipo que lee sobre enfermedades infecciosas en países extranjeros antes de viajar hasta allí, que paga todas las facturas a tiempo, que llena la cafetera con granos de café y agua y la deja programada la noche anterior. La clase de tipo que se asegura de que las maletas de su luna de miel en Grecia están hechas y esperando en el coche de su suegra la noche antes de su boda. June lo oye explicándole el horario a Lolly. Ceremonia a la una, banquete de dos a seis, salida en el coche de June a las siete para que June y Luke los dejen en el aeropuerto no más tarde de las 21.30 para el vuelo de las 23.45 hacia Atenas. Incluso mandó por correo electrónico el itinerario a Lolly, Adam, sus padres, Luke y June para que nadie dudase de cuándo tenía que ocurrir todo.

La cremallera de la bolsa de Lolly sólo está medio cerrada, y en un extremo, asomándose unos centímetros, June ve el borde de una toalla de color azul pálido. Brody coge el gato para levantar la parte izquierda delantera del coche, y a ella le entran ganas de alejarse. De él, del coche, de las maletas, de la toalla. Mientras da un paso atrás, en silencio, un pie lentamente detrás del otro, oye a Lolly llamando a Will: *¡Espera! ¡Se me han olvidado las vitaminas!* Eso fue después del ensayo, después de la cena, después de que Luke limpiara el desorden resultante de hacer chile para todos. Y después de que Adam se fuera a la cama y de que Lydia, un poco achispada, se marchase a casa. June está en la mesa de la cocina ordenando montones de correo desatendido. *¡Espera!* Lolly lo llama desde su habitación cuando Will ya está fuera con las maletas. Baja la escalera como siempre: ruidosamente, deprisa, como una avalancha. Sale por la puerta, descalza, agarrando con las dos manos una toalla de color azul pálido del baño de arriba que ha convertido en una bolsa improvisada para sus tarros de vitaminas. *¡Vuelve! ¡Voy descalza!* June los oye reír fuera de casa y piensa, con un nudo suelto de nostalgia y envidia, que este momento de su relación, de su vida, es el mejor. El antes. *La parte superior de la rueda Ferris*, le dijo un hombre con el que tuvo una cita en Londres mientras giraban sobre la ciudad en el recién abierto London Eye. Una colega impetuosa pero bienintencionada de la galería organizó aquella cita a ciegas. El hombre era el tío de su compañera y era viudo, pero para los dos era demasiado pronto. La mayor parte de esa tarde ha desaparecido de su recuerdo, pero, cuando llegaron a lo alto de la gran noria y vieron las luces doradas de Londres desplegarse en un caos maravilloso, él explicó su teoría con una paciencia agotada que ella se había acostumbrado a ver en los hombres ingleses. *Éste es el pivote entre la juventud y la madurez, el lugar emocionante donde todo parece visible, se percibe posible, donde se hacen planes. En un lado tienes la infancia y la*

adolescencia, que son el turbio ascenso, y, por otro, tienes el declive que es la edad adulta, la vejez, ese encuentro centímetro a centímetro de esa visión majestuosa y breve con la realidad terrena.

Al escuchar a Lolly y Will susurrar y reír tontamente en el exterior, se los imagina columpiándose en un asiento dorado en lo alto de una rueda Ferris. Deja que la imagen permanezca. No ha abierto ninguna de las cartas extendidas en la mesa. Imagina Londres esa noche, un laberinto de luz que se extiende glamurosamente en todas las direcciones. Ve a Lolly allí, por encima de todo, riendo. Aparta las facturas y las cartas, las ordena distraídamente por forma y color. Luego oye a Lolly, que la llama desde la puerta todavía abierta para que vaya y abra el coche. Hace frío y se pone la chaqueta de lino, y cuando lo hace nota en el bolsillo izquierdo la tarjeta que Luke le ha pedido prestada antes para sacar el dinero con que pagar a los chicos que contrató para que arreglaran el césped. Coge las llaves de la bandeja de metal donde normalmente las deja y sale al camino de entrada para abrirle el coche a Will. Cuando vuelve, Lolly está descalza sobre la alfombra de la entrada, con sus raídos pantalones de chándal, la blusa elegante de la tarde todavía puesta, esperando que los dos vuelvan dentro. Se ríe con su risa tonta. Cuando ve a June en el haz de luz delante de la casa, grita *¡Mamá!*, ridículamente, sin pensar, como una adolescente que tuviera una relación fácil con su madre. La parte superior de la rueda Ferris es un lugar vertiginoso e irreflexivo, piensa June, y se disfruta muy brevemente. Cuando llega al escalón delantero, abraza a su hija todo el tiempo que ella le deja.

Entran y Luke hace manzanilla. Los cuatro se sientan en el porche cubierto y hablan del ensayo y de la cena de chile y huevos rellenos. Will bromea con Lolly sobre llegar tarde a la iglesia el día siguiente, perder el anillo y equivocarse al pronunciar los votos. Sintiéndose inusualmente juguetona con Lolly, June dice que de niña estaba en el baño cuando debía hacer su única y breve aparición en *Bebés en el país de los juguetes*, la función escolar de octavo. La conversación es alegre, las burlas amables, pero poco a poco Lolly se queda callada, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que ha bajado la guardia y olvidado mantener una distancia de seguridad. Retrocede, y la conversación se traslada al segundo año de Will en Derecho, lo que hará cuando termine: becas, prácticas, trabajos. Al cabo de un rato y sin que venga a cuento, Lolly le pregunta a Luke si va a pedirle a su madre que se case con él. Toda la conversación se detiene. En su voz no hay ninguna broma, ningún juego. Luke comprende su mirada y su tono. *Ya lo he hecho. Pero tu madre no se toma la pregunta en serio. O a mí en serio. Es difícil decir qué. Al principio pensé que dijo que no por ti, pero ahora que eres mayor y has terminado la universidad y estás prácticamente casada, empiezo a dudar. Esperaba que con esto de la boda se le pegara algo, pero no. Así que la respuesta a tu pregunta es sí, y la respuesta a la mía, que he hecho dos veces, es no.* No es la respuesta que espera Lolly. Nadie la espera, incluido, por la expresión de su rostro, Luke. El único sonido es el murmullo del lavavajillas en la cocina y el ruido impenetrable de las cigarras, que ha pasado de ser

un zumbido eléctrico a un rugido monótono. Tras unos segundos incómodos, Lolly se pone en pie y se lleva a Will con ella. Salen del porche mientras Will dice buenas noches por los dos con tono de disculpa. *Nos vemos mañana*, dice desde lo alto de la escalera, antes de que la puerta de Lolly se cierre con fuerza. Se han ido.

Una larga plataforma cargada de láminas de contrachapado pasa ruidosamente. June camina contra el tráfico, con la cabeza baja, por delante del Arby's, del Taco Bell, del Exxon. Ve los zapatos de Luke, marrones y con hebilla, que compró de uno de sus catálogos de pedido por correo especialmente para la boda. Brillan perfectamente, pero se ven unas gotas de tomate que deben de haberse caído cuando hacía la cena. Pequeñas briznas de césped recién cortado cuelgan de la suela de los zapatos. Un pequeño grumo cae en el basalto azul y Luke pega una patada nerviosa a la pata de la mesita de mimbre. Ninguno de los dos ha hablado desde que Lolly y Will han subido al piso de arriba. Luke sigue inquieto y June ve que sus calcetines blancos se asoman bajo sus pantalones caquis. Su mano se mueve hacia su pierna, el pulgar empieza a frotar su muslo antes de que ella lo aparte y se levante para marcharse. Él la coge de la mano y, al apartarla de un golpe, ella le araña en la mejilla con la uña, justo debajo del ojo izquierdo. Él se encoge y se retira. Ella no pide disculpas, no se detiene para ver si le ha hecho sangre, no duda mientras va desde el porche hasta la cocina.

Sobre el sonido de los coches que pasan, oye que alguien la llama. *¡Señora! ¡¡¡SEÑORA!!!* Sabe que debería pararse, pero la sensación parece lejana.

Está en el fregadero llenando la tetera de agua para hacer más manzanilla. Le tiemblan las manos. Desearía que las cosas pudieran volver a ser como hace un rato. Hasta ahora todo había ocurrido sin incidentes. Incluso con Adam, que llegó por la mañana desde Boston, solo y sin una chica, gracias a Dios. En el último minuto, June intentó convencer a Lolly de que sería mucho más fácil para todos si se quedaba en el Betsy, donde dormían la familia de Will y otros, pero su respuesta fue instantánea y volcánica, y a pesar del enfoque delicado de June y sus preocupaciones explícitas Adam se instaló en la habitación de invitados del piso de arriba. Aun así, fue amable con Luke, lo que era atípico y sorprendente teniendo en cuenta cómo se había comportado el año anterior, cuando Lolly se licenció en Vassar. Adam se había negado a reconocer la presencia de Luke y durante toda la comida murmuró *asaltacunas* y *cougar* por lo bajo. Desafortunadamente, June respondió a su nivel y le recordó que él había asaltado la guardería entera mucho antes de que su matrimonio hubiera terminado. Se acuerda de lo callado que se quedó Luke y cómo sólo después esa noche vio la tarde a través de sus ojos: dos ex de mediana edad, resentidos, acusándose el uno al otro por salir con gente más joven. Fue humillante. Prometió que evitaría ese tipo de riñas en la boda de Lolly y, para su sorpresa, de momento, no había exigido esfuerzo. Adam había sido respetuoso. Sin pullas ni mordiscos. La última persona que esperaba que pusiera las cosas patas arriba era Luke. Pero, al dejar que Lolly lo provoque como ha hecho, ha abierto una caja de Pandora que creía,

o deseaba, cerrada.

La tetera está llena, pero no es capaz de sacarla de debajo del grifo. Se desborda, pero el agua que corre, el peso en su mano, la reconforta. No tiene ni idea de qué hacer a continuación, así que no hace nada. Se siente arrinconada, furiosa, injusta. Le gustaría poder volver a la entrada de la casa hace una hora, oír cómo la llama Lolly cuando la ha visto en el haz de luz. *¡Mamá!* Le gustaría empezar la tarde desde ahí, apartarla de donde está ahora. Observa el flujo constante del agua del grifo, cómo cae desde lo alto de la tetera y desaparece por el desagüe.

Los coches zumban, los cláxones gimen. Camina más deprisa, pero la voz se acerca. *¡SEÑORA! ¿Qué demonios...?* Echa a correr y alguien la coge del brazo. *ALTO*, dice la voz. *¿Qué demonios hace?*, pregunta, más desconcertado que enfadado. Mira la fuente —la barba, la camisa de franela, el pelo blanco—, pero no ve al hombre que la ha ayudado antes. *Lo siento*, dice, pero no a este hombre. Mira el agua que corre, sus manos temblorosas. *Oh, Dios mío, lo siento mucho*, vuelve a decir, cayendo sobre una rodilla y luego sobre la otra. Por primera vez, lo bastante lejos y junto a alguien que no conoce, llora.

GEORGE

Me iba por la mañana y dejaba la habitación hecha un desastre: sábanas y mantas revueltas en nudos, ropa y toallas en el suelo. Pero cuando volvía por la noche después de pasar el día en el hospital con Robert, estaba impecable. La cama hecha, mi ropa pulcramente doblada en el tocador. Hasta la tapa de la pasta de dientes estaba cerrada y la cuchilla de afeitar y el peine pulcramente alineados en una toalla de manos doblada, junto al lavabo. Normalmente no soy una persona desordenada, pero cuando pienso en el tiempo que pasé en el Betsy, veo que me descuidé. Había perdido el control de todo —de la salud de mi esposa, de mi hijo, de mi empresa—, y en ese lugar, esa pequeña habitación de motel en Nueva Inglaterra, otra persona podía arreglar los problemas existentes. Esa otra persona era Lydia. No la vi en las primeras dos semanas. Pero la sentí: antes de abrir la puerta anticipaba la habitación limpia, el orden restaurado, el olor a limón del líquido para limpiar la madera, y en esa época era lo único que me proporcionaba algo parecido al alivio.

Robert estuvo tres días en coma. Había aspirado su propio vómito cuando se encontraba inconsciente y creen que estuvo sin oxígeno unas tres horas, hasta que la policía lo descubrió en ese estable. Me senté a su lado hasta que salió. Sé que puede parecer retorcido, pero una parte de mí echa de menos esas horas con mi hijo. Mi papel, lo que podía hacer por él, nunca había estado tan claro. Tenía que estar a su lado. Le hablé de sus hermanas y de su madre, de nuestros perros y de la fea casa que se construía al otro lado de la calle, en los bosques donde jugaba de pequeño. Le daba la mano, que era algo que nunca había hecho y no he vuelto a hacer. A veces me pregunto si sucede lo mismo con otros padres. Lo que sé es que para mí tener un hijo ha sido un complicado enigma, y un caminar de puntillas entre ser demasiado duro y demasiado permisivo. Nunca le cogí el tranquilo. No como con mis hijas: era fácil estar con ellas, quererlas. Las reglas de la relación eran mucho más claras. A Robert nunca le gustaron los deportes. A veces creo que se debe a que cuando era pequeño yo estaba demasiado ocupado con el trabajo y Kay y las niñas como para ponerle una pelota de baloncesto en la mano y llevarlo a la cancha. Le gustaban su elaborado mundo de fantasía de Dragones y Mazmorras y los libros que hacía, y le gustaba Tim, pero no tenía ningún interés por nada de lo que yo supiera algo. Cuando Kay vivía, me decía que no era su obligación interesarse por mí, sino que era mi trabajo interesarme por él. Si tenía razón, y creo que era así, fracasé miserablemente. Cuando se marchó al Harkness me había convencido a mí mismo de que Robert estaba mejor

sin que yo me metiera por medio, de que era autosuficiente y navegaría por el mundo de los internados y de la universidad perfectamente, sin saber jugar al béisbol o sin un padre que supiera de los castillos de Dragones y Mazmorras. Ahora veo lo autoindulgente que era eso.

Cuando salió del coma, Robert siguió en la UCI nueve días. Estaba consciente pero vacío, y su capacidad de habla estaba afectada. Me senté con él como aquellos primeros días, pero no le di la mano. De todas las cosas que podría recordar, la más clara es que esa mañana dudé sobre si debía darle la mano, cuando estaba recién despierto y asustado, tropezando con las palabras más sencillas. Es uno de esos momentos donde, si tuviera otra oportunidad, actuaría de forma distinta. Hay muchos. ¿Qué podría haberme preocupado? La respuesta es *todo*. Me preocupaba todo. Es doloroso admitirlo, pero, cuando recuerdo esa época, me veo como un bobo asustadizo, que se retorció las manos ante cada pequeña decisión y se equivocaba en casi todas ellas. ¿Por qué sólo más tarde las cosas empiezan a tener sentido? En general, he hecho las paces con mis errores, pero a menudo me tropiezo con un recuerdo y me tumba. No inundar a mi hijo de atención y amor en esos primeros años, no cogerle la mano y llevarlo hacia mí tanto como podía, dejar que desapareciera en el internado porque en esa época parecía una cosa menos de la que preocuparse. Son los remordimientos que se deslizan y caen, y cuando eso ocurre no se puede hacer nada, no puedo emprender ninguna acción para mejorar las cosas. Dejo que vengan cuanto quieran.

Después del tiempo que pasó en la UCI, Robert fue trasladado a la Unidad de Rehabilitación de Agudos del hospital para tratar de que caminara, hablara y resolviera problemas de nuevo. Había daños cerebrales, pero los médicos me dijeron que si trabajaba sería totalmente funcional, tanto física como cognitivamente. Trabajaron con él durante casi un mes, y en ese tiempo yo volé a casa una noche o dos, pero la mayor parte del tiempo me quedé en el motel y vi a Robert en el desayuno y al final de cada día a la hora de cenar. Los médicos querían que se centrara en las terapias durante el día, así que me mantuve apartado, trabajaba desde la habitación del hotel y hablaba con Kay, mi madre y mi hermana, que la llevaban a la quimioterapia y ayudaban con las niñas. Kay preguntaba por Robert pero desviaba todas las preguntas que yo le hacía sobre cómo se encontraba ella. Intentaba mostrarse alegre, pero yo notaba que se desvanecía un poco más cada vez que hablábamos.

Conocí a Lydia el día en que trasladaron a Robert a la Unidad de Rehabilitación y su médico me pidió que volviera al final del día. Por primera vez desde que me había registrado, volví al motel antes de la noche. Oí la aspiradora cuando metí la llave en la puerta y durante un segundo dudé antes de abrir. No estaba seguro de si de verdad quería ver quién realizaba la magia diaria de limpiar la habitación y ordenar mis cosas de forma tan cuidadosa. Disfrutaba imaginando el misterio, así que, antes de girar la llave en la cerradura, me detuve y escuché el ruido de la aspiradora, el sonido

de cuando es empujada contra el suelo y golpea suavemente el mobiliario. No debí de darme cuenta de que se apagaba porque, sin avisar, la puerta se abrió y de repente apareció ella. En vaqueros y una camiseta blanca ceñida, una mata de pelo castaño ligeramente recogido, al menos diez años más joven que yo. Joven. Hermosa. Lydia.

Ese día se marchó deprisa, y ninguno de los dos dijo nada más que un saludo incómodo. Volví a la mañana siguiente tras un desayuno temprano con Robert y ella todavía no había llegado. Por alguna razón, me sentí nervioso. Empecé a limpiar la habitación y a doblar la ropa, que es lo que debería haber hecho desde el principio. Su trabajo era limpiar las habitaciones, no recoger el desorden de los huéspedes. Estuve a punto de hacer la cama, comprobé que había tirado de la cadena y ordené un montón de papeles del hospital desperdigados sobre el escritorio. Apareció antes del mediodía y no se molestó en llamar a la puerta. Supongo que no se le ocurrió que yo pudiera estar allí, así que sacó la llave y entró. Yo estaba sentado en la silla, junto a la cama, y me quedé en silencio mientras ella ponía su gran cubo de plástico con productos de limpieza en la moqueta, a ese lado de la puerta. Llevaba los mismos vaqueros que el día anterior y de nuevo una camiseta, pero esa vez de color azul claro en vez de blanco. Dije buenos días y ella gritó.

Lo que ocurrió durante las tres semanas siguientes no es algo de lo que esté orgulloso, pero tampoco es algo de lo que me arrepienta. No en la medida en que lo son muchas otras cosas. Lydia Morey era una mujer triste y joven atrapada en un mal matrimonio, y yo era un hombre asustado que sabía que su esposa pronto estaría muerta. Había más: era sexy. Joven, sana, y bajo esos vaqueros y camisetas ceñidas había la figura voluptuosa de una *pinup*. Y, aunque tenía problemas, también era dura de un modo que me hacía saber que le iría bien. Que vería lo que necesitaba en la vida y sobreviviría. Espero que lo hiciera.

Sobre todo hablamos. Me habló del padre que no conocía, de la lengua afilada de su madre y de cómo la obligaba a seguir con su marido pese a sus burlas y su violencia. Dijo que quería huir. Ir a alguna ciudad del Medio Oeste, a algún sitio donde nadie la conociera y donde pudiera empezar de cero. Era sorprendente y triste ver a alguien tan joven y tan desesperado. Escuché, pero no ofrecí soluciones ni consejos. ¿Cómo podía? Mi vida estaba hecha un desastre y no tenía ni idea de qué hacer. Escuchó mi historia de desgracias, y fuimos capaces de reírnos de todo, hasta de la sobredosis y del cáncer. Nuestras vidas parecían irreales y lejanas cuando estábamos en la habitación de ese motel. Como si nos contáramos historias de las vidas de otra gente y no de las nuestras. Quizá fuera eso lo que los dos necesitábamos. No sé. Lo que sé es que no nos parecía mal o erróneo. Yo no le había sido infiel a Kay en los dieciocho años de nuestro matrimonio. Tampoco me había sentido tentado de verdad. Pero antes de marcharme del Betsy, dos días antes de volver a Atlanta, me acosté con Lydia. Empezó cuando me besó. Primero en la frente y luego en los labios. Nos habíamos sentado en la cama y había habido un largo silencio. Le acababa de contar que me llevaba a Robert a Atlanta a un hospital donde

podía continuar su recuperación. No había nada más que decir. Los dos sabíamos que nunca volvería a Wells, Connecticut, ni al Betsy. Nuestros días juntos iban a terminar. Así que me besó. Y yo le devolví el beso.

Recuerdo esas horas con Lydia Morey como algunas de las más dulces y desesperadas de mi vida. Me pregunto si ella también las recuerda.

JUNE

Casi no hay ropa en la bolsa de Lolly: un bañador, un vestido sin mangas, bragas, chanclas, unos zapatos planos, dos camisetas y un par de pijamas de hombre que le robó a Adam años atrás. Hay más frascos de vitaminas y cuadernos que prendas.

El hombre que se volvió a presentar como Brody la acompañó hasta el coche y la llevó a un motel Super 8 a un kilómetro. Cuando ella dijo que no tenía documentación, él la registró con su propia tarjeta de crédito y carné de conducir. Llevó la bolsa de Lolly a la habitación, garabateó su número en un papel y le dijo a June que había dejado el Subaru en el garaje cercano de un amigo, para que pusiera una rueda de verdad y echara un vistazo al resto. Se lo devolvería por la mañana.

Cayó inmediatamente. Acurrucada bajo las sábanas, las primeras que tocaba en más de una semana, y durmió hasta la mañana. Ya estaba despierta cuando llegó Brody para darle las llaves del coche. Había ido al cajero del vestíbulo para sacar el dinero para pagar la rueda y la habitación del motel. Eran sólo doscientos dólares, el máximo que podía retirar. Cuando él lo rechazó, ella dobló los billetes y se los metió a Brody en el bolsillo de sus vaqueros. *Te ha tocado hacer más de lo que esperabas cuando te pedí ayuda*, le dijo, más palabras de las que había dicho en semanas.

Me alegro de que me la pidieras a mí, contestó él, el primer tono de flirteo en su voz.

En cuanto se va, se sienta en la cama junto a la bolsa de Lolly, que ha vuelto a llenar, pero no antes de doblar y ordenar cuidadosamente cada cosa. Deja los cuadernos sobre la cama y se sienta junto a ellos antes de ponerse uno en el regazo. Hay tres, todos con la misma cubierta naranja que Lolly prefería desde el instituto. Y, como antes, los cuadernos están llenos de papeles doblados, poemas arrancados de las páginas del *New Yorker*, memorandos ilegibles del editor fotográfico para el que trabajó de ayudante en la revista de moda donde entró como becaria, recibos aplastados, una tarjeta de metro, menús de comida a domicilio de la ciudad, facturas, páginas arrancadas de catálogos de galerías. Lolly siempre había usado esos viejos cuadernos machacados como una especie de archivador portátil para su vida, pero no había orden ni sistema. El que tiene June es el que estaba más cerca de la parte alta de la lona, bajo la toalla de color azul claro llena de frascos de vitaminas. No hay nada escrito en la cubierta. Lo abre, acaricia suavemente las páginas con la punta de los dedos. Recuerda catalogar lienzos inacabados de un pintor a quien representaba y que se suicidó. Su familia le pidió que fuera a su apartamento y estudio y organizase lo

que pareciera importante. Recuerda que encontró un viejo manual de boy scout lleno de precisos dibujos a lápiz de animales: sobre todo osos, algunos amables koalas y crías de oso negro, otros enfadados, mostrando los dientes y las garras. Era muy probable que nadie hubiera visto nunca esos dibujos, y recuerda que tuvo el impulso fugitivo de robar el libro y quedárselo para ella sola. Tenía algo íntimo y hermoso, lleno de esperanza, incluso teniendo en cuenta la situación que permitió que lo encontrase. No lo robó, sino que lo incluyó en una exposición de la galería de Nueva York y lo vendió a uno de los coleccionistas más antiguos del artista. Fue una de las últimas exposiciones que montó en Nueva York antes de irse a Londres.

En las primeras tres páginas del cuaderno de Lolly hay plantas de casas imaginarias, cada una con un dormitorio, varios grandes espacios comunes, y dos habitaciones con las etiquetas ESTUDIO DE LOLLY y ESTUDIO DE WILL. ¿Estudio para qué?, se pregunta June. Lolly hizo sus pinitos con el pastel y la acuarela en los primeros años del instituto, pero June no le había oído mencionar nada de eso desde entonces. Las páginas siguientes están llenas de poemas a medio escribir, listas a medio hacer, incompletas, planes de asientos para el banquete de la boda. Hay páginas de menús de prueba de Feast of Reason que Lolly le decía a Rick que revisara y reimaginara. Hay fotos de pasteles de boda y flores arrancadas de revistas, y hay facturas atrasadas de Con Ed por el apartamento de Lolly y Will en la ciudad.

La factura de la luz de Lolly, el catering sin pagar. Es la primera vez que June piensa en esas responsabilidades desatendidas. Una sacudida de pánico, una sensación de tener que encargarse de las cosas, regresa. Es una sensación vieja y familiar que viene de otra vida. La única llamada que hizo fue a Paul, su abogado de la ciudad, para preguntarle qué debía hacer para darle poder notarial para todo: las reclamaciones al seguro, las cuentas de los bancos, las facturas pendientes. Le pidió que consolidara sus cuentas bancarias, liquidase su plan de pensiones, pagara las penalizaciones necesarias, vendiera la propiedad en la que había estado la casa, si se podía vender, y transfiriese cualquier cantidad que tuviera a la cuenta con la que emitía cheques, para acceder a ella a través de su tarjeta de crédito. Paul condujo hasta Connecticut con los papeles para que los firmara y llevó con él a alguien de su despacho para que fueran válidos ante el notario. June le dijo por teléfono que no quería hablar del tema o consejos, sólo que lo hiciera, y que podía tomar lo que le debiese de la cuenta que ahora controlaba. Esperaba que a estas alturas Rick y todo el mundo al que debiera dinero hubiese dado ya con Paul. June empieza a hacer una lista mental de quién podría ser esa gente. Rick, el casero de Lolly en la ciudad, Edith Tobin, que recauda los impuestos del pueblo. Los nombres zumban como abejas. Cierra el primer cuaderno y saca otro de la bolsa de lona. Éste tiene el nombre de Lolly escrito delante y debajo hay una fecha. Es una fecha descuidada de hace dos años, *Verano de 2012*, que debió de ser cuando Lolly volvió de su semestre en Ciudad de México, cuando llevó a Will a Boston para que conociera a Adam y luego,

después, a June. El encuentro fue breve. Una cena en Nueva York. Sucedió antes de que Lolly aceptara conocer a Luke, así que June fue a la ciudad sola y condujo de regreso esa misma noche. Apenas recuerda a Will. Lolly llevó a casa a muchos novios a lo largo de los años, así que no había razón para que fuera distinto. Además, no había visto a Lolly desde Navidad. Le había pedido a Adam y a June que no fueran a verla a Ciudad de México. Para darle un descanso, les había dicho, en la tarea de ser su hija.

June hojea el cuaderno y ve dibujos de Will. Página tras página de perfiles, detalles, su nariz, su clavícula. Son *amateurs*, pero la sorprende lo detallados y atentos que son. Lolly siempre fue un poco acelerada y dispersa, como muestran los abultados contenidos de sus bolsas, pero es obvio que prestaba mucha atención a Will. La observación sostenida que se necesitaba para crear esos dibujos es paciente, tierna, íntima, y June se esfuerza para no apartar la mirada. Siente el escozor de los celos cuando mira el estudio del pelo ondulado y castaño de Will desde atrás. Es, de lejos, el más detallado, y el que está dibujado con más complejidad. Pasa las imágenes de Will y encuentra una página de tinta azul oscuro. Al principio parece un garabato denso, un mural absurdo de formas y líneas. Pero cuando gira el cuaderno, resulta evidente que Lolly intentaba crear una imagen del océano. Pájaros marinos dibujados toscamente vuelan en extraños ángulos en el hueco de cinco centímetros entre la dentada línea del horizonte y el borde de la página. Y bajo los pájaros se elevan olas elaboradamente dibujadas, en las que June distingue formas de caras, manos, edificios, un coche, un avión, ojos, árboles, una puerta. El efecto es fascinante y empieza a sentirse mareada. June cierra suavemente el cuaderno y lo deja encima de la cama, papeles doblados y recortes sobresalen por los bordes. Aquí, se da cuenta, hay un nuevo remordimiento. Lo que ha visto en las imágenes de Will y todavía más claramente en las olas era a alguien que intentaba entender el mundo a base de recrearlo, refractarlo y complicar sus piezas para construir un significado. Lo que veía es que Lolly era algo que nunca imaginó que fuera: una artista. Quizá no una gran artista —si es que se podía evaluar eso con precisión empírica—, pero sí alguien con alma de artista, que necesitaba abstraer lo que la desconcertaba para encontrar las respuestas. Y a June eso se le había escapado. No importaba que se hubiera pasado su carrera profesional identificando y nutriendo ese instinto en sus clientes. No importaba que fuera la parte de su vida en la que no había fracasado. Lolly era una artista que encontraba su camino y a June eso se le había escapado totalmente. No sabía qué era peor: que se le hubiera escapado o que Lolly nunca lo hubiese compartido con ella.

El vértigo empeora y June pone las dos manos en la cama y se tranquiliza. Se sienta muy quieta, con los ojos cerrados y los dos pies plantados con firmeza en el suelo. Espera a que se le pase, y al cabo de unos minutos remite. Al final, se obliga a sacar el último cuaderno de la bolsa de lona. Cuando lo abre, ve que no hay nada dibujado o escrito en sus páginas, nada dentro. Es nuevo, el lomo no tiene una sola

arruga y las páginas están en blanco. Cierra el cuaderno y ve, escrito en la cubierta con un rotulador marrón, *Grecia*.

June deja el cuaderno encima de la cama junto a los otros dos y se tumba. Se nota los muslos cansados, entumecidos. Su mente se nubla. Ha dormido más de doce horas esta noche, pero está, de pronto, cansada. Lentamente, se lleva las rodillas al pecho y cierra los ojos.

Alguien llama con fuerza a la puerta. Ella no tiene ni idea de cuánto tiempo ha pasado. Ve que mientras dormía ha tirado los cuadernos de la cama, y muchos de los contenidos arrugados y doblados se han caído sobre el suelo de fina moqueta. *Hola. Hola. Tenía que haber dejado la habitación hace dos horas*. Pestañea para entender dónde está. *Vale, vale*, dice, sin saber a quién o por qué. Se mira los pies y ve uno de los cuadernos boca arriba, abierto por un dibujo que no había visto antes. Garabateado con tinta azul, muestra un motel de playa de una sola planta con un cartel que dice THE MOONSTONE. Delante, hay una oficina de recepción torpemente dibujada y una hilera de coches; detrás del edificio aparece una representación muy exagerada del oleaje, que arroja mar y espuma a lo alto de la página. June recoge el cuaderno del suelo, se lo pone en el regazo y pasa página. Escrita con tinta azul y fechada el 7 de julio de 2012, hay una carta. La primera palabra es *mamá*.

LYDIA

Tiene calor, nota que la piel se humedece debajo de su ropa, así que a mitad de paso, sin reducir la velocidad, se quita el forro polar y lo pliega debajo del brazo izquierdo. Camina deprisa. Es agradable sentir el aire frío en el cuello. Respira hondo y se seca el sudor de la frente. Recuerda el dinero y comprueba el bolsillo para ver que no se le haya caído. Setecientos dólares y el cambio de los cincuenta que ha usado para pagar el café en la cafetería. No puede creerse la cantidad, o que condujo hasta el Walmart de Torrington para conseguir la tarjeta monedero que le pidió Winton y que luego la envió. Gracias a Dios, piensa, que ha vuelto. Tiene bastante dinero para vivir gracias al seguro de Luke y la venta de su negocio, pero sólo si vive de forma austera, como hace. Aprieta el fajo de billetes en el bolsillo y piensa con un impulso de alivio: Winton dijo que devolverían la tasa de la lotería y lo han hecho. Empieza a permitirse imaginar que todo ese plan disparatado es real. Lo que la excita no es tanto el dinero como la posibilidad de que Winton esté contando la verdad, de que sea el amigo que dice ser. Pero muchas de las cosas que cuenta no tienen sentido. ¿El dinero que le ha devuelto es sólo una manera de conseguir que confíe en él? ¿Prepararse para asaltar un botín más fuerte? Winton mencionó un gasto de mantenimiento hace unas llamadas, pero dijo que no debía preocuparse de eso, que no sería nada comparado con lo que le iba a tocar. Repasa las docenas de incoherencias de sus historias. Cuando lo cuestionó en una ocasión por el nombre de su exnovia, que cambiaba casi cada vez que la mencionaba, él dijo: *Oh, señorita Lydia, no puedo entrar en temas personales. Cambio algunos detalles para mantener algo de intimidad y protegerte si mis jefes descubren que nos conocemos tan bien como nos conocemos.* Eso fue sólo hace unas noches, cuando el dinero todavía no había llegado y ella empezaba a preocuparse. *Tenemos que estar uno al lado del otro, amiga mía, para salir del laberinto. Para que tú consigas el dinero y para que yo pueda dejar el trabajo. ¿Podemos ponernos de parte del otro?*, preguntó, y ella respondió tras un breve silencio: *Sí.*

Quizá sea exactamente quien dice que es, piensa Lydia mientras acelera el paso. Quizá no sea el enemigo. ¿Cuándo ha tenido ella razón sobre nadie? Se equivocó con Earl y Rex y con la mayoría de los hombres que hubo entre los dos. Y se equivocó con June. Recuerda que al principio pensaba que no tenía buenas intenciones hacia ella o hacia su hijo. No podía imaginar qué podía querer de ella esa neoyorquina consentida de coleta rubia y uñas perfectas. Y no tenía interés en entender lo que

quería de su hijo. Recuerda que le dijo que se fuera, que los dejara en paz. La había juzgado con demasiada dureza antes de saber nada de ella. ¿También había juzgado a Winton con demasiada dureza? ¿Podía estar de su lado? Después de todo, ha pasado casi tres meses hablando por teléfono con ella. Sus historias cambian pero las sigue contando, llama cada mañana y cada noche. No se ha ido, se recuerda cuando pasa ante la floristería de Edith Tobin, y eso es más de lo que puede decir sobre June.

Es de noche y hay alguien detrás de ella. Ha oído pasos pero no quiere detenerse, no quiere darse la vuelta. Sólo está a seis o siete puertas de su edificio de apartamentos. Su frente está cubierta de gotas de sudor y nota que los vaqueros se le pegan a las piernas. Coge el forro polar con las dos manos y lo aprieta contra el pecho. Sólo faltan cinco puertas. Oye un zapato que raspa contra el suelo y algo —un palo, una piedrecilla— que la golpea en el pie. Alguien está justo detrás de ella. Se detiene, se da la vuelta, y antes de ver quién es, explota *¡APÁRTATE DE MÍ!* A menos de treinta centímetros hay un chico con una sudadera verde y capucha. A esta distancia está segura de que es el hijo de Kathleen Riley. Los mismos ojos verdes. Los mismos labios finos. La mira directamente y luego detrás de ella, por encima de su hombro. Empieza a decir algo. *Yo... eh... La conozco...*, pero se detiene y pasa rápidamente a su lado, recorre la acera hacia el final de Upper Main y desaparece.

El corazón de Lydia late rápido, intenta controlar la respiración. Comprueba que lleva el dinero en el bolsillo de la chaqueta y le alivia sentir que todavía está allí. Recorre apresuradamente la corta distancia que hay hasta su casa y busca la llave. Le tiemblan las manos. En cuanto abre la puerta y la cierra tras ella, hay un golpe ruidoso en el cristal de la ventana. *PAM PAM PAM*. El chico, piensa, la ha seguido a casa. Echa todo su peso sobre la puerta mientras intenta cerrar el cerrojo. *¡PARA! ¡PARA YA!*, grita, con las manos resbaladizas por el sudor y la adrenalina corriendo por su cuerpo como un rayo. *¿QUÉ QUIERES DE MÍ?* Las rodillas se le doblan ante la puerta. No puede estar de pie. Como en las pesadillas de su infancia, ha perdido la capacidad de moverse. Vuelven los golpes y gatea torpemente para alejarse de la puerta. Pero, cuando está a suficiente distancia para mirar, ve que no es el chico. Es una mujer con un bebé en una mochila de tela que lleva atada por delante. Lydia cierra los ojos y respira. Le dice a la mujer que espere un segundo y consigue ponerse de pie y caminar a la cocina para secarse el sudor de la cara. Cuando recobra el aliento y su corazón se calma, retira el cerrojo. *Lo siento*, explica. *Pensé que era otra persona*. Pero la mujer permanece impassible. Es joven, tiene la piel morena, el pelo corto y oscuro y arrugas profundas en torno a la boca y los ojos. En cuanto la puerta se abre por completo da un paso adelante y golpea con su mano libre a Lydia, fuerte, en la mejilla derecha. *¡ESO es por mi padre!*, grita. Retira el brazo para volver a pegarle, pero duda, retrocede y sale del apartamento. Parece tan nerviosa como enfadada. *Seas quien seas, si no me das el dinero que te mandó mi padre, llamaré a la policía y haré que te arresten. Y no lo niegues... Sé quién eres y sé por la dirección que esos monstruos de Jamaica le dijeron que te mandara a ti el dinero. Lo estáis*

destrozando... *Es un hombre mayor y está solo y es repugnante que os aprovechéis de un blanco tan fácil como él. ¡Cree de verdad que hay millones de dólares con su nombre en algún sitio! ¡Cree de verdad que sois sus defensores!* Asombrada, Lydia se lleva la mano al bolsillo, los dedos le tiemblan, su mente todavía está procesando lo que acaba de oír. Quien sea el padre de esta mujer ha caído también en la estafa de Winton, piensa, y le entrega a la mujer siete billetes de cien dólares junto al montón suelto de veinte, cinco. El hombre debió de creer, como ella, que pagaba la tasa para acercarse al premio gordo. Y la mujer, su hija, piensa que ella forma parte de la estafa y no que es una víctima como él. Un blanco fácil, solitario, alguien dispuesto a creer mentiras y tirar el dinero para no estar solo. La mujer se inclina, coge el dinero de la mano de Lydia y se lo mete en los bolsillos de sus pantalones blancos de pana. El bebé, que hasta ahora ha estado callado, empieza a llorar. Lydia no sabe si es niño o niña, pero el llanto se convierte en gritos: unos gritos urgentes y agudos, como si alguien le hubiera pellizcado. Manos diminutas, rojas y desesperadas, surgen de la tela amarilla pálida apretada contra el pecho de la mujer. *Tienes que parar*, dice seriamente, ignorando al niño que estalla en lágrimas. Aguanta la mirada de Lydia un instante más, y mientras cierra la puerta tras ella dice con seriedad: *Tienes que parar*. El silencio que sigue es completo. No hay sonidos en el apartamento. No pasan coches ni grita la gente en ninguna parte. Lydia está junto a la puerta, la cierra y se apoya contra la pared. El teléfono suena y ella no lo coge. Se detiene unos minutos y luego empieza otra vez y el patrón se repite durante una hora. Al final, cruza el comedor hacia la cocina y espera. Al cabo de un momento, el teléfono suena de nuevo y ella contesta. Es, por supuesto, Winton. Dice su nombre, una y otra vez, pero ella no dice nada. No juega y tampoco se contiene. Se ha quedado sin palabras. El chico en la acera, la bofetada, el bebé que gritaba. La conmoción la ha dejado en silencio. Winton habla otra vez. *Lydia, vuelve a Tierra. Vuelve a la madre Tierra*. Ha oído esas palabras antes. ¿Quién más le ha dicho esto? Rex. El último hombre al que llamó novio. *Vuelve a Tierra, cadete del espacio*, decía. *Aterriza, viajero del espacio*. ¿Quién si no Rex? Todavía siente el escozor de la bofetada de la mujer y surge algo que le decía su madre: *Un día de éstos alguien te va a inculcar sentido común de un bofetón*. No es un recuerdo feliz. Su madre solamente lo decía cuando estaba enfadada o borracha, pero tiene algo que hace reír a Lydia. Imagina a su madre a la mesa de la cocina, señalando con el dedo, bebiendo su *schnapps*, ladrando sus advertencias. No puede evitar reír.

¿Lydia? ¿Estás ahí? Winton. Por un momento ha olvidado que estaba al otro lado de la línea. *Mi querida Lydia*, dice, *querida*, ¿qué pasa? Oye su tono preocupado, la elección léxica extraordinariamente cuidadosa, pero no la consuela. Sigue diciendo su nombre, pregunta qué sucede. Esa voz, piensa, y vuelve a reír. He enviado dinero por correo a alguien que no conozco y me han atacado en mi propia casa. Por una voz. La voz de un desconocido.

Dime qué te preocupa, arrulla la voz. *Dímelo*. De nuevo, piensa en Rex. El último

hombre que le mintió tanto como Winton, piensa, el último hombre que como él tuvo el poder de obligarla a hacer cosas que sabe que están mal. Continúa callada. Tras un largo silencio, Winton dice de nuevo y suavemente: *Cuéntame lo que pasa.*

¿De verdad quieres saberlo?, pregunta ella, sintiendo, contra su voluntad, el deseo de hablarle de su loca tarde. Se lleva el receptor al oído y admite que no hay nadie más que Winton a quien pueda contárselo: el chico que la ha seguido hasta casa, la mujer furiosa que le ha dado una bofetada, cualquier cosa. Se inclina hacia delante y deja caer el receptor en su regazo. La voz en sus manos es todo lo que tiene y no es nada. Se mece suavemente y desearía poder esfumarse. Ahora se siente más sola que en las semanas posteriores a la muerte de Luke. Al cabo de un rato, oye que la voz de Winton llega desde el teléfono. Se lleva el receptor al oído y lo oye canturreándose a sí mismo, casi cantando. *Oh, señorita Lydia, ¿adónde has ido? ¿Qué has hecho y dónde estás? Vuelve conmigo, señorita.*

Estoy aquí, susurra. No me he ido. Estoy donde siempre he estado.

La voz de Winton cae a un susurro. *Cuéntame una historia, querida Lydia. Quítate un peso del alma. Cuéntame la verdad porque te liberará.*

Lydia oye el crujido de los pasos en el apartamento de arriba. Escucha al vecino de arriba caminando por la cocina, abre la puerta del frigorífico y la cierra suavemente. Oye el ruido de una botella de cerveza que se abre y el sonido de una chapa que cae en el fregadero. Se sienta derecha, con la espalda contra la silla de madera. Cuando habla, su voz raspa en su garganta. *Te contaré una historia, Winton. La que habla de dónde he estado siempre.*

LOLLY

Mamá:

Te escribo desde el fin del mundo. Parece que estemos en un lugar entre el cielo y la Tierra en la playa de Moclips. Llegamos hace dos noches, después de conducir cuatro días seguidos desde Nueva York. ¿Te puedes creer que nos pararon en la Ruta 3 en Nueva Jersey? Nada más pasar, bumba, una multa de ciento veinticinco dólares por exceso de velocidad. Estoy segura de que el policía vio la matrícula de Washington de Will y dijo: vamos a pillarlo. Pensamos que era un mal presagio para el viaje, pero al final resulta que cada momento ha sido mágico, como si nos hubiera guiado una estrella de la suerte. Incluso cuando nos perdimos en Pensilvania nos llevó a quedarnos en un pueblo precioso que es casi exclusivamente amish. No podían ser más amables. Habíamos oído hablar de un grupo de adolescentes que habían tenido un accidente de coche: unos chicos amish que se emborrachaban y vivían al máximo en su año de purgatorio entre el instituto y el matrimonio. Toda la ciudad parecía formada en torno a esos chavales muertos. Parecía que, si mirabas con atención, podrías verlos en los lugares en los que habían estado. Es raro decirlo, pero tengo la sensación de conocerlos un poco. Se hablaba mucho de ellos. Ese pueblo era muy triste, pero también era bonito ver una comunidad donde todos se necesitan tanto los unos a los otros. Y su fe. Nunca he creído en Dios, aunque veo que creer en uno podría ayudar después del tipo de tragedia que han vivido.

No puedes imaginar cuántas estrellas se ven aquí. Brillan más que la luna. O el sonido del viento o de las olas que rompen. Como trenes de carga al otro lado de la ventana. No da miedo porque, por alguna razón, esta habitación sencilla en el fin del mundo parece el lugar más seguro en el que yo haya estado nunca.

Sé que divago, mamá, pero estoy rara, como diría papá. Cruzar el país, terminar aquí, donde creció Will —ahora entiendo por qué para él era tan importante enseñármelo—, y el viento loco me han hecho pensar. Es curioso imaginar que el viento tiene una forma, pero es así. Se vuelve visible de vez en cuando: en la lluvia que cae con fuerza sobre la tierra, en la nieve sobre los campos que hay detrás de nuestra casa. Me acuerdo de que en invierno miraba por la ventana de mi habitación, observaba cómo el viento soplaba sobre la superficie de los campos blancos, levantando y agitando la nieve en espirales, y en un destello podías ver que esa fuerza que siempre estaba allí cobraba vida y se revelaba. Creo que ocurre de ese modo con los padres y los hijos. Siempre están ahí y de repente, por alguna impresión fuerte, decepción o un gran gesto o ausencia, el niño ve a esa persona que siempre estaba allí, y que le resultaba invisible salvo en su función de proveedor. Eso es lo que me ha pasado, contigo. Sólo te vi de verdad después de que dejaras a papá, y no me gustó lo que vi. No podía entender por qué lo dejabas después de todos esos años. Cómo podías poner tu carrera por encima de nosotros. Si te soy sincera, todavía no lo entiendo. Pero últimamente veo que lo que puedo y no puedo ver no importa. No tengo derecho a decir quién eres o no eres, y no es mi derecho saberlo. Ahora, con Luke en tu vida, has aparecido a mis ojos como mujer, como yo, con el menú completo de carencias y deseos que tenemos las demás. No digo que haya sido muy divertido o no haya sido embarazoso, me incomoda decir que ha sido ambas cosas. Pero me ha hecho pensar. Lamento no haber querido conocerlo en Nueva York. No quería que eclipsara a Will. Y, para ser sincera, creo que me preocupaba cómo podía reaccionar y no quería que Will me viera perder el control.

Hablando de control, imagino que papá también me resulta más visible. Hace mucho tiempo que sé que corre detrás de las faldas como un loco. Siempre me ha dado pena, pero es algo que nunca le he echado en cara. No pensé hasta hace poco que quizá su forma infantil de actuar con las mujeres precedía a que lo dejaras y que era muy probable que tuviera mucho que ver con eso. No puedo creer

que no se me ocurriera antes. Tampoco puedo decir que haya llegado a alguna de esas ideas por mí misma. Cuando empezaba con Will me dijo que sería buena idea que cuestionara todo lo que pensaba que sabía de papá, de ti, de vuestro matrimonio, de mi infancia, incluso de mí misma. En realidad, sugirió que, cada vez que me resistiera a aceptar una opinión distinta sobre cualquier cosa, debía intentarlo. Creo que hablaba de política, porque él es mucho más comprensivo con nuestro presidente que yo. Aun así, es difícil abrir el telón sobre viejas historias y viejas opiniones. Lo llevo haciendo desde hace un tiempo, y ver las cosas como eran en vez de como yo las percibía a lo largo de los años es aleccionador. Lo que intento decir es que te he culpado mucho tiempo por no tomar las decisiones que quería que tomaras, y mientras Will ronca a mi lado y antes de que el sol salga en unas horas quiero que sepas que ahora veo las cosas un poco más claramente y que espero que me perdones por ser incapaz de hacerlo antes. Todavía me pongo furiosa cuando pienso en cómo te fuiste y en cómo tomaste todas esas decisiones sin incluirme. Anunciaste el nuevo orden de las cosas como si nada tuviera que ver conmigo. ¿Puedes imaginar qué impresión me produjo a los catorce años? ¿O lo sola que me sentía después de que te fueras? ¿Pensaste en mí cuando tomaste todas esas decisiones? ¿Alguna vez pensaste en cómo te echaría de menos?

Allá voy. Cuesta muy poco volver a todo eso. Pero supongo que por eso te escribo ahora. Para ser totalmente sincera, es algo que sugirió Will. Escribirte sin preocuparme por que leyeras las palabras. Para decir lo que siento sin arriesgarme a responder por ello. Me dijo que lo hiciera hace meses, pero cada vez que lo intentaba fracasaba. Pero esta noche es distinta. Algo que hay en este lugar. Y Will. Quiero tener contigo la relación que él tiene con sus padres. ¡Es tan poco complicada...! Simplemente los quiere y todo es fácil y afectuoso entre ellos. Eso es lo que quiero, pero no sé cómo conseguirlo. Como si, al perdonarte por todo, me traicionara a mí misma. O a la que era. Y ahí es donde me atasco. Pero mientras Will y yo avanzamos juntos, me parece que es más fácil soltar algunas de las cosas a las que he estado aferrada.

Lo que quiero decir es que no quiero quedarme atrapada en cómo han sido las cosas entre nosotras. Todo parece muy frágil y breve, y no quiero que estemos separadas nunca más. No sé cómo decirte nada de esto, y por eso te estoy escribiendo esta carta. Espero dártela algún día.

Besos,
Lolly

SILAS

Pedalea tan rápido como puede para salir de la ciudad, hacia su casa. No puede quitarse de encima la mirada asustada en su rostro, su grito. Ha imaginado que se encontraban muchas veces, pero nunca tal como ha ocurrido esta noche. Cuando se la imagina, ella es cariñosa, reconfortante, lo aprieta contra sus grandes pechos y le acaricia el pelo. La ha imaginado sin ropa, besando su pecho, cogiéndole la polla. También ha imaginado que le corta la polla, para castigarlo, y la arroja a Indian Pond. Ha imaginado a Lydia Morey de todas las maneras posibles, pero nunca como la ha visto esta noche. Estaba aterrorizada, y quizá en una de sus fantasías eso lo habría excitado, pero esta vez ha sido justo al contrario. Lo ha turbado. Vulnerable más allá de las versiones limitadas de ella con las que ha trabajado. No la ha visto sola, furiosa, lujuriosa o triste. Era humana. Y eso es mucho más de lo que puede aguantar.

Sale de Tate Lane y coge un camino de tierra. En cuanto está fuera del alcance de los coches que pasan, salta de la bici y deja que caiga el suelo. Se quita la mochila de los hombros, la lona amarilla apenas se ve. No se distinguen con claridad las manos o los dedos, pero conoce las superficies y formas de sus cosas: táper, cuenco, botella de agua, bong y mechero. Se lía torpemente un porro chapucero y lo enciende. Se lo fuma y rápidamente se lía y enciende un segundo. La hierba es una mezcla de una marihuana vieja de Charlie y unos capullos nuevos que robó a un vecino que esconde sus plantas a plena luz del día en el último surco del huerto. Es una mezcla fuerte, y pronto siente una densa película que se alza entre este momento y las últimas horas. Ahora lo ve todo borroso, como a través de una neblinosa bola de nieve, y lo agradece. Se apoya contra un árbol y vuelve a ver la cara de Lydia. Repasa el incidente a cámara lenta y observa cómo se alzan sus cejas, ve cómo abre la boca cuando le grita. Ella se cubre el pecho con su chaqueta, pero, ahora que controla la escena, él hace que la deje caer y mira su camiseta de cuello de pico cuando se agacha a recogerla. Ahora la camiseta está sudada y empapada, y a través de la ropa translúcida ve piel rosa y pezones oscuros y amplios. La visión lo relaja, lo ayuda a quitarse de encima la sensación de antes. Recoge sus cosas, cierra la mochila y se la echa al hombro. Camina empujando la bici hasta Tate Lane. Sobre él, la luna está casi llena y brilla rosa en la noche fresca. Nubes delgadas se mueven lentamente por el cielo, y comienza a distinguir una cara en la superficie de la luna. Al principio es una máscara áspera con cejas desiguales y patillas asimétricas, la boca y la nariz desfiguradas y grandes. Luego cobra vida. Conoce esa cara. Es el dragón que vio en

mayo cuando iba a casa desde la propiedad de June Reid. Entonces, sus alas de color rubí y su cola infinita llenaban el cielo, pero ahora son invisibles, están ocultas por la noche negra y azul. Sólo el hocico, los ojos diabólicos y el humo que brota de su garganta son visibles. Es él. Sabe que está alucinando, pero aun así sus manos tiemblan mientras tira de la bicicleta hacia él. Cuando se sube, oye algo. Una voz, un gruñido, un perro que ladra. No puede distinguirlo. Pero en ese ruido oye *FUERA*, con más claridad y precisión que ninguna palabra que haya oído en su vida. Empieza a pedalear y mira la luna. La cara del dragón está totalmente definida: hocico alto, boca abierta. Los ojos no se apartan de él. Mira detrás de la luna y empieza a ver el dibujo de su cuerpo de mamut, la silueta de las alas de murciélago en el cielo. Está en mitad de la calzada, pedalea lentamente y mira hacia arriba y hacia atrás al mismo tiempo. Cuando empieza a distinguir los bordes de su cola gigantesca, el manillar se tuerce en sus manos, la rueda de delante gira hacia la izquierda y la bicicleta se desploma. Cuando cae, oye un ruido debajo, el conjunto medio suelto de táper y bong que suavizan su caída y luego el bong, lo nota y lo oye, se hace añicos. Se sienta en la calzada, comprueba sus extremidades para ver que todo funciona. Se tienta el costado y los hombros para asegurarse de que no se le ha clavado cristal. No detecta heridas graves, pero se ha raspado la piel de las palmas de las manos y la carne expuesta empieza a escocerle. Sentado en medio de la calzada, se atreve a levantar la cabeza y por supuesto el dragón sonríe, divertido, mirándolo directamente. ¡¿Qué coño?! ¡¿Qué?! grita, medio llorando por la frustración y el miedo. ¿IR? ¿Adónde? ¿ADÓNDE TENGO QUE IR?

Pide respuestas a la composición encantada de nubes, noche y luna, pero sabe adónde tiene que ir. No ha vuelto desde mayo, cuando corrió por el césped y subió por el camino hacia la carretera. *Joder*, murmulla, sacando la bicicleta de la carretera y quitándose el asfalto suelto de los cortes de las manos. Va en dirección a casa pero pasa Wildey Road, donde vive, y continúa hacia Indian Pond. Se niega a mirar el cielo nocturno antes de llegar allí, y cuando pasa ante el lago ve el dibujo de azules, grises y negros que se reflejan en el agua. No puede evitar mirar, y el dibujo caleidoscópico que brilla es siniestro y hermoso. Luces que se acercan por la carretera rompen el encantamiento y reduce la velocidad hasta que pasa el coche. Cuando lo hace, ya está más allá de la iglesia y pronto se encuentra en lo alto del camino de entrada.

JUNE

Sabe dónde terminará. Donde se acaba la tierra y sólo hay mar, y entre los dos, una habitación. Las páginas de la carta están metidas en el cuaderno naranja que descansa encima de los otros dos, en el asiento del copiloto. En el Super 8, ha leído cada palabra, una y otra vez, hasta que el encargado le ha dicho que se tenía que marchar inmediatamente o pagar otra noche. La letra era familiar, sin duda de Lolly, pero las palabras no. Era de alguien que apenas recordaba, de antes de que ella y Adam le contaran que se iban a divorciar. Después de eso, Lolly nunca fue tan sincera o abierta o cariñosa con June. Podía ver en la carta el contradictorio intento de Lolly de describir un futuro que todavía debía vivir. Nunca llegó, piensa June, recordando el frío intercambio de palabras con Luke en el porche la noche de antes de la boda. Pero lo intentaba. Dondequiera que estuviera cuando murió, estaba mucho más cerca de lo que June pensaba. Tener un atisbo ahora era un milagro amargo, una caricia fantasmal que producía más remordimiento que consuelo.

Mientras sale de Idaho y entra en el estado de Washington, aspira el aroma de Lolly. Lo ha oído antes en las páginas, levemente, el extraño perfume que olía a chocolate caliente y que Will le había dado el semestre que pasaron en México y que le siguió regalando más tarde. June hurgó en la bolsa de Lolly y encontró el pequeño frasco de color marrón y blanco, y se echó unas gotas en la muñeca, suavemente, y en las páginas, antes de doblarlas en el cuaderno y abandonar el Super 8. El olor a cacao y canela llena el coche. ¿Cómo permitió que se distanciaran tanto?

Oye la voz de Luke, gritando, como si respondiera. *¡Joder, June, tíralo!* Se aleja de ella en el césped que hay detrás de la casa. *¡Tíralo! ¡Tíralo!* Le grita mientras ella sostiene el duro borde de plástico del *frisbee* en las manos. *¿De qué tienes miedo?*, le dice, ahora parado con los brazos cruzados sobre el pecho. Fue el segundo verano, el siguiente a que Luke se fuera a vivir a su casa, e insistió en que salieran y tirase el *frisbee*. Habían llegado al final del césped, pero algo en ella se resistía a tirarlo. No recuerda qué: ¿lo infantil del juego? ¿Qué le hubiera pedido algo, lo hubiera exigido, y que ella tuviera el poder de rechazarlo? Al cabo de un rato él se fue, distante y decepcionado. Había momentos como ése, en los que ella no podía ser como él quería y él insistía, sin embargo. Era como el juego del gallina y ella siempre ganaba. No pestañeaba, y, como con el *frisbee*, normalmente él se marchaba resoplando. Como Lolly, tantas veces. Ahora recuerda que ese *frisbee* amarillo estuvo semanas en el césped, porque ninguno de los dos quería recuperarlo. Luke cortó el césped alrededor

y dejó que creciera una pequeña mata de hierba en un círculo irregular. Nunca lo mencionó, ella tampoco. Y un día desapareció.

Su mano derecha se aleja del volante y se posa en el cuaderno que está a su lado. Los dedos acarician la superficie gastada de la cubierta y luego se lo lleva al regazo, donde lo deja descansar. Aspira el perfume de Lolly y relaja el pie sobre el acelerador. Tiene cuidado de mantener con precisión el límite de velocidad, ya que no quiere que nada le impida llegar al Moonstone. Si se para sólo para echar gasolina llegará antes de la noche. No hay otra razón para acelerar que la sensación que ha tenido desde que leyó la carta: necesita ver el interior de ese cuarto, oír el aullido del viento y las olas que rompen como describía Lolly, ver las mismas estrellas y la luna, respirar el mismo aire salado. No conduce hacia su hija, pero es lo más cerca que puede llegar.

Le faltan horas. Conducirá hasta que se acabe la carretera, encontrará la habitación y se quedará.

DALE

Nuestro plan había sido esperar un año antes de ir desde Portland a Moclips con las cenizas de Will, pero después del primer día agradable de febrero, cuando terminaron las lluvias frías y la llegada de la primavera era, si no cercana en realidad, al menos imaginable, Mimi dijo que ya era hora. Llamé al Moonstone y pregunté si la habitación 6 estaría libre el fin de semana siguiente, y la mujer que respondió dijo que no y que probablemente no lo estaría durante un tiempo. Alguien había llegado a principios de julio y no se había ido. Pensé que era raro, ya que el Moonstone no es el tipo de sitio que cualquiera puede considerar su hogar, pero también me sentí decepcionado, porque la habitación 6 significaba algo para Will. Fue allí donde le propuso matrimonio a Lolly, y donde se alojó cuando volvió para asistir al funeral de Joseph Chenois. Habría sido bonito alojarnos en la habitación 6, ver lo que Will vio durante esos viajes de regreso a Moclips, pero no era la razón por la que íbamos.

Will nunca nos dijo dónde quería que lo enterrásemos o que esparciéramos sus cenizas —¿cómo iba a hacerlo, a los veintitrés años?—, pero lo sabíamos. Una franja de playa, de menos de un kilómetro y medio, va desde el Moonstone a la reserva quinalt, el océano está a un lado y la casa pequeña y gris donde creció al otro. No había ningún sitio que le gustara más. Ningún lugar en el que se sintiera tan seguro. Era su hogar y supuso cierto consuelo pensar en él allí. Así que, por primera vez desde que vivíamos juntos como familia, volvimos a Moclips.

Cuando llegamos al Moonstone, el polvoriento monovolumen negro aparcado junto al contenedor parecía no haberse movido en años. La matrícula azul bajo el cierre del maletero apenas era visible, pero supimos inmediatamente que era de Connecticut, y supimos que era de June. Mi primer impulso fue detener el coche, dar marcha atrás y alejarme. Tenía la sensación de haber tropezado con algo demasiado personal como para irrumpir. Como era el lugar en el que se habían prometido Will y Lolly, supuse que había ido para estar cerca de su hija, al igual que nosotros habíamos ido para estar cerca de nuestro hijo. Indecisos con respecto a lo que debíamos hacer, aparcamos el coche junto a la recepción y nos quedamos sentados en silencio durante mucho tiempo. Al final, Mike y Pru dijeron que nuestros reparos eran ridículos y que quizá ni siquiera fuera el coche de June. Así que entramos en recepción, conocimos a las nuevas propietarias y nos llevamos llaves para dos habitaciones. Habitaciones 5 y 7, las únicas dos que quedaban, y por supuesto a ambos lados de la habitación 6. Ninguno de nosotros les dijo a Rebecca y a Kelly que conocíamos a June. Ni siquiera

cuando Kelly volvió a pedir disculpas por que la habitación 6 no estuviera disponible. No decidimos sobre eso en el coche, ni nos hicimos señas en recepción: fue algo que todos comprendimos. Si estaba allí, la dejaríamos en paz en la medida de lo posible, aunque, teniendo en cuenta los pasos que había dado para evitarnos a nosotros y a todos los demás, era difícil imaginar que se quedara en cuanto supiera que habíamos llegado.

No sé por qué ni cómo, pero en todos esos meses en los que June no nos devolvió las llamadas ni respondió a las cartas que le enviamos, a la atención de su abogado en Nueva York, yo sabía que estaba bien. Mimi se preguntaba si debíamos hacer un esfuerzo mayor por localizarla: telefonear a los artistas que representaba, preguntar al abogado, buscar a parientes, aunque nunca se habló de tíos, tías o primos. Unas semanas después de Navidad, llamé a información, pedí el teléfono de Lydia Morey y me lo dieron inmediatamente. No sabía a qué otra persona llamar y, al principio, quizá porque se especulaba que su hijo, Luke, podía haber tenido algo que ver con el accidente, lo pospuse. Pero era la única persona del pueblo que podía saber dónde estaba June. Aparte de Luke, June no era una persona con muchas conexiones. No tenía amigos íntimos, o nosotros no sabíamos de ellos. Había dejado su trabajo en una galería de Londres años antes, y la vida laboral que tuviese era invisible para nosotros. A juzgar por el número de gente que se presentó en la iglesia aquella mañana, y por las fotos de las estanterías y las paredes de June, parecía que había vivido una vida plena y llena de gente, pero no parecía que nadie, aparte de Luke, hubiera durado. Incluyendo, desgraciadamente, a su hija, que, según Will y por lo que podíamos ver nosotros, en general guardaba las distancias. Teniendo en cuenta todo esto, quizá no sea sorprendente que Lolly se aferrase a nuestra familia. A menudo Will bromeaba diciendo que se había decidido por él sólo para llegar hasta nosotros. Y es cierto, me di cuenta de que a veces miraba a Will con Mimi o con Pru y Mike. Los miraba como si tuviera la nariz apretada contra la pared de cristal de un acuario y observase peces exóticos moviéndose en el agua, o como observaría un científico unos murciélagos extraños en el monte. Nos dijo, cuando la conocimos en Ciudad de México, que sus padres no sabían cómo hacerlo, y cuando le preguntamos qué ella respondió: *Todo*. Era triste oír a una chica hablar así de sus padres, y durante un tiempo a Mimi le preocupó que Lolly fuera demasiado cínica, demasiado dura y negativa para Will. Yo también me preocupé, pero Will estaba claramente enamorado y yo sabía que no se podía hacer nada si alguien sentía eso por otra persona, especialmente si se trata de tu hijo. Lolly era distinta, sin duda algo egocéntrica y egoísta, pero en el fondo era buena y adoraba a Will y no podíamos hacer nada, así que la acogimos. Yo creo que Will pensaba que, pese a su actitud infantil, había algo roto dentro de ella. Mimi dice que las heridas pueden cantar una canción cautivadora, y para Will —que desde niño se sintió obligado a arreglar, ayudar y cuidar de casi todo y a casi todo el que se cruzaba en su camino— la canción de Lolly era irresistible.

Cuando no salía el tema de su familia, Lolly era más dulce y más abierta, así que intentábamos no sacarlo; cuando por fin conocimos a Adam, y luego a June y Luke, sabíamos poco de ellos. Mimi y yo intuíamos que la relación de June y Adam era difícil. Tenía varias novias a las que Lolly no respetaba, y, en cuanto June empezó su relación con Luke, al principio se negó a reconocerlo y en general evitaba a su madre. Habló con Pru de ello la semana antes de la boda y, por supuesto, con Will, pero no sé qué ocurría entre Lolly y su madre. Sin duda tenían mucho que resolver, y según Pru, entre las muchas cosas tristes de lo que había ocurrido es que, en esos meses anteriores a la boda, había empezado a hacerlo.

Cuando hablé con Lydia en enero, me dijo que June se había ido a principios del verano y que no la había visto ni había tenido noticias suyas desde el funeral. Dijo que lo que quedaba de la casa se había demolido, y que una cadena bloqueaba el camino de entrada desde la carretera. Contó las noticias de manera desapasionada, como si tuviera poco que ver con ellas, o con June, lo que me sorprendió, puesto que las dos, por lo que había podido ver en esos pocos días antes de la boda, parecían unidas. En el ensayo, June le arregló el pelo a Lydia y las dos se rieron con una expresión cómplice, como viejas amigas. Todavía las veo, una junto a la otra, hablando en la iglesia, en el césped, ante el fregadero, en el porche. Las recuerdo más juntas que por separado. Eran una extraña pareja, muy diferentes en aspectos superficiales: una, elegante y rubia; la otra, terrenal, con el pelo largo y oscuro que caía por todas partes; una, serena y estoica, la otra, más necesitada, menos segura. Aun así, se parecían mucho en la forma en que trataban a sus hijos: eran formales y tímidas, cautelosas, como si acabaran de conocerlos. Pero entre ellas parecían relajadas, naturales. Así que oír a Lydia hablar de June con un tono tan distante fue una sorpresa, pero luego recordé a June en el funeral y los días anteriores. No hablaba. Ni con nosotros ni con Lydia ni con nadie. Recuerdo cómo se apartaba de nosotros cuando nos dirigíamos a ella y, si la abrazabas, se quedaba quieta, con las manos a los lados, hasta que el abrazo terminaba. Nos acercamos a ella lo mejor que pudimos, pero estábamos conmocionados e instintivamente cerramos filas a nuestro alrededor. Estábamos enloquecidos y lejos de casa. Nuestro hijo había muerto.

Había habido rumores de que Luke había provocado la explosión. El día en que nos fuimos de Wells, la mujer de la mesa del Betsy nos dijo que siempre supo que algo terrible iba a ocurrir cuando oyó que el hijo de Lydia Hannafin se había ido a vivir a casa de June Reid. *Iba a acabar mal*, dijo, negando con la cabeza y con un aire perversamente satisfecho. Los cuatro nos quedamos callados y salimos del pequeño vestíbulo lo más rápidamente posible.

Decidimos creer que lo que pasó fue un accidente horrible, nada más y nada menos. Cualquiera que hubiera estado en esa cocina sabe que tuvo algo que ver con ese aparato. Parecía salido de la época de la Depresión. Oxidado y blanco, inclinado. Recuerdo la tarde anterior al ensayo, mientras observaba a June atareada sobre uno de los quemadores para hervir agua para el té, murmurando porque no se encendía de

inmediato. Si culpo a alguien, es a ella. Debería haberse encargado de sustituir ese cacharro traicionero. Era evidente que no era seguro. Tenía los medios, y el resto de la propiedad estaba en buenas condiciones, incluso meticulosamente atendida. Intento no pensar en ello, pero a veces me sorprende preguntándome cómo demonios no se daba cuenta. ¿Cómo pudo ser tan descuidada? Saber que June debe de sufrir por esas mismas preguntas entumece de piedad, pero no erradica, la ira que todavía siento.

El estado destruyó, derruyó y se llevó todo cuanto quedaba de esa vieja cocina, la casa o cualquier pista que permitiera entender lo que provocó la explosión justo el día después del accidente, aunque nadie sabía por qué. Nuestra familia está segura de que Luke no quería hacerle daño a nadie. Era un hombre decente, y, a pesar de las tensiones que hubo en la casa esa noche e incluso días antes, no era un asesino. Si se debía a algún descuido por su parte, el chico pagó un alto precio y que Dios bendiga su alma torturada. Que hubiera estado en la cárcel y que fuera negro hicieron de él un fácil chivo expiatorio en esa localidad, que no podrías llamar racialmente diversa. Will, que quería convertirse en abogado de oficio en comunidades que no tenían la representación adecuada, se habría quedado lívido al ver lo rápido que lo señalaron con el dedo. Así que, con tantas cosas que no se sabían, nuestra familia decidió seguir el ejemplo de Will y abandonar toda teoría o culpa. Esto no significa que no hayamos sufrido. Hemos sufrido. Y no significa que hayamos encontrado la paz.

Después de volver a Portland, hubo un periodo en el que Mike no nos hablaba porque no habíamos presionado para que se llevara a cabo una investigación justo después del accidente. Insistió en que contratásemos a un abogado para denunciar al cuerpo de bomberos, o al pueblo, ahora no recuerdo a quién tenía en el punto de mira. Quizá debiéramos haberlo hecho. Pero cuando cuestiono nuestra decisión de alejarnos, me doy cuenta de que, fuera cual fuese el castigo que habríamos podido causar a los torpes funcionarios municipales responsables de destruir nuestra oportunidad de obtener respuestas, o aunque a través de algún gran despliegue de fuerza, determinación o suerte descubriéramos qué ocurrió en realidad esa noche, no habría forma de cambiar la horrible verdad: Will ha muerto. Nunca volveremos a ver, a oír o a estar con nuestro maravilloso hijo.

Mike lo ha aceptado, pero no es fácil. Lo vemos menos, pero Mimi y yo sabemos que sólo es por ahora. Pru se ha tomado un tiempo lejos de la escuela de posgrado y ha vuelto a casa. Sus amigos de Moclips y de la universidad llaman y a veces pasan por casa, pero ella está encerrada en sí misma, lee novelas que ya ha leído en la mesa de la cocina hasta medianoche y luego duerme hasta tarde. Por ahora, le damos espacio y la dejamos en paz. Y Mimi y yo seguimos dando clase —ella tercero y yo quinto— y hacemos lo que llevamos años haciendo: alentar y disciplinar, garabatear lo que hay que aprender en la pizarra y vigilar a los jóvenes que están a nuestro cargo durante un breve tiempo mientras corren a abrirse camino en el mundo.

Ahora hablamos menos. Hay viajes en coche y mañanas de domingo y comidas enteras en las que Mimi y yo no nos decimos una palabra. No por ira o ganas de

castigar al otro, pero hemos aprendido que a veces el dolor se puede volver ruidoso, y cuando lo hace intentamos no hablar por encima de él.

Me avergüenza recordar que no nos acercamos a Lydia antes. Por una buena razón o no, mantuvimos las distancias esos días irreales entre lo que ocurrió y los entierros. Ella había perdido a su hijo igual que nosotros y aun así no teníamos palabras para ella. Cuando hablamos en enero, le dije que lamentaba que hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que había tenido noticias nuestras, y que había estado y seguiría estando presente en nuestras oraciones. Le pedí que si June aparecía nos lo dijera, y dijo por supuesto y yo prometí lo mismo. Permanecimos al teléfono unos segundos de silencio incómodo y luego nos despedimos.

Un mes más tarde, desde el Moonstone, Mimi llamó de nuevo al número de Lydia, pero sólo sonó y sonó. Lo intentamos unas cuantas veces más, pero era siempre lo mismo. Fue el día posterior a que nos registrásemos, cuando vimos a June por primera vez. Era temprano, y Mimi y yo nos habíamos levantado y duchado y nos estábamos preparando para dar un paseo por la playa y por el viejo barrio. Justo antes de salir de la habitación, vimos que June cruzaba como un fantasma delante de nuestra ventana. Llevaba la misma ropa que vestía la noche del ensayo y los irreales días posteriores. Fue solamente un momento, pero parecía la misma, aunque más delgada, menos animada. No volvimos a verla hasta esa noche, justo después de que se hubiera ocultado el sol. Los cuatro habíamos caminado hasta la orilla al atardecer para esparcir las cenizas de Will. El oleaje era fuerte y la capa de nubes era densa, así que no hubo una majestuosa ceremonia crepuscular como esperábamos. Sólo el oleaje fresco y un cielo de peltre y Pru, metida hasta las rodillas en el océano, agitando la pequeña urna de cerámica donde había guardado las cenizas de Will todo el año. En cuanto desapareció la última pavesa de ceniza, Pru volvió a donde estábamos. La rodeamos y, con Mike, nos abrazamos unos a otros y lloramos. Nos quedamos allí de pie, juntos, mucho tiempo. Nunca he sido de ir a la iglesia, pero siempre he creído que hay una inteligencia creativa detrás del permanente misterio del mundo. A esa gran fuerza recé para que guiase el alma de Will donde fuera y para que protegiese a mi familia. La segunda oración era egoísta. Hombro con hombro en la playa no soportaba la idea de perder a ninguno de ellos. Pero yo sabía que nos iríamos perdiendo, uno a uno. La vida nunca me había parecido un don tan claro. Mike fue el primero en soltarse y hacer un gesto para que nos alejáramos del agua que se acercaba. A regañadientes, me solté y empezamos a regresar hacia nuestras habitaciones.

Una niebla ligera se movía en el viento racheado, y cuando llegamos al Moonstone estábamos empapados. Las luces de la habitación 6 estaban encendidas y, a medida que nos acercábamos al edificio, vimos que Cissy salía por la puerta, la cerraba tras ella e iba hacia su casa. Antes de que la puerta estuviera totalmente cerrada vimos a June, con los brazos cruzados sobre el pecho, muy quieta. No nos vio, y Cissy tampoco. Qué extraño era ver una figura tan importante del pasado de

Will, del nuestro, saliendo de la habitación de June Reid. Y qué raro que Cissy no hubiera venido a vernos desde que Rebecca y Kelly le dijeron que estábamos en el hotel. Fueran cuales fuesen sus razones, cuando Mimi y yo volvimos a la habitación esa noche, llamamos a Lydia, sólo para oír cómo el teléfono sonaba, sin respuesta. Mimi sacó un bolígrafo del bolso y empezó a escribir una nota en el bloc del Moonstone. Por la mañana le pediríamos a Kelly un sobre y un sello y lo mandaríamos a Lydia con una dirección no más específica que Main Street, Wells, Connecticut. Teníamos la esperanza de que le llegase.

LYDIA

La cocina está oscura. Una leve risa enlatada que llega desde el televisor del apartamento de arriba rompe el silencio. Lydia acerca la silla a la mesa de la cocina y al hacerlo raspa suavemente el suelo. Se lleva el receptor al oído con las dos manos y le pregunta a Winton si sigue allí.

Siempre, responde él con calma, como si hubiera esperado para decir esa palabra exacta.

Bien... Quédate ahí. Lydia respira hondo y exhala lentamente. Todavía tiembla por su encuentro en la acera con el chico que debe de ser el hijo de Kathleen Riley y con la mujer que le ha dado una bofetada hace unos minutos, pero no tiene miedo. Cierra los ojos mientras habla.

Nunca te he hablado de Rex. Es un tipo que conocí en el Tap hace mucho tiempo. El Tap es un bar que lleva aquí toda la vida y que estará para siempre como la gente que bebe allí. Gente como yo. Y como Earl, que iba cada noche hasta que lo echaron para siempre unos años después de que nos divorciáramos. Hace falta mucho para que te prohíban entrar en el Tap, así que eso debería darte una idea de la clase de persona que es. Imagino que si a Earl nunca lo hubieran echado del Tap, yo nunca habría empezado a ir allí, así que, si lo piensas, tengo que agradecerle que conociera a Rex. Esto ocurrió mucho después de Earl, pero yo todavía era lo bastante joven como para ir y no tener que pagar mis copas.

Quizá esto empieza con el hecho de que tenía más de cuarenta años y todavía esperaba que me invitasen a copas. No me has visto nunca, Winton, pero hasta hace no mucho llamaba la atención. Jamás me sirvió de nada, pero me consiguió copas gratis y esa noche me consiguió a Rex. Rex no era de aquí pero tampoco era de muy lejos. Tenía un gimnasio en Amenia y unas cuantas pequeñas empresas. Yo nunca conseguí entender lo que hacía, pero siempre tenía una historia para explicar, un coche nuevo o una moto nueva. Las cosas más o menos caían del cielo —televisores, motosierras, llantas, motos de nieve—, y yo nunca supe exactamente cómo. No me importaba. Era gracioso y le gustaba llevarme a buenos restaurantes. En esa época todavía pensaba que ir a un buen restaurante significaba algo.

Ha subido la voz. No grita, pero habla con determinación, y rápido, con la energía que viene de establecer conexiones, detectar un patrón, comprender algo. Poco después de empezarla sabe que es una historia que tiene prisa por terminar.

Además de mi hijo y de mi exmarido, Earl, la relación más larga que he tenido

con un hombre ha sido con Rex. Luke iba al instituto y todavía vivía conmigo, pero nunca estaba en casa. Tenía entrenamientos de natación y solicitudes de la universidad y la novia con la que anduviera por entonces.

Cuando apareció Rex, me gustó tener mis propios planes, una compañía distinta a la de mi hijo, que había sido toda mi vida desde que nació. Parecía un poco demasiado bueno porque no prestaba mucha atención a lo que deberían haber sido señales de alarma. Rex desaparecía unos días sin avisarme, y al principio resultaba raro, pero al cabo del tiempo me acostumbré. Además, había historias que no encajaban —como la tuya, Winton, nombres que cambiaban, lugares y momentos que no cuadraban—, pero también me acostumbré a eso, y me dije que no importaba. Cuando estaba, Rex era divertido. Podía ser misterioso y poco de fiar, pero me hacía reír. Como Earl. Como tú.

Luke nunca se quejó de Rex. Era respetuoso, pero yo notaba que no le caía bien. Nunca lo dijo, pero con Luke siempre sabías qué le parecía alguien por la manera en que lo escuchaba. Su cara se abría o se cerraba —no hay mejor forma de describirlo—, y con Rex se cerraba, como si supiera que lo que salía por su boca era pura basura. No es un talento que heredase de mí. Sólo he reconocido la basura cuando me ha cubierto por completo. Como ahora.

Unas semanas después de que Luke se graduara en el instituto, Rex me pidió prestado el coche. Era una tarde de sábado cuando me lo pidió, y lo necesitaba para hacer recados al día siguiente. Algo no funcionaba en su Corvette, me dijo, y prometió que me devolvería el coche por la noche. Recuerdo que Luke estaba molesto porque nuestro pacto era que yo tendría el coche para trabajar durante la semana y él podría usarlo los fines de semana. No recuerdo qué dije exactamente, pero aceptó a regañadientes.

Así que Rex durmió en casa el sábado por la noche, y el domingo por la mañana, antes de que yo me levantara, se marchó. Tres o cuatro horas después, me llamó desde una celda de Beacon. Lo había parado una patrulla estatal en Kingston, y había encontrado una gran cantidad de cocaína en el coche. Me pidió que le pagara la fianza, pero yo no tenía acceso a tanto dinero; así que su abogado, un hombre con nombre de mujer, Carol, consiguió el dinero y él estaba fuera a la mañana siguiente. Lo que Rex me dijo aquel día delante del juzgado era que las drogas no eran suyas. Que eran de Luke y que las escondía en el coche. Incluso dijo que lo había oído organizar entregas por teléfono y tratos de los que nunca me había dicho nada porque quería protegerme. Winton, tú también me dijiste que querías protegerme. ¿Te acuerdas? ¿De tus jefes? ¿Por qué necesitaría que me protegieras de gente que dirige una lotería que supuestamente he ganado? Ahí es cuando debería haberte colgado el teléfono, pero no lo hice. Y cuando Rex me dijo que me había estado protegiendo, debería haberme dado la vuelta y haberme largado. Pero no lo hice. Escuché. Como te escuché a ti. Escuché a su abogado, también, que me dijo que Luke pasaría diez años en la cárcel si no se declaraba culpable. Unos días después,

escuché al fiscal del distrito, que me dijo que las drogas estaban en una de las bolsas de deporte de Luke, con su carné escolar y otras pertenencias, unas gafas para bucear y un discman. También me dijo que un traficante de White Plains, un tipo llamado Ray Hale, al que habían pillado por entonces, declaró que Luke era su distribuidor en el condado de Litchfield. Dijo que dos personas más podían testificar que le habían comprado cocaína. Cuando me enteré de que Rex y el tal Ray Hale tenían el mismo abogado, Rex me dijo que era una coincidencia, que había poca gente que llevara casos de drogas en el valle del Hudson. ¿Y sabes qué?, lo creí. Los creí a todos. A todos salvo a mi hijo, que me suplicó que le consiguiera un buen abogado, que logró que profesores, entrenadores y amigos testificaran y escribieran cartas en su defensa. Todo el mundo en su vida estuvo a su lado, pero yo le fallé. Hice algo peor que fallarle.

La tarde siguiente al arresto de Rex, tres agentes de policía aparecieron en mi apartamento con una orden de registro. Llamé al abogado de oficio de Luke, que dijo que tenían causa probable porque no sólo contaban con declaraciones juradas que decían que era un traficante, sino que también habían encontrado las drogas en la bolsa de deporte en un coche que conducía regularmente. Me dijo que no tenía otra opción que dejarlos entrar. Así que les dejé, y como si les hubieran dado un mapa con antelación fueron directos a la habitación de Luke y en unos minutos encontraron dos bolsas de cocaína metidas en una lata de café debajo de su cama. Era como estar en una pesadilla. Luke, que había estado observando desde el pasillo conmigo, se volvió loco. Gritó que le habían tendido una trampa, que Rex tenía que haber puesto las drogas allí por si lo cogían. Me gritó a mí también. Me dijo que había arruinado su vida al llevar a Rex a nuestra vida. Creo que no entendí la razón que tenía hasta que los agentes de policía lo echaron al suelo y lo esposaron mientras uno le leía sus derechos. Y, aun así, no lo protegí. Debería haberme tirado delante del coche y gritar y chillar hasta que los policías, los jueces y los abogados creyeran que yo era la responsable de las drogas. Debería haber sido yo quien fuese a prisión. Mi vida no era nada y la de Luke estaba empezando. Pero no me moví. No grité. No hice nada mientras la policía se llevaba a mi hijo.

Lydia baja el teléfono al pecho. Su cara es una mezcla de dolor y escepticismo y, cuando devuelve el receptor a su oído, su voz es más suave que antes, menos apresurada.

Sé que piensas que soy una mujer estúpida, Winton, pero ni tú te creerás lo que vino a continuación. Lo que vino a continuación sólo es posible cuando hay una mujer débil que tiene miedo de estar sola. Cuyo hijo tiene una beca para una universidad en la otra punta del país y se marcha sin mirar atrás. Sólo es posible cuando eres una idiota como yo, que escucha a un tipo como tú hora tras hora, durante meses, oyendo mentiras como quien oye canciones en la radio.

Lo que vino a continuación es que dejé de ser madre. Acepté entregar una declaración jurada sobre dónde había estado Rex los días anteriores al arresto, algo

de lo que en realidad no tenía ni idea. La verdad era que se había marchado sin ninguna explicación o llamadas telefónicas durante tres días, lo que era normal para él. Apareció ese sábado por la tarde, sin su Corvette, se lo había dejado a un amigo al que ayudaba a montar un restaurante en la ciudad, dijo. Fue entonces cuando pidió que le dejáramos nuestro coche a la mañana siguiente. Su abogado dijo que esta pequeña declaración mía era lo último que necesitaba Rex para asegurarse de que la caída de Luke no le afectaba. Era, dijo Carol, lo mínimo que yo podía hacer dadas las circunstancias. Así que, a pesar de que ese mismo día había descubierto que Rex tenía una ficha policial que incluía fraudes y múltiples acusaciones de tráfico de drogas, hice mi declaración. Y cuando los abogados y el fiscal del distrito y Rex me dijeron que debía convencer a Luke de que se declarase culpable para obtener una condena reducida, también lo hice. Me dijeron que aunque Luke tenía dieciocho años y no era menor, sólo se llevaría un tirón de orejas porque era su primer delito, que no afectaría ni a su beca ni a su vida en modo alguno. ¿Crees que me molesté en preguntar a alguien —a Stanford, a su entrenador, a otro abogado—, para ver si sabían de qué hablaban? Por supuesto que no. Escuché a Rex. Y en vez de contratar a un abogado decente y dejar que decidiera el jurado, convencí a Luke de que se declarase culpable como todos querían que hiciera. A esas alturas estaba aterrorizado, llevaba días en la cárcel, y el fiscal del distrito lo asustó con amenazas de llegar hasta la treintena entre rejas. El abogado de oficio le dijo que era su mejor oportunidad de tener una vida normal, y al final se declaró culpable. Se declaró culpable y pasó once meses en prisión.

Lo que ocurrió más tarde no te sorprenderá. Rex salió impune y en tres semanas se había largado. Sin adioses ni llamadas, ni notas ni gracias. Nada. Nunca lo volví a ver ni a saber de él. Apuesto a que lo veías venir, Winton. Esa parte de la historia donde la mujer estúpida hace o le da al tipo que la hace reír lo que él quiere y luego desaparece. Has oído esa parte antes. La has oído, visto y lo has hecho mil veces.

¿Te he contado que esta noche ha venido una mujer a mi puerta y me ha dado una bofetada? Lo ha hecho. Probablemente conoces a su padre. Otro idiota como yo que manda dinero a desconocidos. Al menos es lo bastante afortunado como para tener una hija que intervenga. Como ha hecho. Me lo ha dejado claro. Y gracias a Dios. Me ha inculcado un poco de sentido común de un bofetón. ¡Por fin, alguien me da un poco de maldita sensatez! ¿Sabes qué ha dicho? Ha dicho que destruyo la vida de la gente y tiene razón. Me ha dicho que tengo que parar, Winton. Me ha dicho que pare, y ahora, aunque sé que es demasiado tarde como para que sirva de algo a alguien, voy a parar.

Antes de que Winton responda, Lydia se pone de pie junto a la mesa de la cocina. Aparta el receptor de su oído y lo aprieta contra su pecho unos segundos antes de colgar con cuidado. En el piso de arriba, el televisor está apagado y, por primera vez en toda la tarde, su apartamento está en silencio.

SILAS

Han pasado nueve meses desde que dejó aquí su bicicleta y se metió por el camino de entrada al otro lado del césped, hacia la casa. Como aquella noche, ahora hay una luna brillante, no del todo llena pero casi. Ilumina la carretera y, frente a la entrada que cierra una cadena, acres de huertos de manzanos y perales donde Silas y sus amigos pasaron muchas horas de niños. En la luz azulada imagina a Ethan y a Charlie golpeando manzanas con largos palos contra las paredes de piedra y viéndolas explotar. ¿Cuántas tardes han pasado aplastando fruta y riéndose a carcajadas? Recuerda a los trabajadores mexicanos que los saludaban y los dejaban estar. Nadie pareció echar nunca de menos esas manzanas o preocuparse de que entrasen en la propiedad. ¿Cuándo había sido la última vez que habían ido?, se pregunta Silas. ¿Dos veranos atrás? ¿Tres? Parece otra vida. Algo brilla en la oscuridad del otro lado de la carretera, y al principio no sabe qué es, pero cuando se acerca ve que es el viejo buzón de June Reid, mellado y plateado y aún en pie. Está inclinado a la izquierda, y la bandera roja de metal señala hacia el suelo. Regresa hacia lo alto del camino de entrada y desciende lentamente.

Ahora no hay una casa, sólo un rectángulo oscuro de tierra y piedra. No ve ningún signo de nada quemado o arrasado, ninguna señal de lo que hubo allí. Su tamaño sorprende a Silas. No parece lo bastante grande como para haber tenido habitaciones y muebles y todos los complicados sistemas que mantienen una casa en funcionamiento. Se acerca al lugar donde estaba la puerta de la cocina y mira el aire sobre el extraño trozo de tierra. Parece un jardín, piensa, esperando a ser plantado, o una tumba enorme, recién excavada y llena. Oye cómo cruje una ramita, y cuando salta para mirar ve lo que queda del pequeño cobertizo de piedra, semiiluminado a la luz de la luna como un fantasma harapiento. El pequeño techo de tablas de cedro está casi quemado, pero quedan las paredes y la puerta. De manera imposible, dos cajas de frascos de la marca Ball siguen almacenadas. Entra, se sienta en el suelo de tierra y apoya la espalda sobre la piedra fría.

Hace nueve meses, volvió porque no tenía otra elección. Intenta recordar qué hora era exactamente, pero esa parte está borrosa. Sabe que llegó a casa del trabajo a las ocho, porque cenó con sus padres y sus hermanas. Recuerda que le preguntaron por los preparativos de la boda y el ensayo de la cena. Lo que había visto, lo que había oído, quién estaba. No entendía a qué venía tanto interés, sobre todo de su madre, que preguntaba si había visto a la madre de Luke, Lydia. Siempre había tenido un

problema con ella. *¿Llevaba uno de esos vestidos cortos y escotados, como los que llevaba en el Tap?* Su hermana Gwen gritó: *¡Mamá! ¡Eso no está bien!* Su padre se rio y la cosa siguió a partir de ahí.

Después de comerse el helado de vainilla que su madre le da de postre, se levanta de la mesa para ir a su habitación, impaciente por fumarse un porro y dormir. A mitad del camino hacia la escalera, le parece que algo va mal. Se detiene a mitad, piensa. La mochila. *¿Dónde está?* Su pecho se tensa. *¿Se la ha dejado en la mesa de la cocina?* Baja la escalera hasta la cocina e intenta actuar con naturalidad mientras pasa junto a la mesa y se dirige al fregadero. *Vaso de agua*, murmulla preventivamente cuando mira debajo de la mesa, y no ve nada cerca de donde estaba sentado. Antes de quedar atrapado en la conversación, desaparece escaleras arriba hacia su habitación, donde repasa cada minuto de la tarde. Llevaba la mochila cuando él, Ethan y Charlie estaban haciendo el idiota y colocándose en la Luna. Recuerda que volvió corriendo y la dejó en el cobertizo de piedra detrás de los frascos, para que estuviera oculta mientras acababan a toda prisa el trabajo restante.

Se da cuenta. *SIGUE ALLÍ*. Detrás de la caja, en el cobertizo, al lado de la casa. La puta mochila sigue ahí, en ella su bong, su marihuana, su carné de conducir, su carné escolar y su dinero. Un montón de gente aparecerá a primera hora de la mañana para vaciar ese cobertizo y montar el banquete de boda. Rick Howland, el del catering, para empezar, estará allí antes de las ocho, y Luke está en pie a las seis la mayoría de las mañanas, así que, aunque piense en llegar antes que Rick a la casa, Luke ya estará caminando por la propiedad, recogiendo palos y maldiciendo a los vagos de sus empleados por hacer tan mal su trabajo.

Silas se sienta en la cama e intenta controlar su respiración. Está agotado después de pasar toda la tarde de pie y colocado, y tiene la sensación de que está hiperventilando. Aprieta los puños contra los muslos, respira profundamente y desea irse a dormir. Pero no hay manera de esquivar la triste verdad: tiene que volver. Tiene que subir por Wildey Road y bajar por Indian Pond después de que en su casa —y con suerte también en la de June Reid— todos estén dormidos.

Y eso es exactamente lo que hace. Tres largas horas más tarde, después de oír cómo se tiraba de la cadena del último váter en el pasillo que da a la habitación de sus padres. Después de hacerse dos pajas y beberse un Red Bull caliente olvidado desde hace unos días. No está seguro de si es la cafeína o la adrenalina, pero con todo el sueño que tenía antes ahora está despierto. Está listo para acabar con esto. Baja la escalera de la manera más silenciosa que puede, atraviesa por la cocina y sale por la puerta trasera hacia donde tiene la bicicleta, apoyada contra la casa. Vuela por Wildey e Indian Pond y casi se pasa de largo la entrada de June Reid. Frena hasta detenerse, se baja de la bicicleta y la tira sobre la hierba.

Desde la carretera, la casa está oscura. Es una casa vieja, de dos pisos, pero la zona de la derecha, la más vieja, es de madera, y las únicas ventanas delanteras están en el primer piso. La gente podría estar despierta en el piso de arriba y desde la

carretera no lo sabría. Tendrá que pasar a hurtadillas junto a la cocina antes de saberlo. Se plantea llegar desde la parte trasera de la casa, pero piensa en el ruido que haría al atravesar el bosque para llegar hasta allí. Es mejor ir silenciosamente por el camino de entrada y pasar por el lateral entre la cocina y el cobertizo de piedra.

El camino de grava cruje bajo sus pies, aunque camina tan suave y lentamente como puede. Le cuesta lo que parecen horas llegar hasta el césped, donde sus pasos son casi mudos. Cuando alcanza la esquina más cercana de la casa, ve un cuadrado amarillo de luz que alcanza el cobertizo de piedra. La luz de la cocina se enciende y, por la manera en que parpadea y tiembla, debe de haber alguien dentro. *JODER JODER JODER*, se susurra a sí mismo. Se apoya contra el lateral de la casa y se agarra a la madera áspera para mantener el equilibrio. No puede volver. Recorrerá el exterior y buscará un sitio cerca de la ventana de la cocina hasta que quien esté allí se vaya a dormir. Empieza a moverse. Lo que debe de ser un murciélago aletea justo encima de su cabeza, Silas se desploma en el suelo y se cubre la cara. Necesita recurrir a todo su autocontrol para no gritar. Se queda abajo, ajusta su postura a una posición sedente y se arrastra como un cangrejo hasta un lugar alejado del camino de luz, hacia la izquierda de la ventana. Apoya la cabeza contra el lateral de la casa y espera. Al principio no llega ningún sonido del interior. Las cigarras están por todas partes, hacen mucho ruido, pero al cabo de un tiempo se transforma en sonido ambiental, tan elemental e invisible como la oscuridad que lo rodea. Luego oye las voces que llegan de la parte trasera de la casa. *El puto porche cubierto*, piensa, hasta ahora había olvidado que está justo allí, detrás de la cocina en la parte trasera de la casa. Si estornuda, quienquiera que esté ahí lo oirá. Empieza a sentir pánico. Está demasiado expuesto, demasiado cerca. Si intenta marcharse ahora, lo oirán. Intenta controlar la respiración, pero centrarse en ella sólo hace que sea más ruidosa, más errática. Se agarra las piernas con las manos y aprieta. Sólo se encuentra a unos veinte metros del cobertizo de piedra donde está su mochila, pero podría estar en la otra punta del pueblo. Está atrapado. No hay nada que hacer, salvo esperar a que todo el mundo en la casa se vaya a dormir.

Acuclillado en la oscuridad, intenta distinguir lo que dicen las voces del porche. No parece gente que esté de fiesta la noche antes de una boda. En la boda de su hermana mayor, Holly, tenían un barril de cerveza en el porche trasero y todo el mundo estuvo despierto hasta las cuatro de la mañana, por lo menos. Recuerda al novio, Andrew, un chico rico de Nueva York cuya familia tiene una casa de verano en el pueblo, que llevaba tres gramos de coca. Sus colegas de la universidad se colaron en la piscina del Harkness para bañarse desnudos. Eso fue el verano pasado, y las hermanas de Silas no le dejaron unirse. Tuvo que quedarse en casa viendo cómo sus padres y sus tíos se emborrachaban y escuchando cómo los padres de Andrew discutían sobre quién estaba lo bastante sobrio como para conducir hasta casa. La escena de la casa de June Reid es, en comparación, un funeral. Ha visto a Lolly a lo largo de los años, y era atractiva, a una manera hippie y chic, y el tío con el que se

casa parece majo, aunque un poco gilipollas y sabelotodo. Los ha oído hablar en el césped esa misma tarde. Algo de horas de vuelo y maletas. Silas piensa que probablemente Lolly Reid ha estado en cien aviones y probablemente en lugares de los que él nunca ha oído hablar. Silas ha ido en avión una vez: a Orlando, Florida, con sus hermanas, a los once años. Su abuela los recogió en el aeropuerto y pasaron dos días haciendo largas colas en Disney World. Silas no cree que Lolly Reid, ni de niña, fuera de las que van a Disney World.

La puerta del porche cruje y oye pasos. Dan la vuelta a la casa. Luego ve a un hombre. Es Luke. Lleva una camisa blanca de Izod y pantalones oscuros y camina hacia la parte trasera del césped, en dirección a los árboles. Debe de ir a mear, piensa Silas mientras ve cómo el color blanco de su camisa se mueve a lo lejos, como un fantasma en la oscuridad. Se queda lo que parece mucho tiempo, más de lo que necesitaría para mear. Al final, vuelve hacia la casa, caminando directamente hacia Silas al principio y luego girando hacia la puerta del porche. Las voces empiezan pero luego parecen moverse hacia la cocina. Débilmente, oye pasos en la escalera, el agua corre en el baño del segundo piso, el sonido de la cisterna. Una puerta se cierra y la casa se queda en silencio.

En la cocina que hay por encima de él oye que el agua corre brevemente en el fregadero. Puertas de armarios que se cierran. Y un clic lento y reiterado. *Clic. Clic. Clic.* Luke y June están hablando y entre sus palabras se oye el clic. Ella dice algo de pegar a un caballo muerto y él dice su nombre. Ella habla y él simplemente repite su nombre. Es como si él intentara convencer a alguien de que no se tirase de lo alto de un edificio o de un puente. *June*, dice, y el clic se detiene. Ella habla, pero Silas no puede oír sus palabras. Está demasiado lejos de la ventana. El tema del que hablan produce tensión, y Silas se da cuenta por el tono y el volumen de que la cosa empeora. Están ahí arriba, unos centímetros por encima de su cabeza. Y ahora oye cada palabra.

June, dice él, *no voy a disculparme por decir la verdad. Y es verdad: te lo he pedido dos veces.*

No es tan sencillo. Ya lo sabes. La voz de June es estricta, como la de su madre.

¡Pero no lo sé! ¿Por qué coño no es tan sencillo? Hay algo que me he perdido y me lo tienes que explicar. Silas nunca ha oído a Luke tan irritado. En el trabajo se puede poner serio, tenso, pero no así.

La voz de June desaparece y Silas oye trozos pero entiende sus últimas palabras porque ella grita: *¡Porque no puedo!*

Luke, todavía junto a la ventana, dice: *Eso es mentira y lo sabes. Te quiero y tú dices que me quieres y no es que yo tenga muchos buenos ejemplos, pero en mi libro eso significa que te casas.* Su voz se ha elevado casi hasta el grito. Silas oye a June; dice algo pero ha cruzado la cocina hacia los quemadores y sus palabras son sólo ruido. Ruido que termina la conversación, lanza a Luke al otro lado y lo saca por el porche trasero. La puerta con mosquitera se cierra con fuerza y de repente Luke está

fuera, caminando deprisa y en línea recta hacia la parte trasera, hasta el césped, hacia la línea de árboles a lo lejos, que lleva a un laberinto de caminos en dirección a la Luna. Silas ve cómo su camisa blanca se desliza con determinación por el bosque y desaparece. Oye movimientos en la cocina y luego la puerta se abre y se cierra de nuevo. Esta vez es June, corriendo, no andando, al otro lado del césped, en dirección a los árboles. Su pelo rubio es lo que Silas ve destellar en el mismo camino que Luke ha cogido hace un momento. Sobre el campo de color azul plateado en la noche, el pelo de June parece iluminado por un solo rayo de luna, como si la siguiera por un gran escenario, como un foco sobre una estrella de rock en un concierto. Cuando llega al oscuro límite donde el césped se encuentra con el bosque, también desaparece.

Se han ido, pero en su lugar el clic, que se había detenido hace unos minutos, regresa. Al principio piensa que debe de haber alguien en la cocina. Espera unos segundos y el clic continúa y no hay movimiento, ninguna interrupción en la luz de la ventana. ¿Se ha dejado la cocina encendida? ¿Es posible? Despacio, Silas se pone en pie. Sus piernas y su espalda están rígidas por el tiempo que lleva agachado. Pasa al otro lado de la ventana, donde hay una manguera para el jardín enrollada al lateral de la casa. Agarra la repisa de la ventana, se sube a la manguera enrollada y mira el interior de la cocina. No hay nadie. La cocina está encendida al otro lado de la ventana a través de la que mira Silas: una de esas viejas cocinas que los ricos de Nueva York se gastan miles de dólares en arreglar porque les gusta el aspecto que tienen. Pero ésta no parece arreglada. Hay óxido en la parte baja y algunos de los encendedores parecen haber sido sustituidos por encendedores improvisados de otros aparatos. Silas suelta la repisa y baja de un salto. Su pie cae sobre la boquilla de la manguera, se le tuerce el tobillo y aterriza en una postura extraña sobre el césped. Se queda allí abajo. De nuevo, oye el clic. *Clic... Clic... Clic... Clic...* ¿Qué coño tengo que hacer?, piensa mientras mira hacia el césped en busca de algún rastro de la camisa de Luke o del pelo de June. No ve nada más que la silueta oscura de la carpa de bienvenida que se levanta en la hierba iluminada por la luna. No hay nadie, nadie puede oírlo. Es el momento. Contiene el aliento y recorre la breve distancia entre la casa y el cobertizo. Sus manos van a tientas por la puerta, hasta que encuentra y suelta el cerrojo de hierro. La puerta cruje como un gato moribundo cuando la abre, y durante un segundo se detiene para oír si hay algún movimiento o sonido en el interior de la casa. Nada. Sólo el clic, que ahora casi ha desaparecido bajo el zumbido de las cigarras. Está oculto en el ruido del mundo y sólo lo oyes si te detienes para escucharlo. Silas deja de oírlo. Todavía de rodillas, busca a tientas su mochila detrás del montón de cajas de frascos de la marca Ball y *SÍ-JODER-SÍ*, está ahí.

La desliza por las cajas y la agarra como un cachorro querido y perdido. *Hora de irse*, se agacha y susurra a la bolsa, imaginando la primera calada de su bong en cuanto se vaya de la propiedad. Cierra la ruidosa puerta del cobertizo, echa el cerrojo, mira hacia la entrada e imagina su bici oculta en la hierba.

Se levanta para irse y ahí está otra vez, el clic. *Hijo de puta*, gruñe en voz baja. Aunque es lo último que quiere hacer, va hacia la casa. Cuanto más se acerca, más alto suena. No puede creerse que no esté todo el mundo despierto. Imagina a Lolly durmiendo y se pregunta si está en el piso de arriba, sola, la noche antes de su boda, o si ese gilipollas empollón está con ella. Se pregunta si han follado esta noche o si esperan a la luna de miel. Silas no ha follado con nadie, y de momento ni se ha acercado. Imagina a Lolly follando escaleras arriba, y por un momento incluso le parece oír un gemido. Se acerca a la casa y escucha. El único sonido que oye es el clic, y sin pensarlo sus pies se mueven hacia allí. Pronto está bajo la ventana donde estaba antes, y ahí es donde el clic es más ruidoso. El sonido no para, cada vez es más alto. Él es el único que lo oye.

CISSY

Mi padre era guapo. Alto, hombros anchos, ojos verdes como la hierba. Mi madre nunca tuvo una oportunidad. Se conocieron cuando ella tenía quince años, pescando estrellas de mar o alguna tontería así. Él tenía dieciocho, estaba prometido con una chica de la reserva, y nueve meses después, en el piso de arriba de esta misma casa, en la habitación en la que ahora duerme mi hermana Pam, nació mi hermana Helen. Las cinco nacimos en esa habitación, en la cama de mi madre. Y ahora las cinco, que nos casamos y nos fuimos, hemos vuelto, viudas o divorciadas, o sólo sin esperanza, para vivir aquí de nuevo. La única diferencia es que mi madre lleva mucho tiempo muerta. Enterrada en el cementerio de Moclips cerca de sus padres y muy lejos de mi padre, al que enterraron en la reserva. Supongo que incluso a los quince mi madre sabía lo que quería. Quería a mi padre, y, aunque no podía tenerlo, lo tuvo. Según cuentan, cuando mi padre fue a ver a sus padres para decirles que había dejado embarazada a una chica blanca de la ciudad, no pestañearon, ni alzaron la voz ni le levantaron la mano. Se dieron prisa y lo casaron ese mismo mes con la pobre chica de la reserva con la que ya estaba prometido. Y eso, como decía mi madre, era todo. Tuvo un hijo con esa mujer, y cinco hijas con mi madre. Mi madre se quedó con mi abuela y mi abuelo y los tres nos criaron. Mi padre venía a comer un par de veces a la semana. Nunca de noche, siempre durante el día. Cuando entraba, nos ponía en fila como pequeñas soldados a la espera de inspección. Nos daba besos y caramelos de azúcar y mantequilla y nos preguntaba sobre el colegio y los chicos y guiñaba un ojo antes de sentarse para tomar un sándwich, café y cigarrillos en la cocina, con mi madre.

Mi madre estudió en el instituto de Moclips y fue al Grays Harbor College y obtuvo un grado técnico. Estuvo embarazada la mayor parte de ese tiempo, y siempre decía que no le importaban los cotilleos. Tenía a mi padre y al abuelo y a la abuela y a nosotras, decía, y además mantenía a los chicos a distancia. Habría seguido en la universidad, pero Grays sólo da un título de dos años y nada estaba lo bastante cerca como para ir a clase y volver a casa en el día. Trabajó como bibliotecaria auxiliar en la biblioteca pública de Ocean Shores hasta su muerte, en el año 2000. Mi padre murió ese mismo año. Su mujer sigue viva y vive en la reserva. Debe de andar por los ochenta, quizá más. Sobrevivió a su marido y a su hijo, que murió hace no mucho, y vive, como yo, con lo que queda de su familia. Mis hermanas y yo nunca tuvimos problemas con ninguno de ellos, pero siempre nos cuidamos de mantenernos al

margen. Sabíamos que nadie quería tener nada que ver con nosotras y nos quedamos a distancia. En general, todavía lo hacemos.

He estado en la reserva cinco veces en mi vida, y tres de ellas fue por Will Landis. La última vez fue para decirle a la gente que había muerto. No era uno de ellos, pero todo el mundo le había cogido cariño y sabía que querrían saberlo. Mucha gente cogió cariño a ese chico, lo quisiéramos o no. Era el hijo de una pareja de hippies de Portland que vino a principios de los noventa para dar clase en la escuela primaria. Se mudaron a la casa que Ben hizo para nosotros después de que nos casáramos, la misma casa en la que murió. Yo no tenía ninguna razón para seguir allí, así que mi hermana Pam la vendió y me fui a unas puertas de distancia para vivir con mis hermanas. Fui la última en volver a casa, lo que tenía sentido, ya que soy la más joven. Will también era el pequeño, pero no fue eso lo que me conquistó de él. Lo que me conquistó fue que trabajaba. Le decías que pintara un granero y encontraba la pintura y la brocha y lo hacía hasta terminar. Le decías que retirara las algas del mar y echaba a correr y cogía un rastrillo. Ese chico no pestañeaba, y la única persona que conocí igual era Ben. Así que dejé que Will se me pegara. Llamaba a mi puerta dispuesto a trabajar y yo le daba trabajo. De las diez a las cuatro y por un dólar al día. A los Hillworth no les gustaba al principio. Creo que pensaban que los multarían por explotar a un menor, pero el chico era útil y ellos también le cogieron cariño. Lavaba su vieja camioneta Ford, ataba sus periódicos y revistas y los echaba al contenedor, subía a la ferretería o a Laird para traer lo que hiciera falta. Te digo que era como Ben, pero en niño y una décima parte de alto. No hay mucho que decir de Ben salvo que se levantaba pronto, volvía tarde, trabajaba duro, dormía profundamente y era de fiar. Era el hombre de mi vida y su único error fue fumar y eso lo mató. Nunca pensé que querría tener a nadie tan cerca como me pasó con Ben, así que al principio todo fue cosa de suerte. Que se marchara de mi vida me sorprendió menos que el hecho de que apareciera, así que después de que muriese continué y volví al plan A, que era la casa en la que crecí, con mis hermanas. Y entonces fue cuando se presentó el chico de los Landis. Diez años y viviendo con esos hippies que no tenían ni idea de cómo se lleva una casa. Acudía cada mañana para ir a trabajar y siguió haciéndolo hasta que le dije que lo dejara.

Después de enterarme de que Will había muerto, recorrí Pacific Avenue hasta la reserva. La cosa era que Joe Chenois también le había cogido cariño al chico de los Landis. Era un líder, un hombre que había luchado para que los quinnault recuperasen tierras robadas. La única vez que le había pedido un favor fue cuando le pedí que le diera una oportunidad al chico de los Landis. Ya había limpiado suficientes desagües y sacado suficiente basura en el Moonstone y estaba listo para algo más. Nunca dejaba de hablar de la reserva y estaba ansioso por descubrir todo lo que pudiera. Así que fui al despacho de Joe y le pedí que lo pusiera a trabajar, y en poco tiempo todo el mundo lo llamaba Pequeño Cedro. Le encantaba la reserva y adoraba a Joe. Todos lo hacían. Alto, como mi padre. También tenía sus ojos verdes. Will seguía viniendo

unos días a la semana para ayudar en el Moonstone, o pasaba por casa y se sentaba en la escalera de delante, lleno de historias de la reserva: que Joe había obtenido una victoria contra el estado, lo que los tallistas que hacían las viejas canoas cobraban a los turistas por chapotear un rato en la playa. A los viejos les encantaba contarle los mitos y leyendas de la tribu, y él los absorbía como una esponja. Se entusiasmaba especialmente con las historias sobre el trozo de arena que se extiende de aquí a la reserva, un campamento para las jóvenes quinalt que ya eran adultas pero todavía no se habían casado. Los viejos dicen que las sirenas las protegían de los hombres o de cualquier otra cosa que pudiera hacerles daño. Cualquiera que haya crecido aquí ha oído esas historias mil veces. Pero la forma en que Will las contaba me abrió los oídos. Amaba cada centímetro de este lugar. No se cansaba de la gente ni de su historia y, aunque yo he pasado la mayor parte de mi vida evitando la reserva y los ojos reprobatorios de la tribu, me gustaba oír su versión.

Justo antes de ir a la universidad en el este, me convenció de que bajara a la reserva para ver una canoa en la que estaba trabajando. Después de cuatro años y un montón de ayuda de Joe y los tallistas, lo había conseguido. Yo no tenía intención de ir cuando lo comentó por primera vez en mayo, pero en agosto ya me había agotado y acepté bajar a la playa con él una tarde después del trabajo. Oí a Joe toser antes de que entrásemos en el largo cobertizo de madera. No había oído toser de ese modo — cuando parece que los pulmones se están desgarrando — desde Ben. Joe tenía más o menos mi edad, pero de pie en las luces brillantes para el trabajo de la serrería parecía veinte años más viejo, encorvado, con la piel arrugada y seca. Vi que un paquete de Camel le abultaba en el bolsillo de la camisa. *Vaya chico que tienes*, me saludó, en el tono en que siempre lo había hecho: amable, cauteloso. *No es mío*, creo que dije. Joe sonrió y negó con la cabeza y medio susurró: *No hemos tenido nada que ver*.

Tosió, señaló la única canoa del cobertizo, apoyada en caballetes y de casi diez metros de largo. *¿Qué te parece?* Veía que era quinalt tradicional: larga, amplia y hecha de un solo tronco de cedro. Tenía una proa alta y una popa baja y cómoda, con cuatro tablas de cedro en el medio. Recuerdo que mi padre nos decía que costaba dos años hacer una canoa así. Los tallistas expertos cincelaban el casco, y para sellarlo lo llenaban de agua y metían dentro rocas ardientes, para que hirviera. Luego dejaban que madurase en invierno y primavera. No había pensado en él y en las historias que nos contaba en mucho tiempo. Fui desde la popa a la proa y vi que cada centímetro del exterior del barco estaba pintado. No pude distinguir el dibujo a la primera, pero cuando me acerqué a la proa vi la cara de una mujer en un lado y la cara de un hombre en el otro. Los dos tenían pelo largo y plateado que fluía de la proa a la popa en ondas que parecían el mar. En las olas había peces verdes, ballenas negras y sirenas azules y doradas. Ninguna cara era reconocible, pero yo lo sabía. Joe vino a mi lado y me pasó el brazo por los hombros. Nunca en todos esos años nos habíamos dado la mano. Incluso en el funeral de nuestro padre mantuvimos las distancias, como habíamos hecho toda la vida.

Joe murió un año después. Otro buen hombre que se mató fumando. Will vino a casa desde la universidad y fuimos juntos al funeral. Algunas personas de la reserva siempre me habían mirado mal, y estoy segura de que algunas lo hicieron aquel día cuando aparecí con Pequeño Cedro. Pero no es asunto mío. Mis hermanas no fueron, igual que no fueron al funeral de nuestro padre. No es que no lo quisieran: la verdad es que, para nosotras, nuestro padre existía en nuestra cocina y en ningún otro sitio. Era como un vecino apuesto que aparecía, alegraba la casa un rato y se marchaba. La reserva era su mundo, su gente y, aunque nunca lo dijo, no éramos bienvenidas. Aun así, fui al funeral de mi padre porque Ben insistió y me alegro de haberlo hecho. Igual que me alegro de haber ido al de Joe. Era un héroe de la reserva y una piedra en el zapato de cualquiera que intentase quitar a los quinault lo que él pensaba que les pertenecía. Hubo cientos de personas, y Will, como muchos otros, dijo unas palabras. Me sentí orgullosa al verlo de pie ante gente que yo había evitado desde siempre, contando que Joe siempre había tenido tiempo para él y que por ejemplo le había enseñado a desear el tipo de vida que vivía, la vida útil.

Ben y yo no tuvimos hijos. Nunca lo intentamos, pero tampoco intentamos no tenerlos. No ocurrió y no pienso mucho en ello. Pero esa rarísima pregunta sobre qué tipo de hijos habríamos tenido me vino a la cabeza cuando la gente se levantaba y decía sus buenas palabras. Sabía que Joe era un líder y alguien a quien la gente admiraba, pero me sorprendió ver a cuántas vidas podía afectar un hombre. Se podría decir que estaba orgullosa. De Joe, de Will, de mí misma por ponerlos en contacto. Pero sobre todo echaba de menos a Ben y deseaba que estuviera a mi lado, escuchando a Will hablar de Joe. No pierdo el tiempo deseando que las cosas sean distintas a como son. Pero ese día me dolió lo mucho que deseaba que Ben hubiera seguido vivo el tiempo suficiente como para conocer al único niño que me habría sentido orgullosa de llamar mío.

La magia del mundo te asalta en secreto, se pone a tu lado cuando tienes la cabeza vuelta en otra dirección. Puede aparecer como un chico alto que huele a pescado y te tira de la trenza una noche en un bar y te pide que te cases con él. O puede ser un chico que aparece en tu puerta. Will no llegó con las manos vacías, y no se marchó sin dejar algo atrás. No sólo me dio un poco de Ben cuando más lo echaba de menos, y una buena compañía que no pedía otra cosa que tareas que hacer y estar cerca, sino que, cuando yo no miraba, me engañó para que recordara la mitad de lo que soy.

Cuando llegaron las invitaciones para la boda de Will, marqué la casilla que decía que no iría y la mandé de vuelta al día siguiente. Él sabía que no iba a cruzar el país en avión. Pero me alegraba que hubiera encontrado a alguien. La trajo aquí su primer verano para enseñarle de dónde venía. Les hice una sopa, caminamos por la playa y escuché las olas mientras él le contaba a su amor viejas historias de magia y sirenas. A diferencia de la mayoría de la gente, Will no necesitaba cambiar un relato o exagerarlo cada vez que lo repetía. Contaba cada uno como se lo había contado Joe cuando era niño, igual que mi padre me los contaba a mí.

Tras la muerte de Will, pensaba que las sorpresas habían terminado. Que todo el mundo que había tenido un papel o había aparecido ya lo había hecho. Volví a la normalidad e hice mis tareas en el trabajo y en casa y eso, pensaba, era todo. Y entonces una mujer que se llamaba Jane llegó a la habitación 6. Y se quedó.

SILAS

Es invierno y no hay cigarras, pero las oye. Se acucilla junto a las cajas de frascos, con la espalda apoyada en la pared de piedra, y oye las ranas nocturnas. Parecen salvajes, tropicales. Hace frío pero recuerda el aire tibio, la luna demasiado brillante. Está donde estaba. Y todo es como era antes, todo sigue intacto. Puede verlo y oírlo todo. Las palabras, la puerta del porche, la camisa blanca de Luke que brilla en el campo, June saliendo tras él.

El clic no se ha parado. Se pregunta de nuevo si hay alguien más en la casa. ¿Es posible que Lolly esté sola? ¿Cómo puede ser que no lo oiga? ¿Cómo puede alguien dormir con algo tan jodidamente ruidoso? Se la imagina en *topless*, en bragas, dormida sobre las sábanas. Imagina su piel —perfecta, brillante—, no como la de las chicas del pueblo, que parecen menos protegidas de los elementos. ¡*DESPIERTA, JODER!*, piensa, y casi grita. El clic continúa y no hay sonido de movimientos en la casa. Echa un vistazo al césped y la línea de los árboles en busca de signos de Luke y June, pero no hay ninguno. Alguien debe apagar la cocina, y sabe que no hay nadie más que él. Sólo le llevará un segundo, se dice. Entrará y saldrá antes de que Luke y June vuelvan y sin que nadie lo sepa en la casa. Girará el botón y todo irá bien. No lo pillarán. Si se fuera ahora, quién sabe qué podría pasar. Ha oído historias de casas que se llenan de gas y vuelan a un kilómetro de altura con el movimiento de un interruptor de la luz. Pero ¿no son historias que los padres cuentan a sus hijos a fin de asustarlos para que sean cuidadosos? *Mierda*, murmura en voz baja, y empieza a moverse despacio por un lateral de la casa. Avanza en silencio hasta la puerta del porche, la abre con tanto cuidado como puede y entra. Cruza el porche y sube cauteloso los dos escalones de pizarra que conducen a la casa. Está al pie de la oscura escalera que lleva al segundo piso. Se atreve a mirar por la barandilla, hacia arriba. No hay sonido ni movimiento. Nadie lo ha oído. El clic es más alto que el sonido de sus pies en las tablas anchas del suelo y calcula cada paso para que coincida con el ritmo de la amenaza de la cocina. Avanza hasta el viejo diablo blanco y mira en el quemador y ve el pequeño martillo que golpea sin chispa cada vez que suena. No hay señales en la cocina o en los mandos para saber cuál está apagado y cuál está encendido. No hay palabras por ninguna parte. Prueba con el encendedor más cercano y sin pensar lo gira hacia la izquierda. Suena una vez y de repente una pequeña explosión de llamas se infla delante de él con un zumbido. No es más que un destello, y, con la misma velocidad con la que explota, las llamas disminuyen hasta

unos pocos centímetros. El clic se detiene. Gira el encendedor hacia la derecha y la llama se apaga. Se queda ahí, inquieto por el estallido pero aliviado de que el clic se haya detenido. Y luego empieza otra vez. *Qué coño*, susurra, mirando el quemador, el encendedor. Vuelve a girarlo a la izquierda y el clic se detiene y esta vez no hay llamas. Quizá es porque antes se había acumulado mucho gas. Quizá por eso ha habido esa llamarada cuando lo ha apagado. Tenía que quemarse. De pronto se siente confuso y desearía no haberse levantado de la cama por la mañana, no haber trabajado para Luke ese día, no haber fumado porros nunca en la Luna hasta perder la noción del tiempo, no haberse dejado nunca la puta mochila en el cobertizo. Mira la cocina en busca de respuesta y no hay ninguna. El clic ha parado, pero no tiene sentido que la cocina esté apagada. Cree oler el gas, pero no está seguro. Si hay gas, debe de ser de antes. ¿O no? No lo olía cuando ha entrado. Está sudando, nota las manos resbaladizas. Cierra los ojos, piensa. Ha dejado de sonar, así que debe de estar apagado. Intenta repasar todos los movimientos: izquierda, derecha, izquierda. ¿O era derecha, izquierda, derecha? ¿No ha salido la llama cuando ha girado hacia la izquierda? ¿Cómo podía estar apagado si ha tenido que ponerlo como estaba antes? ¿O no ha sido así? Pestañea unas cuantas veces, se revuelve el pelo e intenta centrarse en lo que acaba de pasar. Oye una tabla del suelo arriba y sabe que tiene que salir de la casa. Ha dejado de sonar, razona una última vez, así que está apagado. Antes de marcharse, echa un vistazo a la cocina. Brilla, y aunque la cocina es vieja el resto de los electrodomésticos son nuevos, lisos. Grueso mármol blanco en la encimera y debajo de la ventana un fregadero doble, profundo, con un grifo alto y curvo. Los armarios están pintados de un tono amarillo pálido, las paredes de blanco. Echa una última mirada a la cocina, huele en busca de gas, y esta vez está seguro de olerlo, pero sólo un poco. En la encimera ve un par de gafas de sol con forma de ojos de gato que ha visto llevar a Lolly cuando hablaba con la que debía de ser la familia de su prometido en el césped esa tarde. Se mueve hacia ellas, pero antes de llegar a la encimera oye que se abre una puerta en el piso de arriba y luego unos pasos. Entonces se mueve, cruza la habitación, va hacia el porche con celosía, hacia la puerta. Choca con una silla de mimbre y ésta se desliza unos centímetros sobre la pizarra. Tan rápido como puede, la vuelve a colocar con suavidad en su posición, simétrica con el sofá y frente a otra silla. Mientras baja la silla hacia el suelo, observa los cojines blancos y azules, una suave manta beis doblada sobre el brazo del sofá, velas esparcidas, ahora apagadas, su cera fundida, la mecha negra. Sabe que debería darse prisa, pero algo lo retiene. El espacio recién ocupado, el persistente olor a limoncillo y perfume, los cojines con la marca de donde había gente sentada hace unos minutos. Recuerda a la madre de Luke y a June Reid allí un rato antes, riendo. Un váter suena más arriba y él da un paso hacia atrás, se vuelve y sale por la puerta del porche, que accidentalmente deja que se cierre con fuerza tras él. Corre a por su mochila, que ha dejado cerca del cobertizo, cruza a toda velocidad el césped, sube por el camino oscuro y sale a la carretera. Saca la bici de las hierbas, se cuelga la mochila en los

hombros y ata las tiras a su pecho. Pasa una pierna sobre la bici y agarra el manillar. Le tiemblan las manos. *Me voy*, murmura, confirmando y desafiando lo que ocurre, lo que probablemente no debería estar pasando. Mete el pie en el pedal izquierdo e imagina la primera y bendita calada. Las llantas empiezan a girar en el asfalto debajo de él. Siente que el bong se mueve en la mochila. *Me voy*, repite, esta vez convencido.

Pedalea con furia hasta que ha pasado la iglesia y ha girado a la izquierda hacia una vieja pista forestal. Prácticamente puede notar el humo en la boca mientras salta de la bicicleta, abre la cremallera de la mochila y busca el bong. Todavía le tiemblan las manos. *¿Qué coño ha pasado?*, se murmura a sí mismo, recordando el olor del gas. *¿Qué he hecho?*

Piensa, brevemente, en volver, gritar escaleras arriba a la casa que duerme para despertar a Lolly o a cualquiera que lo oiga. Medita mientras llena su cuenco con trozos gruesos de marihuana y busca un mechero en el bolsillo de delante de la mochila. Se sienta en la hierba junto a su bicicleta y cruza las piernas al estilo indio. Piensa en las consecuencias: la policía, sus padres, Luke. Se pone el bong en el regazo, se inclina hacia delante y mientras llena lentamente los pulmones su mente se vacía. Retrasa la exhalación todo lo posible y, cuando ya no puede más, ondas de humo de marihuana se rizan en torno a su cabeza y bailan sobre él como llamas fantasma. Cierra los ojos y se lleva las rodillas al pecho. Las horas anteriores, minuto tras minuto agonizante, se vuelven menos urgentes, se desvanecen poco a poco. Da otra calada. Su cuerpo se calma, exhala y el mundo es, de nuevo, sencillo: las cigarras que zumban, el destello de un mechero y el sonido de la respiración de un muchacho.

JUNE

Lolly tenía razón. El Moonstone está en el fin del mundo. June ha conducido tan lejos como ha podido y aquí es donde se quedará. En esta habitación con paredes blancas y moqueta gris y una sirena dorada pintada en un trozo de madera a la deriva que se colgó sobre la cama. Se quedará el tiempo que necesite, quizá para siempre, piensa mientras apaga la luz y apoya la cabeza en la almohada. Oye el océano fuera, golpeando en la orilla sin cesar, y por primera vez se permite recordar esa noche, no aleja la idea.

Está ante el fregadero, rellenando el hervidor para hacer el té, pero ella ya está hirviendo. Por algo que está ahí inmóvil y brusco desde Nochevieja, cuando él le pidió que se casara con ella. Ella contestó riendo; evitó la pregunta fingiendo que bromeaba, como si hubiera sugerido que cruzasen el campo que había detrás de su casa, que subieran por la escalera del edificio principal de la Iglesia de la Unificación y se unieran a los lunáticos. Esa noche su risa fue tan desdeñosa y distante, tan efectiva, que a Luke le costó casi un mes volver a sacar el tema. Él había encendido la chimenea y estaban comiendo un risotto que había preparado ella, restos de la noche anterior, en que habían invitado a Lydia a cenar. Lydia preguntó por la boda de Lolly en mayo. Lolly había llamado después del Día de Acción de Gracias para decirle a June que ella y Will aceptarían su oferta —que llevaba casi un año sobre la mesa— de celebrar la boda en casa de June. Tenían menos de seis meses para alquilar una carpa, explicó June, mandar invitaciones, contratar un catering, encargar las flores y todo lo demás. June se dio cuenta de que Luke se quedaba callado cuando hablaban de los planes de la boda, pero no dijo nada después de que Lydia se marchase. Esperó hasta la noche siguiente y preguntó si las dudas de June tenían que ver con el dinero y la gran diferencia en sus circunstancias. Él se ganaba la vida decentemente con su negocio de paisajismo, pero no podía competir con lo que ella tenía en el banco y la casa, que se había pagado cuando todavía estaba casada con Adam. Dijo que si era eso lo que le preocupaba, estaría encantado de firmar cualquier acuerdo prematrimonial o contrato que quisiera. No puede decir que no se le hubiera pasado por la cabeza la idea de un acuerdo prematrimonial desde la proposición de Luke; lo había hecho, pero brevemente. La verdad era que no se había tomado la opción de casarse con él lo bastante en serio como para pensar en las consecuencias legales o financieras. La única consecuencia que se le pasó por la cabeza esa Nochevieja, cuando Luke se hincó de rodillas y sacó un extraño y bonito anillo

esmaltado de color rosa, era Lolly. Sólo habían pasado unos años desde que había vuelto a comunicarse con ella. Menos de dos desde que era capaz de reconocer la existencia de Luke y mencionar su nombre. Sólo unas semanas desde que Lolly había aceptado la oferta de June de celebrar el banquete de boda en la casa. Irrumpir en todo eso con la noticia de que iba a casarse con Luke confirmaría su teoría fundamental sobre June: que pensaba en primer lugar y de forma más importante sólo en ella, y que sus acciones nunca tenían en cuenta el impacto que causarían en los demás, sobre todo en Lolly. Eso es lo que pensaba June esa noche mientras intentaba compensar su insensible primera respuesta, mientras intentaba asegurarle a Luke que no era algo por lo que necesitase preocuparse. No explicó sus razones porque, instintivamente, no quería poner a Luke en contra de Lolly. Poner a Lolly entre Luke y lo que él quería. Al final había convencido a Lolly para que le diera una oportunidad a Luke y no quería arriesgarse a estropearlo si él le guardaba rencor a su hija. Pero no dijo nada de esto aquella noche de febrero ante el fuego. Tampoco le dijo que se había echado a reír cuando él se declaró porque la había pillado con la guardia baja y porque era imposible. Lo que dijo era que lo quería y que de momento eso debía ser suficiente. Y durante esa noche, y un tiempo después, lo fue. Ella guardó el anillo en su caja gris en el primer cajón de la cómoda, con el resto de sus joyas. Le dijo que le quedaba grande, que pediría que lo ajustaran en una tienda en Salisbury; pero en realidad el anillo le iba perfecto y no tenía intención de llevarlo. No porque no le pareciera hermoso —lo era, de una manera particular, como *art déco vintage*—, sino porque no quería llevar la pregunta abierta en el dedo, interponiéndose entre los dos día tras día. Lo que quería era que la pregunta desapareciera.

Pero esta noche la pregunta ha vuelto, y su respuesta es mucho peor que antes. Está congelada ante la cocina, con una mano recogida en un puño sobre la cadera, la otra en el encendedor, que no produce ni chispeo ni llama. Luke acaba de irse y la puerta se ha cerrado con fuerza tras él. Con palabras que no puede reconocer, lo ha alejado. Pelea con el encendedor, lo gira hasta que ya no se puede más hacia la izquierda y espera que la cocina se encienda, pero en cambio sólo hay un leve olor a gas. *Oh, mierda*, murmulla, pensando en que el piloto ha debido de apagarse otra vez. Era muy difícil aclararse con la cocina. A veces se encendía enseguida, explotaba en una bola de fuego, o le llevaba mucho tiempo o no se encendía nunca. Gira a la derecha, lo apaga, y como siempre chispea: una, dos, tres veces, otra vez... Tardará unos minutos, o quizá más, pero al final el clic acabará. Hace años que es así. Sustituirá este montón de chatarra, se jura cada vez que no se enciende, como ahora, y continúa haciendo clic después de que se haya apagado el quemador. La cambiará cuando arregle la celosía rota del porche y la secadora rota del piso de abajo, pero no hasta después de la boda, no hasta que las cosas estén tranquilas. Deja la cocina y sale corriendo por la puerta, hacia el césped. Se detiene para que los ojos se acostumbren, para que el vacío negro se llene con las formas de los árboles, el cobertizo, el campo,

la carpa. Junto a la línea lejana de los árboles en la parte trasera del campo ve la mancha brillante de la camisa de Luke sobre la hierba alta. Corre hacia ella.

En el sendero cortado junto al borde del campo sigue esa figura hacia los bosques, donde desaparece el primer camino. La luna está casi llena, y el campo, los bosques, los lejanos Berkshires, están iluminados por un brillo plateado, como si fueran un negativo velado. Cuando llega al sendero que lleva a la Iglesia de la Unificación, lo ha perdido. Escudriña en busca de algún destello de la camisa de Luke y lo llama mientras camina con cuidado de no tropezar con una raíz o una roca. Sigue el sendero que han recorrido mil veces y recuerda de nuevo la noche en que le pidió que se casaran, lo poco preparada que estaba ella para la pregunta y lo aliviada que se sintió al alejar la posibilidad, al menos por un tiempo. No había nadie más con quien quisiera estar, pero, incluso sin contar los problemas con Lolly, la idea de volver a casarse era difícil de asumir. El acuerdo prematrimonial, el miedo a que le echase en cara que no pudiera darle hijos, el obstáculo de la diferencia de edad, el recuerdo de su amargo divorcio de Adam: todas esas cosas se amontonarían y era imposible imaginarlo.

Durante una hora sigue el camino: a través de los bosques, por el campo negro de la Iglesia de la Unificación, por la carretera que lleva al lateral de su propiedad. Ni siquiera en la noche iluminada por la luz de la luna puede encontrarlo. Se mete en el campo y al otro lado ve la masa oscura que es su casa y la silueta de la gran carpa blanca que ha montado para el banquete de boda del día siguiente. Parece un perro gigante agazapado al pie de la casa, cuidando de su familia dormida. Empieza a cruzar el campo y se detiene cuando oye una rama que cruje debajo de ella. Llama a Luke, y regresa hacia el sendero y lo llama de nuevo. Un búho suelta un sonido amortiguado a manera de respuesta. *Tonta. Tonta. Tonta.*

Deja el bosque y lentamente vuelve sobre sus pasos, por el sendero, hacia el césped, escuchando detrás de ella mientras avanza. Llega hasta la carpa y mira hacia atrás antes de entrar. Escruta el campo inquietante, teñido de plata, y los árboles que hay detrás, pero no ve a Luke.

Entra en la carpa y se dirige al final de una de las tres largas mesas del banquete, que todavía no tienen porcelana ni flores. Se sienta en una de las sillas plegables de madera, piensa en el clamor y la risa que llenarán este espacio mañana y recuerda su boda con Adam hace veintitrés años. Estaba embarazada de Lolly pero nadie, ni siquiera Adam, lo sabía. No se había hecho una prueba ni había ido al médico, pero lo sabía, y se acuerda de que pensó que ya tenía lo que necesitaba de un marido: un hijo. Y por tanto podía desaparecer y empezar su vida con su hijo o su hija y no tener que pasar por el resto. No había pensado en esa noche ni en su fantasía de escaparse en veinte años. Nunca se le había ocurrido antes imaginar cómo sería estar casado con alguien que tenía esos pensamientos la noche anterior a la boda. Se pregunta si Adam notó su ambivalencia entonces y por primera vez piensa si esos sentimientos establecieron un primer rumbo de lo que más tarde ocurriría en su matrimonio. Se

pregunta si ahora mismo Lolly tiene las mismas ideas, tendida despierta junto a su futuro marido, planeando una huida secreta antes del alba. No es probable. Pero ¿quién habría imaginado lo que pensaba June hace tantos años? En la superficie era una atolondrada novia que se casaba con su amor de la universidad, para continuar con una vida en Nueva York que parecía una bendición. Aun así, por debajo sabía que era más probable derrumbarse que tener éxito. Lo sabía, pero ahogó ese conocimiento con el futuro que todo el mundo en su vida veía para ellos y que ella misma podía, a través de sus ojos, ver de vez en cuando. Su padre luchaba con un mal corazón y su madre murió cuando ella iba a la universidad, así que ahora también recuerda que había una sensación de necesidad de estar anclada, situada en el mundo.

Experimenta una mezcla poco familiar de compasión y resentimiento cuando piensa en Adam durmiendo escaleras arriba, en la casa. Recuerda que Lolly insistió en que pasara el fin de semana con ellos y se alegra de haber abandonado la lucha. Se intensificó rápidamente el día anterior a que él llegara y tras un brusco enfrentamiento y un largo paseo por el bosque quedó claro que si insistía en que Adam se quedara en el Betsy, donde le había reservado una habitación, se arruinaría el fin de semana, demolería todos los progresos que ella y Lolly habían hecho, y sabotearía las posibilidades de que hubiera más. Y Lolly tenía razón. Que Adam esté en casa ha sido fácil y extrañamente cómodo. Se estremece al pensar lo cerca que estuvo de trazar una línea y negarse, qué pelea habría habido. Se lleva las manos a la cabeza y aprieta.

Ve a Luke. Hace meses, de rodillas, declarándose; el anillo de esmalte rosa metido en su caja gris de terciopelo, el aspecto destruido de sus ojos cuando ella se rio. Su cara confusa y hermosa esta noche, cuando de pie en la cocina ha preguntado, sencillamente y sin ira: *¿Por qué?* Lo que ella ha dicho después no ha venido de nada en lo que creyera o quisiera decir, sino de lo que imaginaba que dirían los otros, lo que temía que sus amigos de la ciudad cuchichearían a sus espaldas, y los cotilleos pueblerinos que se susurraban en el supermercado. Lo que ha dicho contenía toda la agitación que sentía porque la velada con Lolly había terminado con un tono agrio, porque había surgido el asunto de que Luke y June se casaran, y porque Luke no se había limitado a apartarlo y restaurar la tranquilidad. Lo que ha dicho a continuación eran palabras que haría cualquier cosa por retirar. *Porque no eres el tío con el que se casa alguien como yo, eres el tío con el que acaba alguien como yo cuando su matrimonio termina.* Ha oído las palabras la primera vez que las ha dicho, no las había pensado, ni había meditado ni se lo había dicho a sí misma antes, en voz baja o en voz alta. Las ha visto volar y golpear su objetivo, y cuando él se ha ido ha girado el mando de la cocina a la derecha, la ha apagado, y con el ruido de la puerta y el alboroto de ranas y grillos en el exterior ha empezado el clic.

Se lleva las piernas al pecho y pone las zapatillas de tenis en el borde de la silla plegable y mira la brillante carpa, de un blanco plateado. Se mece, lentamente, nota cómo la herida culpable y vergonzosa de estar equivocada se extiende sobre su pecho

y sube por el cuello hacia su rostro. ¿Cómo puede ser tan cruel con un hombre que sólo le ha ofrecido amistad, amabilidad y amor? Sólo conoce una forma de que la perdone, la única esperanza que pueden tener después de lo que ha dicho es que diga sí. Casarse con él. Tiene cincuenta y dos años. Luke tiene treinta. Se conocen desde hace tres, y él nunca ha sido deshonesto o desagradable. Despreocupado, quizá. Egoísta, sí. Impaciente, a veces. Pero ha sido más parecido a un compañero de lo que fue nunca Adam, y confía en él. Y, a diferencia de Adam, que la evitaba físicamente después de que naciera Lolly, Luke encontraba formas de tocarla durante todo el día. Sus dedos acarician a menudo sus hombros, sus manos le palmean constantemente el culo cuando pasa delante de él. Y el sexo, aunque más frecuente de lo que ella habría querido, es a menudo tan emocionalmente sobrecogedor como físicamente sorprendente. Su cuerpo, vestido y sin ropa, todavía la asombra, y tocarlo puede obligarla a soltar risitas infantiles o callarla por completo. ¿Por qué debería dejar que su pasado y su orgullo le impidan darle a Luke lo que él quiere? Lo que ella quiere. Estira las piernas y pone los pies en la silla que hay delante de ella. Respira en el aire quieto de la noche y nota cómo los músculos de sus hombros y de su cuello se relajan cuando exhala. Ahí está, piensa, recordando una sensación similar de alivio cuando decidió dejar a Adam. También recuerda que, después de tomar la decisión, pensó en los años precedentes de su matrimonio —todas las dudas, mentiras y pistas— y se preguntó por qué le había costado tanto tiempo hacer lo que de repente era tan obvio. Ésas eran las preguntas entonces y las preguntas ahora. ¿Por qué algunas decisiones eran tan difíciles y luego dejaban de serlo? ¿Por qué sólo ha aprendido las lecciones más importantes a la velocidad de un gran dolor?

Se echa la chaqueta sobre el pecho y se tiende en las dos sillas plegables que ha convertido en una cama improvisada. Esperará a que regrese. Se quedará ahí fuera en la noche de verano, con los ciervos estornudando en el bosque y las ranas croando entre los árboles. Lo esperará aquí. Bajo la carpa nupcial. Y le dirá sí.

SILAS

Son más de las tres de la mañana cuando regresa al pueblo. No ha fumado nada desde justo después de que Lydia Morey le gritase en la acera. No habrá más esta noche, porque ahora su bong se ha convertido en un montón de cristales rotos que hacen ruido en su mochila. Pero por una vez no quiere estar colocado. Por una vez no quiere que haya nada entre él y el mundo. Está cansado y ya es hora. Pero antes de hacer lo que sabe que debería haber hecho hace meses, tenía que volver, dar los mismos pasos y recordar con la claridad necesaria para poder contarlo. Recuerda a Luke diciéndoles a los tres que necesitaba que ese día trabajasen el doble. *Sois buenos*, les dijo. *Pero hoy necesito que seáis muy buenos*. Recuerda que corrió con Ethan y Charlie al campo trasero en cuanto Luke salió por el camino de entrada, haciendo el idiota en la Luna y acabando a toda prisa el resto del trabajo cuando volvieron. Luke tuvo que ver que era un trabajo de mierda cuando regresó a casa. Habría dicho algo al verlos a la semana siguiente, pero no se habría enfadado ni se habría puesto borde. Habría dicho que necesitaba algo mejor, y que si no podían ser más serios, tendría que buscar a otros. Lo había dicho antes y normalmente les hacía sentir lo bastante culpables como para hacerlo muy bien un mes o así y conseguir recuperar su favor. Recordaba que Luke era un adulto pero no lo parecía. Lo temían un poco, pero sobre todo lo respetaban. Físicamente, para empezar: no conocían a nadie más fuerte; pero era responsable sin ser un gilipollas. Trabajaba duro sin ser un capullo. De vez en cuando, en el trabajo, se enfadaba por algo que había hecho y tiraba una pala, y una vez rompió un rastrillo contra la rodilla. Pero esos arrebatos no ocurrían a menudo y no se dirigían a los tipos que trabajaban para él. Luke era un buen tipo. No el drogata que decía su madre cuando le prohibió trabajar con él. De todas formas, cuando no había otros trabajos ese verano, entre octavo y su primer año de instituto, cedió. Aun así, advirtió a Silas que mantuviera los ojos bien abiertos y que tuviera cuidado de lo que ella llamaba cualquier asunto chungo. Nunca hubo ningún asunto chungo, y al cabo de un tiempo las historias de la cárcel y el tráfico de drogas parecían referirse a otra persona. No encajaban con el tipo para el que había trabajado de vez en cuando desde los trece. Pero su madre nunca rectificó, nunca admitió la posibilidad de que ella o cualquiera de los otros cotillas del pueblo pudieran estar equivocados. Y luego ocurrió el accidente y ella ya tenía lo que necesitaba. *Lo siento, pero sabía que algo iría mal allí*, dijo el mismo día en que ocurrió todo. *Sólo puedes engañar a la gente durante un tiempo. Me alegro de que*

Silas no se enredara. Recuerda a su madre hablando por teléfono ese día. Cómo sólo hicieron falta unos minutos para que empezase a contar historias y encontrase una causa y un culpable. Pero lo que recuerda más vivamente es que él no dijo nada para detenerla o parar al resto de la gente que hacía chistes, adornaba rumores o extendía juicios. Lo que recuerda es que no dijo nada. Lo que recuerda es que vio a Lydia Morey en la cafetería unos meses después de que hubiera ocurrido todo y que quiso, allí mismo, ir hacia ella y contarle la verdad. No tuvo agallas entonces, igual que no las ha tenido cada vez que ha vuelto a verla. Incluso se ha apostado en el camino de entrada de su edificio de apartamentos y la ha visto caminar de habitación en habitación. Cada vez que la ha visto, ha pensado que será el momento en que él saldrá de entre las sombras y siempre ha perdido la calma. No sólo por lo que podría significar para él, sino porque no puede imaginar lo que sería dejar de verla como hasta ahora. Ajena, sola, triste. Sería imposible explicárselo a cualquiera, pero se considera su guardián, su sombra. Nadie lo vería así, lo sabe, y Lydia todavía menos. Y, en cuanto le diga lo que le tiene que decir, supone que será la última persona de la Tierra a la que ella querrá comprender. Quizá si no la hubiera asustado esta tarde las cosas habrían seguido igual. Debería haber seguido siendo su sombra durante años. Pero ya no hay forma de volver a ser invisible para ella. Y no puede deshacer lo que ha hecho. Si hay una cosa que ha llegado a entender este año es eso.

El pueblo está en silencio, todas las luces están apagadas salvo las farolas, que iluminan sus círculos habituales. Es tarde, pero Silas está despierto y no está nervioso. Pasa por delante del porche delantero del edificio de apartamentos de Lydia y llama a la puerta. Pronto, está delante de él. Está tras la ventana de cristal de la puerta, con una bata gris cerrada sobre el pecho, el pelo que cae sobre su cara y recoge la luz de la cocina que hay detrás. No quitará el pestillo, dice, pero a él no le importa. Llamará a la policía, avisa, pero él no se mueve. Esperará hasta que confíe en él. Esta vez se quedará el tiempo que haga falta. Y luego se lo contará.

LYDIA

La verdad te hará libre. Es gracioso, piensa mientras el azafato enseña cómo se abrochan los cinturones de seguridad y cómo se respira con la mascarilla de oxígeno, que fueran un timador y un chaval destruido por los secretos quienes la pusieran en camino, en un avión por primera vez en su vida. *La verdad te hará libre, querida Lydia*, dijo Winton con su voz cantarina en su última llamada telefónica. *Porque es lo único que puede hacerlo.* Sólo intentaba darle conversación esa noche, pero tocó un extremo que había durado demasiado tiempo. La verdad era algo que había ocultado o distorsionado durante toda su vida adulta, y había sufrido y hecho que otros sufrieran por ello. Silas, ese pobre chico torturado, le mostró al contarle la verdad que ésa ya no era una vida que pudiera vivir. Silas, a quien al principio quiso estrangular por ser tan estúpido, por tomar la decisión que tomó para salvarse; pero, por doloroso y absurdo que lo que le contó le podría parecer a cualquier otro, ella lo entendió. Comprendía las malas decisiones que se toman por miedo, que se ejecutan por un instinto de supervivencia mal dirigido. Nunca llamaría a la policía para contar lo que él le había dicho. Lo que hizo no se puede deshacer, y eso sería suficiente castigo. Había llevado su secreto tan lejos como había podido y luego lo había soltado. Era hora de que ella también lo hiciera.

Lo ha recopilado todo y lo ha organizado cronológicamente en carpetas sujetas con gomas rojas: informes, cartas a Santa Claus, artículos de periódicos sobre nuevos récords estatales, la obtención de la beca en Stanford, fotografías de saludos al gobernador, vestido de esmoquin el día de la graduación, sin camisa un día de verano lavando el coche. Ahí está, también, el artículo que salió en el periódico el día en que lo arrestaron. No sabe por qué lo recortó y lo ha guardado todos estos años. Pero está pulcramente doblado con los otros, el título *Campeón de natación de Wells arrestado por tráfico de drogas* sobre unas pocas breves frases que cuentan cómo se llevaron a Luke después de que se encontrase más de cuatrocientos gramos de coca en su coche y en el apartamento que compartía con su madre. Eso también se lo enseñará a George y explicará su parte. La única imagen de Luke con June es la foto que hizo en el aparcamiento de la iglesia la noche del ensayo de la boda de Lolly. Ha guardado la película en la cámara hasta esta semana, cuando la ha llevado a revelar a la tienda. Sólo había tres fotos en el rollo: dos de Will y Lolly y una de Luke y June delante de su camioneta: él sonriendo a la cámara, ella seria, distraída por algo a la izquierda del encuadre. Luego están los artículos de lo que vino después, que ha impreso en la

biblioteca desde el ordenador. No los ha leído ni los ha mirado, sino que los dobló rápidamente en cuanto salieron de la impresora y luego los metió con el resto. No es todo, pero ha reunido todo lo posible para contarle a George la historia de su hijo.

La mañana siguiente a que Silas apareciera en su porche, Lydia fue a la biblioteca y se sentó delante de un ordenador para ver qué encontraba. Escribió en el buscador de Google las palabras *George King*, el nombre de la tarjeta de visita que había guardado durante años hasta que al final la había tirado. La conservó durante el embarazo, que no esperaba, pero cuando descubrió que ya estaba de tres meses sabía quién era el padre. Earl se caía borracho cada noche, así que no tenía ni idea de que no habían tenido relaciones sexuales en seis meses. Ningún hombre ha gritado nunca tanto como cuando Earl se enteró de que iba a ser padre. No se lo impidió, pero se aferró a esa tarjeta de visita, bien metida en su cartera, y esperó la tormenta que iba a llegar. Sabía que sería duro, que probablemente todo el mundo se daría cuenta enseguida de que Earl no era el padre, pero también sabía que por otro lado había muchas posibilidades de que ella fuera libre y tuviera un hijo. Se aferró a esa tarjeta durante el esperado divorcio y los primeros años solitarios, sin dinero ni apoyo de ningún tipo por parte de Earl, ni apoyo de ningún tipo salvo de su madre, e incluso éste era distante, con condiciones, desdeñoso. Muchas veces estuvo a punto de llamar a ese número. Pero no quería complicar una vida que ya sabía que era complicada. Hasta que Luke no empezó a nadar no estaba claro que su bebé pudiera hacer algo mejor que ningún otro, que le iría bien solo sin su madre y sin la ayuda de un padre que nunca conoció. Ahí es cuando rompió la tarjeta, el botón sólo para emergencias que nunca apretó.

George King. Tras teclear unas letras en el ordenador, tenía una dirección, una necrológica de su mujer —cáncer, once años después de su estancia en Wells—, una dirección profesional y un número, al que más tarde llamó. Tras tres tonos, la línea dio paso a un mensaje automático y escuchó una opción que confirmase que seguía trabajando allí. *Para George King, teclee uno*, dijo la voz impersonal. *Para Rick King, teclee dos*. Más de treinta años después y George King seguía donde estaba entonces. Trabajando con su hermano en Atlanta, Georgia. Parecía demasiado fácil encontrarlo. Dejó que el mensaje sonara otra vez y marcó el uno. No tenía intención de hablar con él pero quería ver qué pasaba. Una joven con acento sureño respondió con un tono alegre: *Despacho de George King. ¿Diga?* El corazón le latía con fuerza y Lydia colgó inmediatamente. Tras unas palabras más en la biblioteca, aparecieron unas imágenes en la pantalla. Ahí estaba el hombre que había conocido durante menos de tres semanas, que le había hecho preguntas, había escuchado las respuestas, y que estaba, entonces, tan perdido y atemorizado como ella. Tenía casi el mismo aspecto, aunque más gordo y con menos pelo, el gris dominaba lo que quedaba de su áspero y corto pelo y barba. En una de las fotos había ganado un campeonato de golf en un club de campo, y otra era una foto de grupo de un reencuentro del instituto. Las dos habían sido tomadas en los tres últimos años. La sorprendió verlo tan apuesto,

alto y distinguido. En aquella época era un padre joven, treintañero, aterrado por el futuro —el dinero, su mujer, su hijo con problemas, su avasallador hermano—, pero ahí tenía un hombre de éxito que se acercaba a la jubilación. Llevaba el tipo de ropa que llevaban los neoyorquinos para los que trabajaba Lydia, y en sus ojos no quedaba nada de la juventud asombrada y aún adherida que recordaba. Pero todavía veía la amabilidad que encontró cuando la necesitaba. Mirando esas pocas fotografías, los primeros atisbos que había tenido de George King desde aquella mañana en el Betsy, veía la misma frente alta, la sonrisa amplia y las cejas delgadas, casi femeninas. Ahí estaba Luke si hubiera llegado a la mediana edad, el hombre que habría envejecido con June y algún día, quizá, piensa por primera vez, habría conocido a su padre. El pacto de Lydia con Luke era que se lo diría cuando cumplierse veintiún años, y de niño y en el instituto surgía la broma recurrente y ligera. *¿Denzel querrá que me cambie el apellido a Washington cuando nos conozcamos, verdad?*, decía Luke. *Porque eso le podría costar unos dólares. Tiene unos cuantos años por los que compensar, ¿no te parece?*

A los veintiún años, Luke no estaba interesado en nada de lo que ella tuviera que decir, y más tarde, en ese primer año después de que June los hubiera unido de nuevo, pasaban de puntillas en torno al asunto, avanzaban cautelosamente hacia los temas serios. Eran cuidadosos el uno con el otro, se tomaban su tiempo. *Ya llegará el momento*, le dijo Lydia a June una vez en la que ella insistió, *pero ahora no hay prisa, tenemos el resto de nuestras vidas*.

El día siguiente a que llamara al despacho de George, marcó un número 1-800 de American Airlines que encontró en la parte trasera de una revista de la biblioteca y reservó un vuelo desde Hartford, Connecticut, a Atlanta, Georgia. Era el primer billete de avión que había comprado nunca, la primera vez que viajaba en un vehículo que no fuera un coche.

Tres días más tarde llegó un sobre con un sello del estado de Washington. Después de abrirlo y leer la breve nota de Mimi Landis en un folio con el membrete del motel donde le decía dónde vivía June y le daba los detalles de contacto, volvió a llamar a la compañía aérea. Leyó su número de confirmación al teléfono y cuando terminó preguntó si podía cambiar el billete para ir a otro sitio. La mujer impaciente al otro lado preguntó dónde y Lydia respondió: *Seattle, Washington*.

JUNE

Fuera, el océano estalla. Está vestida, todavía lleva su chaqueta de lino, y la cama en la que yace está hecha. Algo la despierta, y mientras su cuerpo se tensa abre los ojos el tiempo suficiente para reconocer la habitación, ver la luz muy débil que llega desde el otro lado de las persianas. Estoy aquí, piensa, y vuelve a relajarse en el colchón. Acerca la almohada y aprieta las piernas contra el pecho mientras se vuelve a dormir.

La puerta con celosía se cierra con fuerza. Es por la mañana. La silla plegable de madera en la que se ha quedado dormida está cubierta de rocío. Está húmeda y le duelen los huesos y él ha vuelto. Se pone en pie, se estira y sale de la carpa hacia el césped donde conoció a Luke hace cuatro años, cuando vino a quitar ramas caídas tras una tormenta tropical que las había tirado por todas partes. *Es un desastre*, dijo ella ese día, y él se detuvo y dijo, divertido pero con una leve autoridad, como si estuviera hablando con un niño: *Oh, no está tan mal. En realidad no*. Recuerda cuando vio su rostro por primera vez y lo atraída que se sintió. Recuerda que reaccionó como habría hecho antes con una escultura, una instalación o un cuadro tan exquisitos e impactantes que no podía apreciarlos de una sola mirada. Lo mismo ocurría con Luke. Ceja, antebrazo, pómulo, cuello, labio inferior, ojos, bíceps, lunar. Y una preciosa piel marrón. Nunca le había impactado tanto el aspecto físico de un hombre. Mujeres, en alguna ocasión. Una colisión de pelo, piel y ángulo de luz entre un origami de tela y joyas. Pero con una desvaída camiseta verde y unos gastados Levi's, ese hombre que había venido a quitar ramas y presentaba un acertijo de hueso, piel y ojos, dejó a June sin palabras. *Oh, no, vaya desastre*, recuerda que volvió a decir y que él sonrió antes de responder.

Al cruzar el césped, los ve como estaban, sobre un caos de ramas caídas, un momento antes de conocerse. Sólo ahora, mojada por el rocío y rígida por haber dormido en una posición extraña, reconoce lo improbable y afortunado que fue ese momento, cómo hasta ahora lo había dado por hecho, cómo ha recordado la llegada de Luke con una especie de lamento, ha vivido su presencia como un trastorno, una complicación, como si el amor fuera una inconveniencia arrojada sobre ella sin invitación. Lo recibió como un desastre y estaba equivocada. Ha perdido ese tiempo y lo ha mantenido lejos.

Cuando ha recorrido la mitad de la distancia que separa la carpa de la casa, quiere llamarlo y casi lo hace, pero es temprano y todo el mundo duerme. Llegará pronto, se

dice. Al otro lado de la puerta del porche y en la casa: la cocina, el dormitorio, el salón, el baño, dondequiera que esté. Pronto lo encontrará y por una vez no estará preocupada, impaciente ni asustada.

Lo oye moviéndose rápido por la casa. Ha gritado algo pero ella está muy lejos para oírlo. Parece su nombre.

Le pedirá que la perdone. Y le dirá sí.

LYDIA

La carretera desde Aberdeen hasta Moclips abraza la orilla, pero no se ve nada entre la niebla. La mujer robusta y joven que conduce el taxi ha dicho que tardarían cuarenta y cinco minutos, pero ha reducido la velocidad por la mala visibilidad y hace más de una hora que están en la carretera. La chica se ha presentado como Reese y lleva un pañuelo marrón atado alrededor de lo que parece una cabeza afeitada. El taxi huele a humo de cigarrillo y naranjas, y Lydia tiene náuseas. Madonna canta una de sus primeras canciones, sobre vestir a alguien de su amor, *entero, entero*. ¿Es posible que oyera esa canción por primera vez hace más de treinta años? ¿En el Tap con Earl? ¿Más tarde? En el exterior, el mundo es tan gris, blanco y sin contornos como cuando se subió al autobús de Seattle después de coger un taxi en el aeropuerto. No se le había ocurrido alquilar un coche hasta que Reese preguntó por qué no lo había hecho. Lydia se pregunta si todo el que vuela en avión alquila coches al aterrizar. ¿Su vida ha estado tan a resguardo en Wells que no tiene ni idea de cómo funciona el mundo? Imagina que sí, piensa mientras pasa la mano por encima de su maleta, donde están las carpetas con las notas, las fotos y los recortes de periódico de Luke, metidas en el bolsillo delantero. Es la maleta que compró el día anterior en la tienda del hospital. Costaba tres dólares y tiene ruedas y un asa plegable, y, al margen de las estrellas barrigonas dibujadas en la parte superior con un Magic Marker dorado, está como nueva. Es la primera maleta que tiene, y hacerla rodar por el aeropuerto de Hartford le ha dado una sensación vergonzosa y mareante, como si hiciera de azafata en una serie de televisión o en una película. El conductor de autobús de Seattle le ha pedido que guarde la maleta en el compartimento de equipaje, pero ella se ha negado y ha dicho que se la pondría encima si hacía falta, que es lo que ha hecho durante tres horas, mientras el autobús atestado avanzaba por la costa hacia Aberdeen. Aunque tenía sueño en el autobús, le daba miedo quedarse dormida por si alguien le robaba o le quitaba el bolso. Pero ahora, sola en la parte trasera del taxi, con los sonidos familiares de chicle de la Madonna de los ochenta, entra y sale del sueño. Ve a Silas arrastrando piedras desde los bosques que hay detrás de la casa de June. Los deja en grandes trozos azules de lona plástica, como la que la gente de Wells usa para tapar montones de leña, y los arrastra sobre la hierba alta hacia la zona calcinada donde estaba la casa. Ve el enorme montón de piedras grandes que ha reunido. Debe de tener casi tres pisos de altura y casi la misma anchura. Son sin duda más que piedras suficientes para construir una casa, pero Silas no está satisfecho, y, después de tirar

un nuevo cargamento de lona azul sobre el montón, vuelve al otro lado del campo y hacia los bosques para encontrar más. Lydia lo llama pero él no la oye. Está decidido y ha cerrado los oídos al mundo, y la lona azul aletea tras él como una gran capa.

Casi hemos llegado, dice Reese suavemente desde el asiento del conductor, Annie Lennox ahora apenas se oye en los altavoces. Lydia se quita pelusa que se ha acumulado en la parte delantera de su vestido cruzado y negro, que encontró en el Caldor's de Torrington hace casi quince años y que sólo ha llevado tres veces: cuando Luke se graduó en el instituto, en la audiencia en Beacon y en su funeral. Este viaje parecía formal, serio, como esas ocasiones, así que se lo ha puesto. Además, es el mejor y todavía conserva un deseo residual por la aprobación de June desde las primeras veces que se vieron. Lydia nunca ha visto a June en nada más formal que vaqueros o pantalones caquis y faldas, pero la imagina viviendo una vida lujosa en Nueva York y Londres, con vestidos, joyas y zapatos hechos a mano. Cuanta más pelusa se quita del vestido, más ve, así que se detiene y mira por la ventana. Ha pasado menos de una semana desde que leyó la nota de Mimi, que empezaba: Querida Lydia, pensamos que te gustaría saber dónde vive June, y sólo unos días más desde que Silas apareció en su puerta. Quizá si esos acontecimientos hubieran ocurrido con meses o incluso semanas de distancia, habría sentido menos urgencia por ver a June, quizá habría volado a Washington después de ver a George en Atlanta y no al revés. Pero desde el momento en que Lydia dobló la nota de Mimi tras leerla, sabía que lo único que importaba era encontrar a June.

Sabía que si llamaba al número que aparecía en el membrete del hotel y pedía hablar con ella corría el riesgo de volver a perderla. Lo único que podía hacer era plantarse en su puerta, como había hecho June tres años antes en la suya.

Después de que Silas le dijera lo que tenía que decirle, esa misma mañana, más que sentirse aliviada por descubrir que no era ira o acusación lo que probablemente había alejado a June, se sintió avergonzada. Había supuesto que June creía lo que la mayoría de la gente del pueblo creía: que Luke tenía la culpa. Imaginó en su rechazo y en su huida todo salvo lo que mejor conocía ella misma: la culpa. Saber lo que pesaba sobre el dolor de June hacía que Lydia se sintiera de nuevo cerca de ella. Sabía lo que era asumir la responsabilidad de la calamidad. Sabía cómo era vivir con el remordimiento. Pero lo que ahora llevaba June era mucho más pesado, tan pesado que cuando Lydia leyó la nota de Mimi supo que tenía que marcharse inmediatamente. Lo que tenía que decirle a June no sustituiría sus pérdidas, pero dejaría claro lo que había ocurrido y le haría saber que ni ella ni Luke habían tenido la culpa. Que Lydia pudiera hacer eso por June le proporcionó algo que no había sentido desde que Luke era bebé: un propósito claro, un amor fiero y protector que se basaba en la adrenalina y eliminaba todas las demás preocupaciones o deseos. Iría a ver a June y nada más importaba.

Reese sale de la carretera de dos carriles y toma un camino breve y cubierto de arena que se abre a un aparcamiento. La niebla oculta la casa, y lo único que ve Lydia

son unas tenues luces blancas a ambos lados de la puerta. Brillan como si estuvieran bajo el agua. Cuando el coche se para, tiene la sensación de llegar a un sitio en el que se quedará un tiempo. Ha reservado un vuelo a Atlanta para dentro de una semana, pero sabe que no se irá pronto. George estará allí como ha hecho, milagrosamente, durante todos estos años, y al final lo encontrará. Entretanto, se quedará en este hotel neblinoso el tiempo que la necesiten.

Después de pagar a Reese la carrera y registrarse en el hotel, una mujer pelirroja de mediana edad le dice a Lydia que la siga. Lleva la maleta tras ella mientras van por el camino de cemento a lo largo de un edificio blanco de una sola planta. Cuando se detienen ante una puerta gris con un número 6 de color gris pintado, la mujer de la recepción se demora. Lydia no sabe si está siendo protectora, cotilla o ambas cosas. Al final se aleja, y cuando lo hace le recuerda a Lydia que si necesita algo está en recepción.

Lydia da un paso adelante y llama suavemente a la puerta. No hay respuesta, ningún movimiento o sonido que llegue de la habitación, así que vuelve a llamar, esta vez con fuerza. Un crujido de los muelles de la cama es seguido por el silencio, luego un lento clic y una apertura de pestillos. La puerta se abre y ahí está, June. Las piernas de Lydia se estremecen y exhala un suspiro inesperado de alivio, como si una parte de ella hubiera creído en secreto que ha inventado a esa mujer, que todo, la vida que ha precedido a este preciso momento, era algo inventado. Pero ahí está June. Prueba de algo, incluso aunque la mujer del umbral de esta habitación de motel sea una versión desvaída de la Lydia que recuerda. A pesar de que lleva exactamente la misma ropa que llevaba la última vez que la vio, saliendo de la iglesia tras el funeral de Luke, June está casi irreconocible. Es más pequeña que en los recuerdos de Lydia, y verla ahora se parece a lo que ha oído sobre ver a famosos en persona: que la vida real los disminuye. Tiene los brazos quietos, rígidos, y mira a Lydia como si la hubiera pillado rompiendo algo frágil y costoso. Se aparta de la puerta, da un paso atrás. Lydia intenta hablar. *June*, susurra, casi como si estuviera convenciéndose de su identidad. June pone un pie tras ella y luego el otro y da medio paso hacia el borde de la cama. Se sienta, lentamente, y se lleva una almohada blanca al regazo. Lydia entra en la habitación: está limpia como una patena, oscura, y parece que nadie viva allí. Cruza hasta la cama y se sienta junto a June. Distingue un levísimo olor a lilas y recuerda que hace algo más de un año le preguntó qué perfume llevaba y ella sonrió y dijo: *Es un suave perfume que se llama menopausia*. Esa June, la que de vez en cuando, aunque no a menudo, podía sacudirse la seriedad con una broma y que podía hacer lo mismo por Lydia, no estaba cerca de esta sombría habitación de hotel. La que está en su lugar, la que no ha hablado desde que ha abierto la puerta, pellizca los bordes de una almohada con dedos que tienen las uñas cortadas pero no llevan manicura. Extrañamente, para Lydia, el silencio no es incómodo. Es un consuelo estar cerca de June, haberla encontrado, que no haya huido. Por primera vez, Lydia oye el océano. Es como si hubieran arrojado un estéreo y los altavoces trajeran el sonido de

las olas que rompen. Huele el aire marino y aspira profundamente. Las náuseas que tenía antes han desaparecido y con ellas su cansancio. Se vuelve hacia June y la mira. Lleva el pelo más largo que ella nunca recuerde y lo tiene holgadamente recogido en un nudo de descuidado pelo rubio en cuyas raíces ahora domina el gris. Está más delgada, tiene el rostro demacrado, y en torno su boca cerrada las arrugas se curvan y se dividen hacia su mandíbula. Lydia intenta recordar la voz de June, pero no puede. Las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos, las primeras desde justo antes y justo después de los funerales el año pasado. Sobre el sonido del océano, se dice a sí misma y a June: *Te he echado de menos*. Pasa con cuidado el brazo sobre los hombros delgados de June y las dos se asustan por la conmoción del contacto físico. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que cualquiera de las dos tocó a alguien. *Están muertos*, dice Lydia sin pensar, sorprendida al oír las palabras. *Están muertos*, vuelve a decir, más alto, como si decirlo con June, ahora, hiciera el dato oficial, finalmente cierto. Durante un buen rato, están calladas. Finalmente Lydia va al baño y cuando vuelve tira con delicadeza de la mano que June tiene más cerca de la almohada, junto al regazo.

Hace nueve meses, esa misma mano le prohibió hablar, pero ahora, aquí, Lydia la acaricia suavemente. *Hay tantas cosas que quiero contarte*, le dice, y al hacerlo recuerda a Winton, la única persona con la que ha hablado durante más de unos instantes en todo el año. Describe esa primera llamada, lo consciente y estúpida que era, y lo sola que estaba. *Soy una mujer débil*, susurra, y luego repite las palabras suavemente unas cuantas veces. *Siempre lo he sido*. Mientras las palabras la dejan, mira por la ventana que da al océano. La última vez que vio olas en la playa fue cuando ella y Earl fueron a Atlantic City en su luna de miel. Éstas son más altas, más majestuosas y poderosas. Las ve subir y bajar en estallidos de espuma blanca y, mientras lo hace, siente que algo la deja. No puede nombrarlo, pero siempre ha estado con ella y, con las palabras que acaba de decir, se ha ido.

Sigue callada y acompasa su respiración con la de June. Están sentadas una junto a otra en la cama y Lydia nota su mano, con la de June, húmeda de sudor, pero ninguna de las dos se suelta. Antes de decir nada sobre Silas, lo recuerda en su apartamento hace una semana, hablando demasiado rápido, sin respirar, diciendo cosas sin sentido. Cuando por fin pudo entender lo que intentaba decir desesperadamente, estaba furiosa: con él, por dejar que todo el mundo culpara a Luke, por no volver a la casa; con June, por no arreglar la cocina años antes; y con ella misma por no insistir en que June lo hiciera aunque Lydia había estado frente a ese viejo cacharro muchas veces, negando con la cabeza cuando no se encendía o hacía ruido. Todos tenían la culpa, pensó, intentando calmarse. Ella y Silas estuvieron horas sentados en su sofá. Se levantó para irse a la cama varias veces, pero él no se movió en ninguna de esas ocasiones. Así que se sentó junto a él en el salón iluminado, en silencio. Había demasiado que entender, demasiado que decir, de modo que no dijo nada. Al final se durmió, y cuando se despertó y lo vio acurrucado contra el cojín del

sofá, lo oyó sollozar. Lo atrajo hacia ella, sacudió suavemente sus hombros jóvenes y le dijo que no era culpa suya, que no era culpa de nadie. Recuerda sus ojos aterrorizados buscando su rostro. Era entre medianoche y el alba y el día anterior había sido único, pero lo que más la sorprendió fue cómo se sintió en ese momento: necesaria. Era lo último que esperaba. En medio de un caos de lágrimas, mocos y bostezos, Silas murmuró: *Lo siento*, una y otra vez. Al cabo de un rato, se acurrucó en el sofá, hundió la barbilla en el pecho y se durmió. Lydia vio cómo su cuerpo subía y bajaba con la respiración, la piel levemente granujienta de su cara se agitaba y contorsionaba en respuesta a lo que estuviera soñando. Ahí había alguien al que comprendía. Alguien vivo pero destruido. Sabía que no podía hacer nada por traer de vuelta a su hijo, por detenerlo para que dejase de girar el mando que hubiera girado o apretase el encendedor que hubiera apretado esa noche, ni podía deshacer los errores que había cometido ella cuando él estaba vivo, pero podía ayudar a ese chico. Y con eso que acaba de decirle, quizá pudiera hacer lo mismo por June.

Así que ha venido. *Hay alguien del que quiero hablarte*, dice. June no se mueve, no hace ningún gesto que indique que está escuchando. Aun así, Lydia continúa. Le habla de Silas: quién es, quiénes son sus padres, que trabajaba para Luke, que la siguió y lo que dijo la noche que apareció en la puerta de su casa. Le cuenta la última parte despacio, con cuidado, con tanto detalle como recuerda.

June no reacciona ante nada de lo que dice, pero cuando termina de hablar se lleva despacio la mano de Lydia a la cara. Extiende cada dedo y aprieta la palma contra su mejilla. Cubre la mano de Lydia con las dos y presiona, primero suavemente y luego con más fuerza. El torso y la cabeza de June se deslizan hacia abajo, sus pies se doblan tras ella sobre la cama, su cabeza y sus hombros descansan en el regazo de Lydia. Ninguna de las dos habla. Con su mano libre, Lydia acaricia suavemente la parte alta de la cabeza de June, le aparta un mechón de pelo de la cara, uno, luego otro, y luego extiende la mano sobre su frente clara. La respiración de June se hace más lenta, su cuerpo pierde rigidez y pronto se queda dormida. Un despertador de plástico negro marca los segundos con una manecilla azul. Lydia oye cada uno.

CISSY

Dije que las casaría y lo hice. Lo había hecho dos veces antes: una con mi sobrino y su novia de diecinueve años, y la otra con una pareja a la que mi hermana Pam vendió una casa en Ocean Shores. Rebecca y Kelly llevaban mucho tiempo juntas, pero ahora que era legal a los ojos del gobernador querían un pedazo de papel. Por mí, estupendo.

Comparada con algunas bodas que he visto, la de Rebecca y Kelly fue pequeña. Sólo las dos; la familia de Will: Dale, Mimi, Pru y Mike; los hermanos, sobrinos y algunos primos de Kelly. June estaba también. Llegó con Lydia, que había venido un mes antes. Aterrizó en Seattle, cogió un autobús hasta Aberdeen y alquiló un taxi que la trajera hasta aquí. Cuando vi que Kelly caminaba con una morena pechugona que arrastraba una maleta de ruedas tras ella hacia la habitación 6, supe inmediatamente quién era. June no me había contado mucho sobre la madre de Luke, sólo que le había ido mal con los hombres, incluyendo a su hijo. La describió una vez como una Elizabeth Taylor de provincias, y ése es exactamente el aspecto que tenía la mujer que iba hacia la habitación 6. Me mantuve alejada de la habitación de June un par de días. Al final, fui a limpiar y llevar un termo con puré de guisantes, lo único que come, aparte de las bolsas de cacahuets que se compra en la gasolinera.

Cuando Ben murió, fui a la cocina de mi hermana y me quedé un par de meses. Asaba todo lo que podía encontrar en Swanson's Grocery: jamón, pollo, pavo, cerdo, lo que se te ocurra. Hacía tortas y panecillos para cenar y comía pasteles y tartas y galletas que hacía por la mañana y comía por la noche después de la cena. Cuando la ropa empezó a apretarme y ya no podía abrocharme los vaqueros, le pedí a Ellie Hillworth un trabajo en el Moonstone. Ella y Bud tenían más de setenta años y estaban intentando vender el motel, así que otra persona les vendría bien. Limpiar habitaciones y llevar la basura al contenedor me sacó de la cocina, al menos entre las nueve y las tres, y al cabo de un tiempo empecé a hacer cacerolas de sopa los fines de semana y de vez en cuando algunas galletas de naranja. Es así desde hace años.

No mucho después de que June apareciera en el Moonstone, medio muerta y dispuesta a llegar hasta el final, le llevé un termo de crema de calabaza. Nunca pregunté si podía. Lo dejé en la cómoda de su habitación con una cuchara y un trozo de papel de cocina doblado a manera de servilleta. No lo tocó. No tocó el puré de guisantes que dejé unos días después. Pero seguí dejando el termo, y al cabo de un tiempo vi que faltaba un poco cuando lo cogía al día siguiente. Nunca volvía vacío,

pero yo tomé lo que faltaba como una señal: aunque ella no lo supiera, había elegido vivir.

Por dura que pueda ser la vida, sé que tenemos que continuar y cumplir con nuestra parte. Aunque esa parte consista en toser hasta morir por el tabaco, o en volar por los aires en una casa cuando eres joven y tu madre está mirando. E incluso aunque seas esa madre. Alguien podría necesitar saber que has salido adelante. O quizá alguien que no te esperas te necesite. Como un chico que te pide que dejes que te ayude a limpiar habitaciones en un motel. O algún fantasma que vaga en tu camino, hambriento. Y puede que buenas personas te pidan que las cases. Y quizá nunca sepas cuál era tu parte, qué significó para alguien verte avanzar cada día. Quizá alguien o algo nos observa hacer nuestro camino. No creo que sepamos por qué. No es, como decía Ben de casi todo por lo que yo me preocupaba, asunto mío.

Algunos de los viejos de por aquí se pusieron nerviosos cuando llegaron Kelly y Rebecca y arreglaron el Moonstone. Incluso mi hermana Pam, que les vendió la propiedad, arrugó la nariz. Pero, como pasa con la mayoría de las cosas, lo que un día parecía importante y malo apenas se recordaba al día siguiente. Probablemente, siempre habrá gente arrugando la nariz, tipos que hacen chistes sobre las bolleras del Moonstone o sobre el crío de la reserva al que le gusta llevar los pendientes de su madre, o sobre mí, la puta mestiza y bastarda que vive con sus hermanas. Se acaba cuando morimos y continúa para quienes siguen. Lo único posible es cumplir con nuestra parte y hacernos compañía.

June y Lydia se quedarán el tiempo que necesiten. Les llevaré puré y las veré volver a la vida, y por la noche me tumbaré en la habitación en la que crecí y escucharé a mis hermanas abrir y cerrar las ventanas, tirar de la cadena y subir por la escalera. Por las mañanas oiré sus voces en la cocina y oleré el café humeante antes de abrir los ojos.

Rebecca y Kelly llevarán los anillos que les vi ponerse cuando pronunciaron los votos. Y juntas envejecerán. Los Landi vendrán todos los años. Prepararé sus habitaciones y les llevaré galletas mientras pueda, y cuando no pueda seguirán viniendo, con hijos y nietos, novias y novios y esposos. Llamarán a la puerta y ahí estaré yo, arrugada y vieja, y un día llamarán y ya no estaré. Y, cada vez que vengan, le contarán a quien no lo sepa la historia del joven que fue niño aquí, que se marchó y regresó y se marchó, que limpiaba habitaciones y talló una canoa y pintó las caras de una familia en la proa. Y las historias cambiarán y la canoa se convertirá en un cabecero y la familia serán sirenas y las habitaciones serán mansiones. Y nadie nos recordará, ni quiénes fuimos ni lo que sucedió aquí. La arena soplará por Pacific Avenue y contra las ventanas del Moonstone, y otra gente llegará y caminará por la playa hasta el gran océano. Estarán enamorados, o estarán perdidos, y no tendrán palabras. Y las olas sonarán para ellos como hicieron para nosotros la primera vez que las oímos.

AGRADECIMIENTOS

Por mucho más de lo que se puede describir aquí, infinitas gracias a Jennifer Rudolph Walsh, Raffaella De Angelis, Tracy Fisher, Cathryn Summerhayes, Karen Kosztolnyik, Jennifer Bergstrom, Louise Burke, Wendy Sheanin, Carolyn Reidy, Jennifer Robinson, Michael Selleck, Lisa Litwack, Paula Amendolara, Charlotte Gill, Becky Prager, Chris Clemans, Jillian Buckley, Kassie Evashevski, Martine Bellen, John Gall, Kim Nichols, Sean Clegg, Emma Sweeney, Adam McLaughlin, Cy O'Neal, Jill Bialosky, Susannah Meadows, Stacey D'Erasmus, Sarah Shun-lien Bynum, Heidi Pitlor, Pat Strachan, Isabel Gillies, Courtney Hodell, Jean Stein, Robin Robertson, Luiz Schwarcz, Kimberly Burns, y a Alan Shapiro por escribir un gran poema, y a Haven Kimmel por señalar las cinco palabras que plantaron la semilla hace tantos años.



Bill Clegg es un conocido agente literario estadounidense, muy polémico por sus actitudes y por su adicción al crack. Su estilo de vida lo llevó a caer en los más bajos fondos y a paralizar su carrera durante varios años. Ha publicado sus memorias, en las que relata la experiencia vivida durante ese tiempo.

Ha escrito en *The New York Times*, *Lapham's Quarterly*, *The New Yorker*, *The Guardian* y *Harper's Bazaar*. En *¿Has tenido familia alguna vez?* convierte un increíble caleidoscopio de personajes íntimamente conectados por una ardiente tragedia en el debut más potente de 2015 en Estados Unidos.